



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués del), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canlejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corrañá, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cabanilles, Dacarrete, Díaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevaray, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galeote de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y Reñé, Güelvenzo, Guerrero, Inosua, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Leizaola, López Guñiarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marias, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Masó y Flaquer, Morón, Montesinos, Molins (Marqués del), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgiz, Ortiz de Pinelo, Olagaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poiré, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rosselló, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmorón, Saromá, Selgas, Segovia, Serrano Aizazá, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobei, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. senillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Abril de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Política y literatura, por D. Enrique Gomez Ortiz.—Apertura del istmo de Krau en la península de Malacca.—Nuevo manantial de petróleo.—Venezuela, por D. Eusebio Asquerino.—Discursos gramaticales de varios de nuestros poetas, por D. Antonio M. Dulmovich.—El mal y el bien, por D. Francisco García de Castro.—Revista americana, por D. P. de Navarrete.—Bibliografía: Mozart ensayando su Requiem, de D. Tristan Medina, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Un almuerzo á Sara Bernhardt, por D. Héctor Florencio Varela.—Beato Angélico y Miguel Angel: Advertencia.—Intuición de la cultura intelectual en la libertad humana por D. J. I. Escobar.—La Exposición de Buenos-Aires.—Sueltos.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Las esperanzas que hacían concebir los últimos partes de Barcelona que en nuestra revista anterior transcribíamos, se cumplieron sin que ningún suceso lamentable hiciera precisa la intervención de la fuerza armada en la huelga de obreros y fabricantes, que no de otro modo puede calificarse la actitud que por algunos días ofreció, con sentimiento y pena de todos, la culta capital del Principado catalán. Volvieron á abrirse fábricas y tiendas, tornaron á su ordinaria tarea obreros y dependientes, y apenas recobró la ciudad su habitual aspecto de trabajo y tranquilidad, el Gobierno, después de consultar al general Blanco, autorizó á éste para levantar el estado de guerra que pesaba sobre aquella provincia.

Libre de este cuidado el Gobierno, ya más en calma los ánimos, siguió ordenadamente en las Cortes la discusión del tratado de comercio, pretexto de tantas agitaciones y motivo buscado de tanto desasosiego. Más de una semana fué invertida en tan asendereado asunto; ningún orador se creía dispensado de hacer su discurso de seis horas, girando siempre en el mismo círculo, ya recorrido por los que le precedían en la discusión, y que nunca parecía agotarse. De aquí que las últimas sesiones pecasen de extremada languidez. El país sabía ya que el tratado había de aprobarse; en la conciencia de todos estaban las indudables ventajas que á nuestro país reporta, y en el estado en que se hallaba colocada la cuestión y dada la actitud que respecto á ella tomó la Cámara popular desde los primeros momentos, el ménos avisado conocía que su aprobación era, más que cuestión de Gabinete, cuestión de decoro nacional. ¿A qué, pues, emplear tantas sesiones, tantos discursos, en una cuestión ya suficientemente debatida, y resuelta desde el principio? Lenguas ligeras, que

nunca faltan, y maliciosos que en todas partes abundan, achacaban estas dilaciones á malas artes del partido conservador, que á todo trance quería dificultar la discusión, poner obstáculos á las resoluciones de los padres de la patria y dar largas al asunto, en espera no se sabe de qué.

Y no dejaban de tener puntos en que apoyarse estas sospechas. Enemigos del tratado los conservadores, simpatizadores vergonzantes de las algaradas catalanas, y aun en algunos casos promotores encubiertos de ellas, difícil es, sin esto, explicarse su intervención constante en las discusiones. El sábado 22, por fin, se declaró el Congreso en sesión permanente, y á las tres de la madrugada el tratado recibía la sanción de la Cámara. Doscientos treinta y siete votos reconocieron sus ventajas; sólo cincuenta y ocho diputados salvaron su conciencia de supuestas responsabilidades votando en contra de él. Después de tan malos días y tan peores ratos, pudo el Gobierno respirar tranquilo. El punto culminante de la pasada discusión, fué, sin disputa, el discurso del Sr. Balaguer.

Comprometida era, en efecto, la situación del diputado catalán. Colocado por sus compromisos con sus electores y sus compromisos como hombre político, entre sus antecedentes liberales y el irritante proteccionismo de sus paisanos, su situación era falsa y crítica en extremo. Es muy cómodo decir que dentro de sus ideales políticos, sus ideas económicas dependen del país en que vivió la luz del día; pero semejantes argumentos no tienen gran valor en la conciencia pública, ni sirven de otra cosa que de balancín para atravesar un trayecto peligroso en la cuerda floja de la política militante. Su discurso, previsto de antemano, como previstos estaban también el triunfo del Gobierno y la aprobación del tratado, no complació á sus amigos y molestó á sus adversarios. Fué la satisfacción de una deuda contraída hácia su país, y pagada más por necesidad que por deseo.

Pero hubo en ese discurso un período que sólo sirvió para irritar los ánimos y hacer más patente la injusticia de los proteccionistas, que á falta de razones fundadas, no vacilan en eso de suplir con amenazas, que hacen reír á los mismos sobre quien recaen, la falta de razón y de justicia. Salíó como último argumento, como postrera imagen de la famosa rogativa, el coco del separatismo, bueno para hacer miedo á los niños, pero que solo llama una sonrisa á los labios de los hombres. El Sr. Balaguer, Jeremías de la unidad nacional, lloró al entrever en la sombra el momento en que banderas extrañas flotasen sobre la tierra en que ha nacido; y los periódicos proteccionistas aplaudieron,

amenazando al resto de España con desaparecer por el foro si no lograban lo que con tal ansia pedían. Y ¡oh ingratitude! España no se conmovió. Los que descendieron á ocuparse en semejante teoría, conocedores ya de lo que había en el asunto, ni siquiera se indignaron; ni siquiera tomaron en serio esa pueril amenaza de muchacho travieso; ni siquiera se encargaron de rebatirla... Una misma carcajada acogió esta amenaza de los catalanes y la baladronada del periódico francés que creía llegada la ocasión de que Francia se desquitase en Cataluña de la pérdida de la Alsacia-Lorena. No se puede negar que, considerándolas como ocurrencias, ambas especies tienen mucha gracia. Mas se votó el tratado, y ni el planeta se conmovió, ni se desbordó ningún torrente, ni se salió de madre ningún río. Los temores de agitación en Cataluña se calmaron poco á poco, y los alarmistas aplazaron la fecha de sus terribles anuncios, y los revoltosos guardaron entre las pajas del jergon el fusil prevenido para la próxima asonada.

Tranquilidad completa. Nada se mueve bajo el sol.

Pero está escrito sin duda en el libro del destino que el Gabinete del Sr. Sagasta no pueda dormir en paz un solo día, y lo que está escrito se cumple, como dicen los musulmanes.

Semejante al maestro que atacado por muchos asaltantes á la vez, apenas para el golpe que uno de ellos le dirige, tiene ya otro en el aire pronto á descargar sobre su corazón ó su cabeza; ó al enfermo que aquejado de muchas enfermedades, no bien combate una, ayudado por el médico que le asiste, otra pone en peligro su existencia, el ministerio fusionista, sacado por su mala suerte del camino de libertad que debió seguir desde un principio, camina á campo traviesa contando sus jornadas por caídas y sus pasos por tropezones. Camacho, ¡siempre Camacho! tuvo la culpa de todo. Es *il jettatore* de la situación.

El motivo fué una proposición de los conservadores, presentada por el Sr. Cos Gayón, y en la cual se pedía que no se haga en la contribución territorial la rebaja desde el 21 del antiguo reglamento al 16 del nuevo, hasta que por los debidos trámites reglamentarios se compruebe la justicia de las alteraciones en los amillaramientos, de las clasificaciones y de las evaluaciones. El Sr. Camacho, contestando á su antecesor en el ministerio de Hacienda, marcó claramente la verdadera faz de la cuestión.

«Si la proposición es una súplica ó una advertencia—dijo—me parece inútil, toda vez que he manifestado repetidas

veces que me hallo dispuesto á subsanar todos los errores y atender todas las reclamaciones justas; pero si la proposición envuelve un voto de censura, dejo en libertad absoluta á los señores diputados para que voten con arreglo á su conciencia, sin presión de ninguna clase, y teniendo sólo en cuenta las razones expuestas por el Sr. Cos-Gayon y las que yo acabo de exponer.»

Los señores diputados tuvieron en cuenta estas razones y rechazaron la proposición por 152 votos contra 42. En el transcurso de dos días desde la aprobación del tratado, había perdido 55 votos el Gobierno.

Así, pues, si los síntomas entran para algo en la apreciación de la enfermedad y son base en que pueda apoyarse su pronóstico, la situación está muy grave, y el fusionismo ha entrado en uno de sus últimos períodos. ¿Hará crisis el mal? Aun así y todo, es más que probable que se presenten nuevas complicaciones. Un año ha bastado para que las esperanzas que la fusión hiciera concebir ante las exageraciones reaccionarias de los canovistas se hayan desvanecido. Vino prometiendo caer siempre del lado de la libertad, y ha gastado en tan poco tiempo la fuerza que le daba esta afirmación. Hoy hasta el ménos avisado lo vé. Sagasta caerá, pero no en la libertad; caerá solamente en la indiferencia pública.

Toda la importancia política de la quincena está reconcentrada en los debates de la Cámara popular. Fuera de este recinto, el tratado de comercio y su aprobación han sido el único asunto que ha dominado la atención. Los ménos optimistas pasaron unos días cuidadosos mirando con inquietud hacia la parte de Cataluña; pero al ver que las predicciones revoltosas no se cumplían, que la calma no se alteraba, por fortuna, desecharon sus inquietudes.

Uno tras otro los individuos del disuelto Sindicato, al decir de los periódicos ministeriales, no desmentidos por ninguno, han satisfecho las cuotas de la contribución industrial, excepción hecha del Sr. Maltrana, su ex-presidente. Digna de loa es tal conducta, y no valía seguramente la pena de hacerse pasar por perseguidos y organizar una resistencia para luego ser los primeros en someterse. Sirvales lo pasado de escarmiento para lo sucesivo. La celebridad es hermosa, pero tiene, como todo en el mundo, sus espinas: es un brevaige delicioso, pero la amargura está en el fondo del vaso y hay que beberla también. Envidiemos el triunfo de los mártires, pero no perdamos de vista que antes de subir al ara hubieron de pasar por el martirio. El que se sienta con fuerzas para luchar, tome su cruz, y siga; el que no sea de este temple, siéntese á la puerta de su casa y vea desfilar al vecino tambaleándose bajo el peso del madero.

Nada ocurre en provincias, fuera de lo acos tumbado. En todas se desea que la política salga del estado en que se encuentra, y como aquél que á la cabecera de un enfermo desahuciado tiene momentos en que desea que se muera cuanto antes, pues al fin y al cabo ha de morir, para que cuanto antes también deje de padecer, así el país desea el total derrumbamiento de la fusión, pues el espectáculo que dan su descomposición, cada día más palpable, sus divisiones, cada día más latentes, su falta de iniciativa, cada día más en relieve, es verdaderamente desconsolador.

\*\*

Poco en el exterior, y nada nuevo, pero lamentable.

La causa de la humanidad está de luto: el crimen ensangrienta sin descanso las páginas de su historia y reproduce en ellas hechos horribles, cuyo recuerdo parecía no deber ocupar ya la atención de los hombres. Nos referimos á las matanzas de judíos en Rusia, que nuevamente tornan á espantar el mundo.

Semeja el imperio moscovita un caos revuelto agitado por espantosos cataclismos. Como si todos los elementos estuviesen en lucha en ese caos, tratando cada cual de separarse para la formación de un mundo y riñendo su última batalla, tal como los geólogos nos describen el estado de las fuerzas físicas conmoviendo el globo en los primeros días de la creación, tal se aparece la sociedad rusa en el actual momento histórico, en el orden político y social. Ruge en su seno el volcán del panslavismo, pronto á romper la capa que le sujeta para arrojar torrentes de abrasadora lava sobre la tierra, y los discursos del general Skobelev, aplaudidos por el ejército, alabados por el pueblo son sus primeras manifestaciones. La tempestad nihilista lo sacude como sacude el viento la débil caña, que en vano quiere oponerse á su empuje, y todos los días, ya en un punto, ya en otro, del Imperio se vé pasar el negro fantasma, blandiendo su puñal y profiriendo roncas amenazas. Y como si esto no fuera bastante, el movimiento anti-semítico se acentúa, y el horizonte se ilumina á menudo con el reflejo del incendio que abrasa los hogares israelitas.

Por donde quiera la muerte, por donde quiera la amenaza, por donde quiera el odio, escapándose como el vapor por la mal cerrada válvula, y elevándose en el espacio, formando así una atmósfera imposible de soportar.

En vano para ahogar el panslavismo desautoriza el Czar al general Skobelev, brindando en un banquete por el Emperador de Alemania, y en estos últimos días dando un decreto que prohíbe á

los militares pronunciar discursos en público: á pesar de esto, la idea de una guerra con Alemania está en todos los espíritus, como está en todos los deseos, y slavos y germanos se acechan y preparan para el momento decisivo á que ambos quieren venir, pero que ninguno quiere ser el primero en provocar. En vano para combatir el nihilismo se activan las causas contra sus adeptos, y á ruego del gran poeta Víctor Hugo se perdona á cinco de los condenados, aunque sefusila á uno de ellos, Souvarkoff: los nihilistas no se dejan imponer y responden con actos de audacia á los actos de fuerza del Gobierno: el presidente de un consejo de guerra, Strelnikoff, es muerto en el banco de un paseo por dos desconocidos, que se escapan; aplaza el czar su coronación por que las numerosas brigadas de policía enviadas á Moscú se declaran en sus relaciones impotentes para proteger su sagrada persona, y en las inmediaciones del palacio de Kremlin, donde debía residir, y bajo los rails de la línea férrea por donde había de pasar, se descubren minas y grandes cantidades de dinamita, mensajeros terribles que proclaman con muda elocuencia que contra el despotismo de los czares es todo lícito, hasta el crimen. Y en vano también se declara el Gobierno decidido á castigar los atentados contra los judíos para satisfacer á la Europa escandalizada; los súbditos rusos continúan desencadenando sobre los pacíficos hijos de Israel todas las malas pasiones que la tiranía engendra en ellos y que no se atreven á llevar sobre su único causante, el inviolable emperador.

Son verdaderamente horribles los detalles que sobre tales hechos se reciben. Aunque el telégrafo continúa amordazado, empiezan á llegar correspondencias, y todas están unánimes en pronunciar idéntica protesta.

Esta vez la matanza ha sido en Balta. Sorprendidos por los malvados, los judíos pensaron un momento en defenderse; pero los asesinos eran más, y los judíos fueron vencidos bien pronto. Luego hubo los excesos de siempre, excesos de hombres rayando entre la embriaguez y la locura agitados por un odio inconcebible; setecientos israelitas quedaron muertos en las calles; sus hogares fueron incendiados, sus mujeres, sus hijas, indignamente violadas; su oro arrebatado á manos llenas. Según noticias posteriores muchas de las víctimas perecieron abrasadas; muchos de los que no murieron aquel día, han muerto después á consecuencia de sus heridas. La ciudad ha quedado convertida en un cementerio: riquezas, vidas, honras, todo se lo han llevado los cobardes asesinos; todo lo han perdido á la vez los inocentes habitantes.

Un movimiento de compasión ha agitado á Europa ante este espectáculo repugnante. La prensa de todos los países se ha ocupado en él con indignación, preguntándose si no había llegado ya la hora de intervenir en la cuestión las demás potencias que en algo estimen su buen nombre de cultas y civilizadas, para impedir tan salvajes atentados al derecho de gentes, tan torpemente ejecutados por los miserables *mujicks* embrutecidos por la ignorancia, amamantados en el odio por la servidumbre.

Porque eso es querer detener la marcha de la humanidad en el camino del progreso; eso es quererla hacer retrogradar muchos siglos; tornarla á plena Edad Media; negar que desde entonces acá se han borrado muchas diferencias, han desaparecido muchos límites, se han olvidado odios incalificables y se han depuesto injustas prevenciones. Pero aunque los rusos se propongan esto, no lo podrán conseguir. Hoy la verdad se pone de relieve; hoy sabemos que hechos tan brutales no son obra del fanatismo por una idea, que si no excusarlos, á lo ménos los explicaría; hoy sabemos que la envidia y el robo prenden esos incendios, organizan esas matanzas, consuman esas violaciones en masa. Si los judíos no fuesen ricos, ni su comercio próspero, ni sus mujeres hermosas, no se acordarían tanto sus enemigos de que era otra su religión. Para las masas acaloradas por predicaciones furiosas, la tarea no puede ser más productiva: se ganan á la vez una fortuna en el mundo y un lugar en el Paraíso.

El hombre es siempre el mismo en todas partes cuando se deja arrastrar por sus pasiones. Ese ruso, hijo de un siervo del siglo XIX, es una nueva encarnación del cristiano viejo del siglo XIV. El mismo fanatismo, la misma ignorancia, los mismos móviles y los mismos resultados. Dios prescribe la matanza, autoriza los robos, ordena las violaciones, y en ese fango de sangre y lodo vé el asesino un Dios hecho á su imagen y semejanza. Si retrocedemos en la historia hallaremos la misma en otra parte. El mismo pueblo judío, que hoy es víctima, fué ayer verdugo. Recuérdense la conquista de Canaán, las guerras con los idólatras, las vejaciones hechas sufrir á los egipcios.... La acción es la misma; sólo cambian los personajes.

Pero ahora el drama es ya demasiada vieja. Aunque otra cosa crean el pueblo ruso y su Gobierno, que juzguen por su estado á los demás, la humanidad ha quedado, aunque á costa de muchos dolores, á costa de muchas lágrimas, y se avergüenza hoy de esa parte de su pasado, como llegado á la edad madura se avergüenza el hombre de sus infamias de muchacho calavera, y la reprobación que tales crímenes inspiran, es unánime en toda Europa; no hay ojos que no se nublen, ni frentes que no se empañen, ni lábios que no protesten. Se hace urgente demostrar á Rusia

que no pueden atropellarse de ese modo los derechos de todo un pueblo; es necesario que, por decoro de la raza humana, se ponga coto á semejantes abusos.

Asistimos, como apuntamos al principio de estas líneas, á la formación de una sociedad nueva que la sociedad antigua da á luz con los dolores del alumbramiento, en el septentrion de Europa, sobre el hielo de las costas del Báltico, á la falda de los Urales, en las estepas siberianas. Tal como la tierra surgió del caos en condiciones de habitabilidad, saldrá la moderna Rusia de las crisis que hoy la trastornan, en condiciones de vida. Tengamos fe en la inmutabilidad de las leyes históricas y naturales. El progreso se hará en Rusia. Los que pongan obstáculos á su marcha serán atropellados por él y servirán de alfombra á su camino y de trofeo á su victoria. De las ruinas del mundo romano, deshecho por los bárbaros, surgió la sociedad cristiana; de las ruinas del mundo moscovita, deshecho por tantos elementos que le sacuden, ha de surgir también la nueva Rusia.

\*\*

No son tampoco muy tranquilizadoras las noticias de Inglaterra. También allí se agita la cuestión social de un modo alarmante, y no está resuelta, ni mucho ménos, aunque á primera vista parezcan ménos sobreescitados los ánimos. Sigue Irlanda en la misma difícil situación, y los colonos no abandonan sus pretensiones, desconociendo la autoridad del Gobierno y resistiéndose al pago de los arrendamientos.

Y como cuando la materia está dispuesta basta una chispa para que se produzca un gran incendio, últimamente han ocurrido grandes desórdenes en Camborne. Con pretexto de una reyerta entre obreros ingleses é irlandeses, el pueblo tomó parte en ella por los primeros, y lo que empezó siendo una pelea particular, se generalizó bien pronto tomando mayores proporciones, pues las familias irlandesas residentes en aquel punto sufrieron toda clase de tropelías, siendo saqueadas la iglesia católica y la casa del párroco.

Se ha reunido en Washington la convención de la Liga agraria irlandesa y ya ha dado por terminadas sus tareas, dirigiendo enérgicas excitaciones á los colonos para que persistan en su actitud de resistencia. Sus decisiones se han reducido á manifestar lo justo de las pretensiones de Irlanda y á desear que se mantenga constantemente viva la agitación, esperando que el triunfo coronará sus esfuerzos. Más de cuatrocientos delegados han asistido á sus sesiones, que han sido vistas con toda indiferencia por el Gobierno norteamericano.

Sigue en Francia su curso natural la cuestión de la enseñanza laica, disponiéndose á ponerla obstáculos los elementos clericales y á llevarla adelante los afectos al régimen republicano. Los periódicos religiosos, que en todas partes son tan intransigentes como en España, han tratado de levantar una verdadera cruzada en pró de la resistencia, y aun había quien predicaba que los católicos debían negarse á formar parte de las comisiones escolares, aun cuando con esto pudiesen evitar en ellas algun mal y hacer algun bien, que á nada ménos arrastra la intransigencia de doctrinas.

El alto clero ha tenido que interponerse y dejar oír su voz, como única autorizada para trazar la línea de conducta que había de seguirse en lo sucesivo. Así, pues, los católicos irán á las juntas de enseñanza, y á ellas llevarán su espíritu retrógrado. Pero nadie duda, ni por un momento, que la ley se cumplirá en todas sus partes, á pesar de esta oposición.

El extremar las cosas sólo podía conducir al Gobierno á que llevase á cabo la completa separación de la Iglesia y el Estado, justa exigencia de los partidos avanzados. Ya lo saben los clericales, y de ahí que quieran contemperizar. No les irá tan mal en sus relaciones con el Estado, cuando tanto repugnan separarse de él.

\*\*

Dos hombres de fama universal han muerto en la última quincena, obediendo á esas leyes fatales de la vida, cuya influencia sienten de igual manera los grandes que los pequeños, los sabios que los imbéciles. Estos hombres se llamaban Longfellow y Darwin.

Célebre poeta el primero, sus cantos han sido traducidos á varias lenguas europeas, y alguna de sus poesías, como la titulada *Excelsior!* como su más célebre poema *Evangelina*, son conocidos en el mundo literario y proclamadas como obras importantes de la literatura universal, hijas del genio que no reconoce patria en la tierra, porque, como el de Jesús, su reino no es de este mundo. España debía á Longfellow algo más que otras naciones por los grandes trabajos y estudios que había hecho, sobre los escritores castellanos.

Naturalista famoso el segundo, sus teorías, que pronto tomaron el nombre de su autor, haciendo una verdadera revolución en la ciencia, recorrieron en poco tiempo todo el mundo y se extendieron llevando sus atrevidas hipótesis á la eterna cuestión de los orígenes de la humanidad. Su mirada curiosa trató de penetrar á través de las sombras primitivas que envuelven la aparición del

hombre en el planeta, y allí donde otros ven, en su soberbia, una figura hecha a imagen y semejanza del supremo autor de todas las cosas, él, en su humildad, no vio más que un mono gigantesco deslizándose sin ruido por los bosques vírgenes de las edades pre-históricas. Sus trabajos son harto conocidos para que nos detengamos en su enumeración; sus opiniones harto discutidas para que nos creamos dispensados de exponerlas.

A estas horas, si las ideas del hombre sobre la inmortalidad no son un vano engendro de la fantasía, una creación del espíritu que responde a la necesidad de ver algo más allá de la muerte, el problema de la existencia no será un misterio para él.

De la duda habrá pasado a la fe; de la hipótesis a la negación. Y allí, donde se sabe toda la verdad y donde se conoce toda la ciencia, habrá visto si son un par de alas ó una cola los adornos naturales del primer hombre. ¡Lástima que no pueda transmitirnos el resultado de sus observaciones de ultra-tumba!

El día 22 se conmemoró en Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Portugal y España el centenario de otro hombre ilustre, Froebel, grande también a la manera de Darwin, pues si éste quiso investigar el pasado, él trató de preparar el porvenir.

Inspector del Instituto mineralógico de Berlín era cuando abandonó este cargo, después de haber combatido por la independencia alemana, para dedicarse en cuerpo y alma a la enseñanza de los niños. La muerte de su madre, que sufrió en edad temprana y la vista de los niños sin instrucción, hijos de los pobres habitantes de las campiñas cuyas chozas visitaba en compañía de su padre, se sacrificó en pró de la humanidad, y la humanidad, reconocida a su mérito, ha inscrito su nombre en la lista de sus acreedores.

¡Longfellow! ¡Darwin! ¡Froebel! Si la poesía, la ciencia y enseñanza tuvieran santos, como los tiene la religión, estos tres hombres estarían ya canonizados.

\*\*\*

Si para terminar esta revista volvemos a nuestra España y damos una ojeada a la crónica de la capital, hallaremos en ella demasiados asuntos para el corto espacio de que podemos disponer.

Sarah Bernardt ha pasado como un brillante meteoro por el horizonte de Madrid. Astro que brilla con luz propia y que camina rápidamente, seguido de unos cuantos satélites sin importancia, que sólo viven de los reflejos que su resplandor les presta, no hizo más que ofrecerse a nuestra vista como para hacernos formar idea de las maravillas del cielo del arte, y perderse después llevándose nuestra admiración profunda y dejándonos su recuerdo imborrable en el corazón, cuyos latidos apresuró más de una vez.

También aquí la muerte ha herido a dos hombres conocidos: el Sr. Leon y Moncasi, secretario que fué del ministerio de Gracia y Justicia, y constante sostenedor de los principios liberales, y el duque de Bailen, protector decidido de las artes, que había hecho un museo de su palacio de la calle de Alcalá.

Ha fracasado el empréstito que quería levantar el Ayuntamiento. Cien millones de pesetas que los padres del Municipio querían emplear en nuestro embellecimiento, son demasiada deuda para estos tiempos.

Hoe.

## POLÍTICA Y LITERATURA.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la sección de Literatura y Bellas Artes.

### CONCLUSION.

No: las transformaciones literarias son posteriores a las políticas y sociales; se verifican quizá mucho más tarde que éstas; cuando han sufrido los quebrantos de la reacción, que suelen seguir como ley inevitable a aquellas, y suceden la regularidad y el equilibrio.

Por esto, el romanticismo, a pesar de haber sido compañero inseparable de la libertad, sincera expresión de los entusiasmos y agitaciones de la primera época de nuestro progreso, que como David delante del Arca Santa, cantando las glorias celestes arrancó de la lira de sus poetas dulcíssimas inspiradas notas, no ha sido la verdadera transformación literaria de nuestro siglo.

Más tarde, cuando la savia de la revolución, recorriendo todas las arterias del organismo social se ha esparcido y hecho brotar sus frutos en todas las orillas que ha producido su corriente; cuando han comenzado a liquidarse todas sus consecuencias y el arte las ha entendido, es cuando la literatura ha manifestado nuevas formas y procedimientos, arrancados a las últimas evoluciones de la estética.

Aunque la verdadera revolución literaria de este siglo no está en la forma, ni sólo en los procedimientos, sino que palpita en el fondo de las letras, en el ideal práctico y positivo de las obras de arte, en la transformación radical que el concepto y la naturaleza de las mismas han recibido.

Y esto se ha verificado, principalmente, por la asociación de la literatura a todas las ideas que han engendrado los acontecimientos políticos y sociales; por la reciprocidad de las relaciones entre aquella y estos; por la causa común que han

hecho el arte y la política, confundiendo en aspiraciones casi idénticas.

El mayor número de las parcialidades literarias, mantenedoras de esa religiosidad artista que consistía en considerar profanado el sacerdocio del escritor con agena misión del arte por el arte; aquellas que tan sólo daban a la poesía el valor de sus armonías y cadencias, y hacían depender de la pureza de la forma las bellezas del ingenio; los que creían que es el sentimiento y la emoción estética lo que el arte busca y persigue en las almas, han sido dispersados ó convencidos, ante la evidencia de sus propios errores.

¿Nada dicen las empresas felizmente logradas por el arte en nuestros últimos tiempos?

Sí: nos descubren un nuevo manantial antes cegado; nos hablan de un tesoro que no conocíamos; nos exponen un arma, antes inconscientemente usada, que hoy conocemos, sabiendo su aplicación y sus resultados.

La influencia y el poder del arte y de las letras antiguas sobre los pueblos, eran lo mismo: Esquilo y Shakespeare impulsaban a sus naciones como Cervantes y Calderón a España; Dante a Italia y Rabelais a Francia, como hoy Zola y los naturalistas; Hugo y los románticos; Sué y los socialistas de la novela, a los pueblos modernos. Pero con una diferencia esencial. Los primeros dispersaron los gérmenes sin preocuparse de los frutos que producían; alumbraron las civilizaciones, desconociendo que eran sus géneos quienes derramaban las luces: edificaban y construían sin contemplar sus obras; tenían, como Moisés, la vara mágica, golpeaban con ella en las rocas estériles, en los estorbos del camino que emprendían, en las almas que hallaban al paso, mas no sabían que detrás de ellos brotaban fuentes purísimas, pasiones, caracteres, creaciones, una naturaleza vigorosa y exuberante.

Por el contrario, los segundos conocen, como Júpiter, el rayo, cuyo dominio tienen; comprenden el poder de la inspiración y reflexionan a dónde es conveniente dirigirle; saben a dónde van y por qué camino han de llegar; conducen, en fin, la nave, pero consultan la brújula cuando mandan el timón.

Hay, por tanto, conciencia de lo que es el arte, de su fuerza poderosa é irresistible. Y para hacerla efectiva, para no desaprovechar la más ligera corriente que la produzca ni se distraiga un solo elemento de fecundidad, el siglo XIX ha reclamado su concurso.

Hé aquí por qué la obra primera del arte de nuestro siglo; la primera necesidad para que sus efectos se produzcan, es acercarle a nosotros; hacerle caminar al lado, delante ó detrás de nuestros pasos; humanarle como el naturalismo logra, revestirle con todos los caracteres de la actualidad.

Por esto, lo que Bonald proclamaba como un fenómeno, «el arte es la expresión de la Sociedad», debemos nosotros proclamarlo como deber, mejor dicho, como ley necesaria: «el arte es y debe ser expresión de la Sociedad»

Que lo ha sido, bien lo demuestran sus distintas y variables evoluciones, sufridas desde la revolución y aún antes que ella; que debe serlo, sus valiosos triunfos en el orden político, social y moral lo exigen, sus fuerzas poderosas lo reclaman, y en ello está su utilidad.

Pero en nuestro brevísimo estudio hemos visto más; el carácter militante de la literatura, sus apresuramientos, sus impaciencias en favor de la libertad, de la democracia y del progreso, lo cual da otra nueva consecuencia en el concepto del arte; es decir, que además de ser expresión de la sociedad, de ser sujeto pasivo, reflejando lo que de esta recibe, es a su vez agente de reflexión.

Una belleza más, ha dicho Víctor Hugo, no amengua la extensión y el concepto que formemos del arte.

En estas frases brevísimas está la defensa terminante del moderno espíritu que ha de informar el fondo de la revolución literaria.

Mas se preguntará: ¿cómo intervienen las lecciones del arte y de las letras en el tormentoso océano de la vida política de los pueblos? ¿De qué suerte penetra en él el artista? ¿Qué es lo que deja en el surco de las civilizaciones?

Al hablar de los géneros literarios que nuestro siglo prefiere para sus manifestaciones lo hemos dicho.

Pero es cierto; la influencia del arte en los sucesos que conducen la sociedad al progreso, y en las ideas que la transforman es invisible. En los ritmos del poeta, en los cuadros del novelista y en las escenas del dramaturgo no percibe el público otra cosa que las imágenes y las armonías, el colorido y la brillantez ó el interés de la curiosidad que provoca el teatro; aun siendo aquél culto é ilustrado, no verá en la obra del arte más que la causa de su mérito relacionada con los principios de la estética.

Porque el influjo de la literatura sobre las ideas de su pueblo no es personal. Podrá notarse que la inspiración de cualquier artista es de su tiempo, que su fantasía ha encontrado el punto cardinal de nuestros gustos, que su atención no se aparta un solo instante del medio social, cuyo ambiente aspira; pero no se sabrá qué es lo que de su trabajo aprovecha nuestro adelanto.

El arte obra en las naciones por la totalidad de sus efectos. De igual manera que en el organismo humano no puede fijarse con precisión, cuánta es la sustancia vital que asimila nuestra sangre de

los alimentos que aquél recibe en un solo día, tampoco pueden ser conocidos por la sociedad y notados en el crecimiento de la cultura general los beneficios que aporta de un solo géneo. Después que los átomos se han condensado, cuando todos los arroyos han afluido a un mismo cauce y el espíritu que aletea en las producciones de todos los artistas se muestra con claridad y evidencia, formando un núcleo de ideas y de principios, entónces podemos comprender todo lo que vale el concurso de las letras, y señalaremos cuáles son sus triunfos y empeños.

Porque además, el trabajo del arte, por la naturaleza característica de su existencia, busca siempre, no el camino derecho de la exactitud matemática ni la línea recta de la geometría, sino la senda tortuosa, el laberinto muchas veces. Prefiere penetrar, primero, en las costumbres, dulcificar con sus emociones las asperezas, corregir señalando con mano temblorosa hasta llegar, después de interminable y penoso viaje, al término de sus ocultos desvelos.

Y en esto se halla precisamente todo su poder; en este procedimiento están su estrategia y su triunfo.

Buscad al filósofo que estudia en su gabinete los escondidos secretos de la vida, de la naturaleza y de la ciencia; haced que su autoridad, conducida por las famas del universo mundo, resplandezca sobre la muchedumbre y los pueblos, como un sol de sabiduría; preparadle un trono digno de su mérito, un trípode, asiento propio de la infalibilidad de su augusta inteligencia; subidle en él, dejad que pronuncie el veredicto más trascendental; que muestre en breve fórmula un gran principio social, humano ó científico, una de esas revelaciones asombrosas, cuyos coloridos llegan con el tiempo a constituir preciosos tesoros en la vida de las naciones, y seguramente la declaración del filósofo, si no olvidada, quedará solo en el dominio de los pensadores, sin pasar en muchos años a las muchedumbres.

Pero haced que el artista lleve a sus obras el mismo principio, encubierto por las imágenes de la fantasía, ó los colores de la paleta, disperso hábilmente en sus cuadros, entre las armonías del verso y las bellezas de la descripción, inspirando con él las pasiones y los caracteres de los personajes de su creación; procurad que el dogma sea dicho, por ejemplo, en el inmenso escenario de Atenas; en las estrofas de Homero ó en los diálogos de Shakespeare; que la civilización se derrame desde el arte, y bien pronto las recibirán todos los pueblos.

Entendiéndolo así Grecia, comprendiendo la fuerza de la poesía y del arte, levantaba un teatro en cada colonia y hacia que se personificara en Esquilo la patria.

La idea de la libertad, que ha sido el entusiasmo de todos los pueblos modernos, no ha tenido jamás mejor evangelista de sus excelencias que un himno como *La Marsellesa*.

La razón que preside la fuerza del arte, es muy parecida a la que tienen las religiones para cautivar las almas y las conciencias.

¿Cuántos principios, qué número tan infinito de verdades se habrán escapado a la filosofía, a la sociología, a todas las ciencias, aun antes de existir el catolicismo! Y sin embargo, la idea de fraternidad, de abolición de la esclavitud, de caridad, etc., no las sabemos, ni han penetrado en nuestro espíritu por las predicciones de los filósofos, moralistas y filántropos de la antigüedad, sino que han arraigado en el corazón de la humanidad por la propaganda de las religiones.

¿En qué consiste? En que, como éstas, el arte tiene un atractivo irresistible, que subyuga todos los espíritus, convence con la suavidad, no se dirige a la razón con argumentos ininteligibles, sino que va al sentimiento halagándole; no acude a la lógica ni a los doctrinarismos enojosos, sino a la belleza, a las exposiciones brillantes que encantan la fantasía de quien las lee; a la narración amena y agradable; a la poesía, que entre sus sonoridades y músicas deja siempre algún pensamiento fecundo é inolvidable; a todos los elementos, en fin, que constituyen la vida de la estética.

Teniendo esta fuerza el arte; siendo tan numerosos esos ejércitos y tan invencibles sus armas, ¿se quiere que el siglo XIX deje de reclamar el concurso de aquél? ¿Se desea que la sociedad se prive de una colaboración tan valiosa? ¿Se ha de renunciar a que la cultura nos venga directamente de las fuentes más puras?

No: es esta negativa nuestra mejor victoria. ¿Ni que importaría que pretendieramos exornar al arte de su gran trofeo?

La revolución literaria del siglo actual, lo hemos dicho, está en su fondo. Está en su carácter activo, militante, batallador si se quiere; en la osadía de preceder a la civilización si se retrasa; de ayudarla, si avanza; de impulsarla si se detiene; de propagarla, si los pueblos se hacen impenetrables.

En nuestros tiempos el literato y el artista son filósofos, historiadores, políticos. El poeta contiene dentro de sí mismo a Herodoto y a Tales, dice Víctor Hugo, de Homero. El arte, añade, tiene como el infinito un por qué superior a todos los porqués. El poeta filosofa porque imagina; ninguna facultad ahonda tanto como la imaginación (1).

(1) Víctor Hugo.—Guillermo Shakespeare.—Traducción A. Aura Boronat.

Y es este, en efecto, el punto cardinal á donde debemos dirigir las ambiciones generosas del arte moderno.

Proudhon, que entendi6 así los destinos del arte, al hablar de la lucha entre las escuelas romántica y clásica, pregunta: ¿razona el arte? ¿Piensa? ¿Sabe? Y contestando á todos los argumentos que quieren ennoblecer el arte, haciéndole independiente de todo, m6nos de la belleza, dice: «conciencia y ciencia, ó en otros t6rminos justicia y verdad, son los centros fundamentales sobre que gravitan todas las facultades: la memoria, la imaginación, el juicio, la palabra, el amor, la política, la industria, el comercio y el arte. Por desconocer esta constitucion los artistas han fundado falsas estéticas.»

Más adelante, añade: «la idea de una facultad sin objeto, de un principio sin consecuencia, de una causa sin efecto, es tan absurda como la de un efecto sin causa. El arte tiene por objeto conducirnos al conocimiento de nosotros mismos, por la revelacion de todos nuestros pensamientos, nuestras tendencias, nuestras virtudes, nuestros vicios... y contribuir de esta suerte al perfeccionamiento de nuestro sér.»

«Decretará por este concepto la importancia y el valor del arte?»

Hora es de que la literatura entienda cuán grande es el sacerdocio que le ha impuesto su hermoso destino. Hora es de que le siga y cumpla.

En las sociedades modernas queda mucho que corregir y propagar. Obrero incansable, el pensamiento debe acudir á los lugares del peligro: en ellos las letras ocuparán el sitio preferente.

En la esfera de la política, acaso más que en otra alguna, no se ha recabado todo lo que puede exigirse. ¿Cuánto logrará la literatura si sus campañas son acertadamente dirigidas!

Por esto hemos insistido en el trascurso de estas páginas en la misma idea.

Pero un argumento repetidísimo, á quien la observacion dá incontestable fuerza, viene á oponerse á las relaciones íntimas que entre la literatura y la política hemos establecido.

La historia prueba que los literatos que han sido políticos, como Lamartine, ó no han llevado á término más que obras efímeras para el Estado, ó sólo han conseguido el desvanecimiento de sus esperanzas como hombres públicos. Los desaciertos, las vacilaciones, las torpezas, se dice, han sido siempre patrimonio exclusivo y singularísimo de los artistas que han ido á la vida parlamentaria conducidos por la generosidad de sus pensamientos ó por la ambicion de sus almas insaciables.

Nosotros, que hemos condenado las influencias perniciosas que la política ejerce sobre nuestros literatos, hasta el punto de arrebatarnos al cielo del arte, conduciéndolos á las escabrosidades de eternas aventuras, absorbentes por las emociones que provocan, ¿habíamos de creer aconsejable que el artista participara directamente en los asuntos públicos?

Hay algo, además de la conveniencia de las letras, que parece oponerse á la compatibilidad del artista con la del político. Las cualidades de aquél son muy distintas de las que éste debe reunir.

La imaginacion, los entusiasmos soñadores del primero, sus concepciones elevadas, no pueden fácilmente avenirse con la estrategia personalísima de la política, con las pequeneces efímeras de la ambicion, ni con las armas envenenadas que usan los campeones de la vida pública.

Ignorante de su mecanismo ó refractario á entender sus secretos, no puede el arte caminar un solo paso sin un tropiezo.

¿No dá, en verdad, lástima contemplar levantados en la tribuna parlamentaria á algunos jóvenes de reputacion literaria, á quienes ahoga la inesperienza política, y que sucumben enredados en sus propias dificultades?

Por otra parte, ¿no es también triste que hombres que llevan dentro de sí mismos el génio del arte, se hallen en las últimas filas de los partidos, detrás de quienes jamás han sentido en sus frentes otro fuego que el de la audacia ó la travesura?

Estos espectáculos son la prueba más elocuente de aquella incompatibilidad, si además de la experiencia no la confirmara la naturaleza de los dos campos.

No: no es así; interviniendo personalmente en la política, expuestos á los desdenes de los aventureros y á los naufragios que causan los mares desconocidos; no es así, fundando la ambicion y el ánsia de popularidad en los peligros y en las emociones de lo ignorado, cómo ha de lograr sus triunfos el arte en la esfera política.

Es desde el libro que escriben la meditacion y la vigilia en el gabinete; es desde la novela, es desde el teatro, desde la crítica y la historia, desde la poesía y todos, todos los géneros de la literatura, desde donde han de aportarse á la sociedad los gérmenes que necesita para su progreso.

No son muchos, ni muy grandes los esfuerzos que debe hacer el artista para conseguirlo. Ninguna regla, ningún preceptismo le obliga á sujetar su imaginacion. Basta solo con que las inspiraciones del poeta, la observacion del novelista y del dramaturgo, y la estética con que haya de mantenerse el crítico, estén siempre dentro de la corriente que impulsa á los pueblos modernos, compenetradas en la vida y en las necesidades de ella; familiarizadas con el ánsia general y teniendo,

cual luminoso faro en lontananza, ese propósito que busca el perfeccionamiento de la humanidad.

Este es el único, el más noble sacrificio que puede exigírsele á la libertad artística.

¿A dónde se dirigen hoy todos los trabajos? ¿A dónde van, en qué punto convergen las fuerzas sociales?

Allí ha de estar la literatura.

Y entiéndase que no hablamos del arte, viéndolo con sus bellas obras tésis descarnadas. No excitamos á que el artista escriba ó ejecute con un propósito inalterable y fijo.

Las tésis y los propósitos resultarán, sin su deliberada intencion, cumpliendo tan sólo aquel levísimo sacrificio. El escritor no necesita tener al lado de sus cuartillas una *proposicion*; no más que saber que escribe para su pueblo.

¿Por qué han nacido las escuelas realista y naturalista en nuestros tiempos, sino porque vienen á cumplir y establecer las relaciones que el arte ha de guardar con el mundo en que vive?

¿Cuál es la causa, el verdadero fundamento que sostiene á aquellas tendencias literarias que buscan sobre todo la belleza humana?

No es sino la mision artística que predica el evangelio de la verdad, cara á cara de los que quieren ocultarla con torpes miras.

Se ha dicho que Tisifon presentaba á los réprobos, para mayor y más terrible tortura en la condenacion infernal, un espejo clarísimo que delataba y ponía delante de sus ojos sus propios pecados.

Hé aquí lo que la nueva literatura hace por la educacion democrática.

No busca las abstracciones de la virtud, de la integridad y del deber; no nos pinta cuadros fantásticos que adulen con apoteosis sublimes nuestro destino; no nos presenta las naturalezas y caracteres intachables, ni los sacrificios inverosímiles de almas que nunca han existido; por el contrario, nos muestra el vicio descarnado, las corrupciones del organismo social, las víctimas que olvida un progreso irreflexivo en la soledad de sus interminables angustias; *lo feo* antes que *lo bello*, no porque se niegue la realidad y existencia de la virtud, ni porque con ciego pesimismo se crea imposible la vida del honor, de la bondad y la justicia, sino porque el arte como Tisifon gusta más de presentar á la sociedad sus defectos que no sus excelencias. Con aquel procedimiento, la ironía del escritor castiga y corrige; con éste, engaña y exagera.

En todo, pues, existe una nueva fórmula para el arte: un concepto más amplio para su mision. No obedece á la servidumbre, como han querido indicar los partidarios del arte por el arte, porque se ponga al servicio del progreso de las almas, que es el de los pueblos; no mengua su importancia por ser más profana su aspiracion; lejos de esto, engrandece su existencia con los laureles que conquista y satisface, no las necesidades efímeras de un pasatiempo sensual, sino aquellas que reclaman la naturaleza y el destino del hombre, para que en la tierra se cumpla y desarrolle el reinado de sus facultades.

El arte sin idea, el arte sin alma, el arte sin pensamientos de su siglo, es un arte muerto.

Los idealismos de la forma han desaparecido, porque la belleza sola no es nada.

Hay que renunciar, en beneficio de las sociedades, al placer de las literaturas pasadas: tenemos que abandonar *lo bello* del espiritualismo; renunciar á las creaciones fantásticas, ante la nueva literatura que se inspira en las luchas diarias de la humanidad, que tiene por destino el progreso y por aspiracion la cultura.

En la gran comunión literaria existen dos grandes y numerosas porciones que hoy se definen con mayor claridad que nunca. Las dos son dignas de admiracion y de religioso respeto. Forman la primera todos los génios; los poetas, los dramaturgos, los cantores de las pasadas glorias, los historiadores, los novelistas, todos aquellos de quienes la humanidad conserva nombre inmortal. Todos han obedecido á las imposiciones del tiempo en que vivieron. El romanticismo, la idolatría por el arte purísimo, el clasicismo, los idealismos exagerados, los éxtasis hácia las bellezas divinas, tuvieron razones de existencia que fuera inútil volver á demostrar.

La numerosa pléyade de génios que vivió de las inspiraciones de aquellas escuelas, compone la *Iglesia triunfante* de nuestra literatura.

Forman la segunda, los hijos de los tiempos presentes, que sin descanso ni reposo, sin miedo á los peligros ni vacilacion ante los obstáculos, penetran con el arma irresistible del arte en todos los combates y luchan sin trégua. Todos ellos componen la *Iglesia militante*.

Dejemos que los primeros gocen sin amargura la inmortalidad que conquistaron; abramos el paso á los segundos; excitémosles al trabajo que han emprendido. No desconfiemos de la mision sagrada con que han enaltecido el arte. Algo precioso dejarán; herencia pródiga, inapreciable y sagrada.

Las dificultades son inmensas, pero la voluntad las supera; porque para el arte, como ha dicho recientemente un hombre ilustre, «en el Océano del progreso, no hay ningún cabo que se llame, *Nó*.»

E. GOMEZ ORTIZ.

## APERTURA

DEL ISTMO DE KRAU EN LA PENÍNSULA DE MALACCA.

En una de las últimas sesiones de la Sociedad de ingenieros civiles de París, M. Leon Dru ha expuesto los medios de realizar esta curiosa empresa, y como el asunto puede llegar á ser de interés para nuestras islas Filipinas, nos creemos en el caso de dar algunas noticias.

Cuando se examina con atencion el mapa del archipiélago asiático, se observa que la península de Malacca obliga á los navegantes á hacer una vuelta muy acentuada hácia el S., aproximándose á la isla de Sumatra, aumentando unos cuatro días, por término medio, el trayecto de los buques que van á China y Filipinas, exponiéndoles también al paso muchas veces peligroso del estrecho de Sumatra. Se comprende, por lo tanto, todo el interés que encierra la apertura del istmo de Krau, puesto que ésta quita todas esas dificultades.

La península de Malacca se extiende de 1°, 15' á 17°, 15' de latitud del Norte; tiene unos 1.190 kilómetros de longitud y una anchura de 100 á 300. En su centro, que comprende los países tributarios del reino de Siam, es donde precisamente podría abrirse el canal, cuyo establecimiento sería tanto más fácil, cuanto que allí existen dos corrientes de agua muy importantes: una, el Pack-Cham, que desemboca en el mar de las Indias, y otra, el Tayong, que termina en el mar de Siam. Se reduce el problema á canalizar ambos rios y reunirlos por un desmonte.

El Pack-Cham es un rio ancho que separa la provincia de Tenasserim de los países tributarios de Siam, y forma un canal natural que en gran parte de su trayecto presenta más bien los caracteres de un brazo de mar que de un rio propiamente dicho.

En los 100 primeros kilómetros de su trayecto, los trabajos que hay que ejecutar serian relativamente poco importantes, y pasados aquellos sería preciso abrir un canal de 11 kilómetros para unirlo con Tayonug, que toma el nombre de Tseompeon, á partir del pueblo de Phai. Como este rio tiene poca profundidad, sería necesario dragarle. La realizacion de este proyecto causaría un movimiento de tierras de unos 30 millones de metros cúbicos.

Mr. Dru indica igualmente otro proyecto, que consistiría en abandonar la corriente del Tseompeon inferior para reunir desde Phai el Tayonug al mar por un desmonte de 4 kilómetros y por el Tseompeon superior, resultando un movimiento de tierras de unos 32 metros cúbicos.

Estos dos trazados son los más directos y los más fáciles; dan el movimiento de tierras más bajo, hallándose escavado enteramente el canal en el lecho del principal rio de la vertiente E.

También señala Mr. Dru otros varios puntos de la Península, donde su estrechez permitiría el establecimiento de un canal de union entre los dos mares, pero cuyos cálculos no se pueden precisar por no conocerse suficientemente el país.

Segun cálculos de Mr. Dru, se necesita para esta empresa un capital de 100 á 120 millones de francos, cuyos intereses quedarían bien asegurados sin más que tener en cuenta el tráfico actual de la navegacion, y resultarían para el comercio las ventajas de acortar cuatro días el viaje á China, evitar los peligros de la navegacion por el estrecho de Malacca y establecer una comunicacion directa con Siam, Annam y Cochinchina. En el consumo de carbon de los vapores sería muy importante la economia, pues solamente para los barcos de la Península Oriental y de las mensajerías francesas, que consumen 45 toneladas diarias habria un ahorro de un millon de toneladas al año.

## NUEVO MANANTIAL DE PETRÓLEO.

Se acaba de descubrir en las minas de Pachebronn, en Alsacia, abundantes manantiales de aceite mineral. Por medio de unos sondeos en las capas situadas en la parte inferior de las colinas que contiene el petróleo, se ha comprobado, á unos 140 ó 150 metros bajo el nivel del suelo, la existencia de un abundante depósito de aceite mineral. Aun cuando la abertura hecha con la sonda tiene únicamente un diámetro de 55 milímetros, la cantidad de aceite que sale es de 200 á 240 barricas cada veinticuatro horas.

La cantidad de petróleo contenido en los terrenos que se extienden en la alta Alsacia, entre Lampertsloch y Wissembourg, es mucho más considerable de lo que se había supuesto en un principio, y en un porvenir próximo se abrirán en aquellas comarcas abundantes manantiales de petróleo, que serán objeto de una industria muy lucrativa y que perjudicará en grande escala á la produccion norte-americana.

Anteayer se verificaron en la abadía de Westminster los funerales por el eterno descanso de Darwin, dándosele sepultura al lado de la de Newton.

Se están preparando grandes fiestas en Grecia para celebrar la inauguracion de las obras del Canal del istmo de Corinto que se verificarán el jueves de la semana próxima.

VENEZUELA.

Vamos á examinar el Mensaje que tenemos á la vista, presentado por el general Guzman Blanco, ilustre americano, pacificador y regenerador de Venezuela, y presidente constitucional de la República, al Cuerpo legislativo.

Después de rendir su tributo á la soberanía popular, fuente del derecho, atribuyendo á su vivificante influencia el porvenir fecundísimo de la patria, se congratula de la transformación cumplida de las veinte antiguas entidades en ocho Estados, con población, riqueza é instituciones que les hacen real y positivamente independientes y soberanas, con sus relaciones entre sí y con los poderes federales de la Union, habiendo constituido el Poder legislativo con diputados y senadores elegidos en libérrimas elecciones, que forman un contraste poco favorable á los Gobiernos de las monarquías europeas, que bastardean y adulteran el sufragio restringido por el censo electoral; mientras que en la República venezolana ha sido la expresión sincera y legal de un pueblo inspirado por la virtud, que, según la opinión autorizada del gran publicista y eminente filósofo político Montesquieu, es el alma de las instituciones republicanas.

Es muy notable el progresivo desenvolvimiento de aquel Estado, con la creación de los territorios Orinoco, Amazonas, Yurnary y el Causa, predestinados á ser los más opulentos en el porvenir de la República.

El presidente manifiesta que, en uso de las facultades extraordinarias que le otorgó el Congreso, ha retocado los Códigos civil y militar, y expedido un Código de procedimientos, y un Código militar que presentará á la ratificación del Cuerpo legislativo.

Se han realizado mejoras importantes en el ramo de correos, para hacer más rápido y múltiple este servicio, así como se ha establecido el telégrafo en el Centro y Occidente, y se extenderá por el Oriente y el Sur, después de lo cual, el paso submarino á Trinidad completará la red telegráfica de Venezuela con el mundo entero. La tarifa se ha reducido á un mínimum tan insignificante, y su uso es tan frecuente, que cubre los gastos ordinarios, y ha duplicado la correspondencia epistolar.

Vemos con satisfacción profunda la doctrina emitida por el general Guzman Blanco, de que los correos y telégrafos, son de servicio público, y conviene al fomento de los intereses generales libertar de toda contribucion la correspondencia, y recomendar la materia al estudio y meditacion de los legisladores, para que, si no hoy, más tarde, pueda dársele oportuna solución. Estas son sus palabras.

Esta doctrina fué defendida con vehemente convicción por el autor de este artículo en el seno de la Junta revolucionaria de Madrid en el año de 1868. Nombrado por la misma director general de Correos, sostuvo la opinion de que los correos debían ser considerados, no como una renta, que era el sistema que prevalecía en el antiguo despotismo, hoy por desgracia vigente todavía en el reinado de una semi-libertad, sino como servicios públicos. Mi antiguo y queridísimo amigo, el inmortal Rivero, el filósofo elocuente, el pensador profundo, el tribuno ardiente de la democracia, participó de mi pensamiento, y debo decir, en honor de la mayoría de aquella Junta, constituida de elementos tan heterogéneos, de antiguos partidarios de la union liberal, tan ilustrados como el marqués de la Vega de Armijo y Navarro y Rodrigo; de amantes del progreso tan respetables como D. Joaquin de Aguirre, Madoz y D. José de Olózaga; de demócratas tan conocidos, como Figueras, Sorní, Bárcia; del hoy posibilista Ortiz de Pinedo, y progresista demócrata Montemar y otros varios, todos mis amigos, y á pesar de haber aprobado la Junta en su inmensa mayoría mi idea, tan en armonía con la que patrocina el dignísimo presidente de la república de Venezuela, por *dos individualidades exclusivamente*, que no quiero nombrar, no se me participó inmediatamente el acuerdo de la Junta por el secretario, que debía haberlo hecho, aguardando la constitucion del Ministerio, y del de Hacienda, sobre todo, en el que desempeñó un cargo importantísimo. Insistí después sobre la realizacion de mi pensamiento, que expuse, entre otras reformas, al actual presidente del Consejo de Ministros, entonces ministro de la Gobernacion y mi especial amigo. El Sr. Sagasta lo aprobó también, pero se encontraba contrariado por el ministro de Hacienda.

Así, pues, el ideal del Sr. Guzman Blanco me ha hecho recordar el mio, y me complace en extremo esta identidad de principios y de apreciaciones entre mi modesta persona y la del ilustre presidente de la república de Venezuela.

Hace resaltar en su Mensaje que el desarrollo prodigioso de la riqueza del país, y la reputacion de un pueblo pacífico, libre y ordenado, hará espontánea la inmigracion, y consigna el principio fecundo de que poblar la República es hacerla productora y consumidora á un tiempo, lo que equivale á engrandecerla y enriquecerla.

Compañías y capitales extranjeros se consagran á la explotacion de las minas de carbon que han de proveer, por su proximidad y baratura, á los vapores que navegan entre Europa y la América del Sur, á los estudios y trabajos inicia-

dos de ferro carriles, y á el del Orinoco al Yurnary, que ha de explotar el territorio aurífero de Guayana; otro el de las minas de cobre de Seboruco del Tachira, y el ensayo de la navegacion del alto Orinoco y el Meta, que ha de fecundar la agricultura y el comercio de la hoya del Orinoco de feracidad inmensurable; todas estas empresas han de desarrollar el progreso de la República, cuyo último censo, en Abril del año pasado, demuestra que, contando con los pobladores de los territorios de Colon, Goagira, Amazonas y Orinoco, y de la colonia Guzman Blanco, asciende la población á 2 075 245 habitantes; entre éstos, 34.916 extranjeros, y comparado este censo con el que se publicó en 1873, revela un aumento de población de 295 055 almas.

Contiene 511.364 electores, 355.804 en aptitud de tomar las armas; Venezuela, sin grave quebranto de sus industrias, cuenta con un ejército de 90 000 hombres, que el día de una guerra exterior sería, sin duda, mayor.

Existen 1.684 escuelas que tienen 61.013 alumnos de asistencia diaria; además se han establecido recientemente escuelas en los cuarteles, que aumentarán en algunos millares de alumnos la cifra civil. También ha aumentado notablemente la renta de escuelas; las normales de Cumana, Valencia, San Cristóbal, el Tinaco y Barquisimeto ofrecen grandes esperanzas; los colegios divididos en dos categorías, federales y seccionales, dan excelentes resultados; su renta anual consiste:

En intereses de la deuda consolidada.....B.	69.500
Derechos sobre herencia y sobre registro.....	120.000
Producto de bienes aun no vendidos.....	96.000
Suma.....B.	283.500
Y tienen de gastos.....	244.464
Diferencia.....B.	39.036

que debe convertirse en deuda consolidada también y continuar con todo sobrante cada año.

Los colegios de niñas dan instruccion á 302 alumnas. Hay dos Universidades: la central y la de Mérida. A la Universidad corresponde pedir al Congreso que la autorice á vender sus propiedades y para convertir su producto en deuda consolidada del 5 por 100.

Todos los Estados han dedicado su preferente atencion á las obras públicas. El Mensaje abraza un número muy extenso de las de los edificios y ornato, de baños públicos, de calles, puentes, asilos, hospitales, plazas, palacios para los ministerios y legislativos, parques, cárceles, mercados, aduanas, correos, cuarteles, acueductos, oficinas telegráficas, en fin, todo lo que tiende al fomento intelectual y material de la República.

Al fin de este año quedará realizada la empresa de más fecundos resultados, la construcción del ferro-carril de La Guaira á Caracas, y dentro de pocos años todo el centro de la República estará cruzado por las vías férreas, porqué su crédito en Europa vá consolidándose, merced á la paz de que disfruta y á la inteligencia y patriotismo del señor Guzman Blanco, que ha cicatrizado las profundas heridas abiertas en el país por veinte años de guerra civil, que ha producido tantas catástrofes é inmolado un tercio de las dos últimas generaciones; pero merced á tan enormes, inmensos sacrificios la noble República se levanta por el buen sentido de sus ciudadanos y por la práctica sincera de las instituciones republicanas.

El estado de la hacienda es muy satisfactorio. Los ingresos son:

Aduanas marítimas.....B	22.724.028,61
Aduanas terrestres.....	5.760.142,91
Telégrafos.....	119.492,05
Instruccion popular.....	859.978,12
Instruccion secundaria.....	95.392,32
Universidades.....	318.435,28
Patentes de invencion.....	180.
Total.....B	29.875.649,28

Y los gastos:

Presupuesto del servicio.....B	20.515.574,65
Obras públicas.....	3.826.708,15
Instruccion popular.....	1.562.677,84
Instruccion secundaria.....	368.133,72
Universidades.....	328.945,67
Total.....	26.602.040,03
Diferencia favorable.....B	3.273.609,28

El rendimiento de la renta federal en el año económico de 80 á 81, comparado el producto de este año con el de 79 á 80 anterior, ha tenido un aumento de B. 962.779,88.

La Constitucion cede como renta de los Estados, las dos terceras partes del tránsito y las dos terceras partes de las salinas, montantes á B. 3 933.333,33, que ha distribuido según la población de cada uno; y después de deducir los gastos de administracion y recaudacion que ascienden á B. 419 525,18, así:

Guzman Blanco.....B	905.859,74
Cara bobo.....	293.051,60
Lara.....	428.684,62
Falcon-Julia.....	342.947,68
Zamora.....	433.252,54
Bolívar.....	99.792,14
Bermúdez.....	472.958,56
Los Andes.....	537.265,26
Total.....B	3.513.808,14

El Poder Ejecutivo Federal proveyó á los Estados de fondos suficientes para su instalacion, obras públicas, etc., y todos, excepto el Estado «Lara», quedaron alcanzados en B. 1.093.198,75, en la cuenta respectiva, y el reintegro de este saldo en contra se efectúa gradualmente por veinticuatro partes de renta que mensualmente recibe cada Estado.

Se han establecido nuevas industrias y se han introducido máquinas como los molinos de trigo, que en la seccion de Trugillo contribuyen á que se obtenga ya la harina de una calidad igual á la mejor extranjera; el país está abastecido de una cosecha abundantísima de frutos, que se exportan además por algunas de las aduanas de la República.

Se pagan mensualmente, con estricta puntualidad, los intereses de la deuda consolidada, que ascienden á B. 1.775.547,40, hasta 30 de Junio de 1881.

En 1 de Julio de 1881, quedaron en circulacion B. 36.291.052,02 de deuda consolidada, sin contar B. 66.644 de sobrantes no reclamados y estinguidos.

La deuda consolidada no pasará en este año de doce á catorce millones de bolívares, sin más que el derecho expectativo á la conversion paulatina en deuda consolidada.

La deuda exterior, que fué durante medio siglo la carga más onerosa de la República y la causa de su descrédito, se ha convertido en fuente de recursos y de una gran riqueza por el crédito que su Gobierno ha alcanzado en los mercados extranjeros, por su excelente organizacion interior y por el cumplimiento honrado de su deber en el exterior.

La tendencia del Gobierno es la conversion de la deuda interna en externa, unificándola con un mismo interés de 4 por 100 al año.

La marina de guerra consta de los vapores *Reivindicador* y *República* goleta, 3 de Agosto, y goleta *Ricaurte*, escuela náutica. Se construye otro vapor, y se trata de sustituir la escuela náutica con un barco de cruz de doble capacidad.

La paz que disfruta Venezuela sólo ha ocupado á la administracion para cambiar y aumentar el armamento y municiones, mejorar los edificios de parque, fortalezas y cuarteles, y ejercer su solicitud por mantener la disciplina y la salubridad de la fuerza permanente, pero se pretende reformar la ley de milicias, para preparar al país militarmente en prevision de eventualidades dolorosas.

Venezuela cultiva sus relaciones exteriores con sinceridad y decoro; ha restablecido sus relaciones diplomáticas con el Gobierno de los Estados Unidos de Colombia, y este Estado nombró un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Caracas, y Venezuela acreditó otro ministro en Bogotá.

Nos ha complacido mucho lo que el presidente manifiesta en su Mensaje, relativo al arreglo de la antigua y laboriosa cuestion de límites, sometida por ambas partes al arbitraje de nuestro Gobierno.

El Mensaje dice: «El soberano español es, sin duda, el árbitro más competente en la materia, porque en España están todos los archivos, y porque siendo S. M. el rey D. Alfonso XII el representante de la madre patria, ha de inspirarle seguramente la justicia que le pedimos, sin ningun otro sentimiento de interés ó de transitoria actualidad»

Vemos con satisfacción inmensa que se hace justicia á nuestras profundas simpatías por aquellas repúblicas, con las que nos ligan los más estrechos vínculos fraternales, que deseamos robustecer con recíproco afecto, porque nuestra más viva y perenne aspiracion es la de su engrandecimiento, desarrollando los fecundos gérmenes de su vitalidad poderosa, para que gocen de las venturas de la paz á la sombra de sus libérrimas instituciones y marchen con paso firme y seguro por las anchas vías del progreso en todas sus manifestaciones morales y materiales.

Es muy antigua nuestra predileccion por los hispano-americanos, y es cada dia más sincera y más vehemente.

Deploramos que no se haya reunido el Congreso sur-americano en Panamá, propuesto por el Gobierno de Colombia para decidir todas las dificultades entre las naciones del continente.

Hace mucho tiempo que en LA AMÉRICA hemos proclamado esta idea salvadora de la independencia y de la dignidad de las repúblicas hispano-americanas, para que resuelvan las cuestiones que les interesan exclusivamente, sin intervencion de potencias extrañas, porque todas aquellas pueden vanagloriarse de tener hijos ilustres por su patriotismo y por su inteligencia para resolver lo más conveniente á sus intereses y á su porvenir. Siempre insistiremos en este pensamiento, porques es, á nuestro juicio, el único que ha de constituir sólidamente su grandeza.

El representante de Venezuela llegó á Colon, donde supo que el de Colombia y Costa Rica, el del Salvador y Guatemala se habian retirado, declarando antes que no podian llenar su mision electiva por la falta de concurrencia de los otros países.

Repetimos que nos duele en el alma esta indolencia de los Gobiernos hispano-americanos en enviar representantes á un Congreso que debe ser el juez más competente de sus diferencias y conflictos, y el que puede ejercer la más legítima in-

fluencia en sus discusiones, porque, naturalmente, han de llevar el sello de la rectitud, de la equidad, de la fraternal concordia; obrar de otro modo es ser instrumento de ambiciones extranjeras, de dominaciones tiránicas; esclavos, en fin, del despotismo absorbente de potencias formidables que no obran más que consultando su avaricia y su egoísmo.

Mientras aquellos pueblos de raza latina procedan aislados los unos de los otros, divididos por mezquinas rivalidades, y no se asocien y se unan por un esfuerzo viril, patriótico, previsor y generoso, invocarán en vano las mágicas frases de independencia y de libertad, porque no serán realmente más que siervos de la voluntad ajena, pueblos infantiles que necesitan tutores malversadores de su fortuna, sujetos al yugo vil de la servidumbre, por más que se decore con el artificioso nombre de protectorado fecundo en pomposos bienes, sacrificando a este astuto predominio sus derechos más sagrados, su independencia y su libertad.

Lo que nos agrada en extremo es la unión íntima de Venezuela con la República Argentina, que acreditó en Caracas un ministro para estrechar sus relaciones, así como el tratado de comercio con nuestra patria para rebajar los derechos de sus producciones en armonía con la igualdad de los derechos que han de pagar los productos de Venezuela a España.

Están negociando con Bélgica varios tratados mercantiles y discutiendo una cuestión de límites con la Guayana británica, y la relativa a la propiedad del islote de Patos, así como la sustitución del tratado de comercio de 1825 con otro que esté más en consonancia con la actual Venezuela, y al mismo tiempo procura establecer otro tratado de comercio y de navegación con Alemania. Están interrumpidas sus relaciones diplomáticas con los Países Bajos y con Francia, porque aquel Gabinete se niega a reconocer las reclamaciones del Gobierno de Venezuela, a pesar de haber éste reconocido y pagado las reclamaciones de súbditos holandeses, y con Francia por reclamaciones exageradas, impuestas por el Gobierno imperial en el momento que se embarcaba el desgraciado Maximiliano, impuesto también emperador a Méjico.

Ningun Gobierno francés ha mostrado los expedientes originales que motivan los pagos, y es de esperar que el Gobierno republicano de Francia comprenda al fin que son injustificadas sus excesivas reclamaciones.

Es muy próspero y floreciente el estado que ofrece Venezuela, y nos congratulamos de que desde medio siglo de disturbios y de guerras, consolide el imperio de la paz y marche por el camino majestuoso del progreso.

Mucho debe Venezuela a su dignísimo presidente el general Guzman Blanco.

Después de haber conquistado la victoria en los campos de batalla, ostentó sus grandes dotes de administración, de honradez acrisolada, de firme voluntad, para vencer mil pretensiones injustificadas, en la gobernación del Estado.

Por la magnitud de los servicios prestados, de los bienes recibidos, el país tributó su homenaje de simpatía y de gratitud a su regenerador; y pacificada la República, organizada su hacienda, regularizados los gastos de la administración, refundida la educación, y realizadas grandes obras públicas, amparados todos los partidos a la sombra de la Constitución y de la ley, el general Guzman Blanco quiso dar un testimonio público y solemne de su patriotismo, de su abnegación y de su desprendimiento, y a pesar de millares de peticiones que se le dirigieron de todos los ámbitos de la República para que no abandonara el poder, el libertador no cejó en su nobilísimo empeño de dar un gran ejemplo de civismo, y abandonó espontáneamente el Gobierno.

El general Alcántara era vicepresidente de la República, y recomendado a sus compatriotas por Guzman Blanco, fué elevado a la presidencia. Antes de partir el protector de Alcántara, éste le hizo las protestas más vehementes de su adhesión y de su fidelidad; pero apenas Guzman Blanco se alejó de su país, Alcántara olvidó sus deberes de gratitud, é hizo una guerra encarnizada personal a su favorecedor, haciendo retroceder a Venezuela en la vía de los progresos realizados, sumiéndola en la sangrienta anarquía de que la había libertado Guzman Blanco, y entregando los destinos del país a las personas menos dignas de merecerlos.

Venezuela no pudo tolerar tan insigne traición, y como se trataba de sus destinos y de su porvenir, los hombres más respetables pensaron otra vez en el salvador de la República, que vivía tranquilo en París, descansando de las tempestades y agitaciones de su vida.

La revolución estalló contra el traidor Alcántara, y Guzman no pudo negarse a las súplicas de sus amigos y de los que no lo eran, oyó la voz de su patria que le llamaba, y el gran caudillo voló a su suelo natal, para ponerse al frente de la revolución que triunfó de todos los elementos oficiales, del tesoro público y del ejército de que disponía Alcántara, que murió repentinamente en un viaje que hizo a la Guaira.

El vencedor entró en Caracas, consagrado desde el primer día a reorganizar la administración desquiciada por Alcántara.

¿Cabe mayor gloria para un gran ciudadano,

que la de ser el libertador y el regenerador de su patria?

EUSEBIO ASQUERINO.

## DESCUIDOS GRAMATICALES

DE VARIOS DE NUESTROS POETAS.

No son afortunadamente innumerables los defectos gramaticales cometidos por los más celebrados vates españoles en sus composiciones poéticas, pero sí los suficientes para que podamos escribir el artículo que servirá de ligero resumen de las principales faltas de locución advertidas por insignes gramatólogos modernos, y quizá de enseñanza para los cultivadores de ese divino arte llamado poesía.

\*\*

Debe emplearse el *la* y el *las*, siempre que estos pronombres femeninos reciben la acción del verbo, ó están en lo que se llama acusativo; y no tiene disculpa por tanto, que Melendez haya dicho en *La paloma de Filis*:

Y en el hombro *le* arrulla.—  
Un beso *le* consuela,

y Arriaza,

La fatigada cierva, si *le* aqueja  
La sed;

sin que sirva de excusa el principiar la voz siguiente por *a*, pues en ningún caso es permitido a los poetas usar el *le* para el caso objetivo del pronombre femenino.

En estos versos

Intacta y muda entre la pompa verde,  
Solo en sus *fibras* resonando el viento,  
El claro nombre de su dueño acuerde.

Llama L. Moratin *fibras* a las cuerdas, cosa que no hemos visto en ningún escritor castellano, de prosa ni de verso, ni en cuantos diccionarios hemos registrado se encuentra semejante voz en ese sentido.

Los nombres femeninos que principian por *a* acentuada, y llevan por esta razón el artículo masculino, reclaman, no obstante, la terminación femenina en todos los adjetivos que con ellos concuerdan: *El alma atribulada, el aura blanda*; sin que pueda sufrirse, *El alma atribulado*, ni

Mientras vuela *risueño*  
El aura de la vida,

como ha dicho Lista.

Fr. Luis de Leon (cancion *A Nuestra Señora*, estrofa III):

Y mis ojos, cobrando mucha lumbre,  
*Pasmaron* del engaño,  
En que andan los que rigen la alta cumbre  
Del mundo a quien adoran.

Aquí, como se vé, omitió el pronombre recíproco *se*, necesario al verbo pronominal *pasmarse* de algo.

Los poetas, aun los más insignes, emplean preposición distinta de la que requiere el uso, procurando empero que no disuene al oído la que adoptan, según lo practicó Jovellanos en los tres pasajes siguientes:

Y así consunto, en medio a (*de*) la carrera.—  
Y en (*con*) pios é inocentes ejercicios  
Santificas tu ocio.—  
Y el alma henchida en (*de*) celestial consuelo;

Leandro Moratin en este:

Y sus mármoles abre a (*para*) recibirme.

Mas no pueden infringir abiertamente las reglas de la gramática, como Arriaza en los versos que copiamos:

La selva se extremece en (*con*) sus rugidos.—  
Dadme guirnalda bellas  
los que sabeis amar,  
que de Delfina en (*con*) ellas  
quiero la frente ornar.

Garcilaso en la *Egloga primera* dice:

Cosa pudo bastar a tal crueza?

construcción conocida italiana: en español era preciso haber dicho, ¿qué cosa pudo bastar?

Balbuena en su *Egloga V* dice por boca de un pastor:

Yo quiero ahora de esta blanca cera  
Remendar mi zampoña; tú, Carillo,  
Préstame, si querrás, tu podadera:

donde, si querrás, es decir, el *si* con futuro de indicativo, es otra construcción francesa: el castellano pedía, si quieres.

En una de las composiciones de L. Moratin hallamos:

Y te cedió Teócrito  
La caña pastoril,

La *caña pastoril* no significa un instrumento músico, como, sin duda, quiso darlo a entender Moratin. Ni en las varias acepciones que trae el *Diccionario* de la voz caña, ni en ningún poeta, recordamos haber visto semejante voz en el sentido de gaita ó zampoña.

En el principio de una de sus odas, indica Meléndez:

¿Dónde están, lira mía,  
los sonos delicados,  
con que un tiempo *adurmieras*  
mis agudos quebrantos.  
Endulzaste mis ocios,  
y el contento en mi labio  
al compás de tus trinos  
me *adulara* más grato?

Reduciendo a prosa este período, se advierte que *adurmieras* está por *adormiste*, y *adulara* por *adulaba*, ó no se observarán las reglas de la buena gramática.

Cervantes escribió (*Don Quijote*, canción de Crisóstomo):

¿Tengo, si el duro *celo* está delante,  
De cerrar estos ojos, si he de vello  
Por mil heridas en el alma abiertas?

cuyo nombre *celo* ofrece una particularidad notable. Cuando significa la pasión amorosa desconfiada, como sucede en el pasaje presente, no tiene singular, decimos *celos*; cuando vale tanto como cuidado, solicitud, no tiene plural. Aquí está usado.

En el *Viaje al Parnaso* dice el mismo Cervantes:

Nunca *voló* la humilde pluma mía,  
y Meléndez en una de sus *Anacreónticas*,

Ya de mis verdes años  
*Volaron* diez y nueve.

En el primer caso debiera decirse, *ha volado*, y en el segundo, *han volado*.

Con sobrada frecuencia omiten los poetas totalmente el artículo, por más que la gramática lo requiera. Así Arriaza calló el definido en el *Himno de la victoria*:

Los surcos se vuelven  
Sepulcro a (*los*) tiranos.

Quintana en la oda *A España después de la revolución de Marzo*:

Así rota la vela, abierto el lado  
(*Un*) pobre bajel a naufragar camina.

Ya por vía de ornato, ya por las exigencias del metro, se han consentido ciertas infracciones de las reglas de concordancia y régimen, como se comprueba con los ejemplos,

Semeja y su fragancia  
La aroma más subida.

(Meléndez.)

Y el alma henchida en celestial consuelo.  
(Jovellanos.)

En verso se ha juntado el artículo masculino con nombres femeninos que empiezan con *a*. Así Garcilaso pudo decir:

Saliendo de las ondas encendido  
Rayaba de los montes *el* altura  
El sol, etc.,

licencia que Fr. Luis de Leon extendió hasta los adjetivos, indicando en la *Profecía del Tajo*:

Traspasa *el* alta sierra.

Herrera en la canción *A Don Juan de Austria*:

A Encelado arrogante  
Júpiter poderoso  
Despeño airado en *Etna* cavernoso,

en lugar de *en el Etna*.

Espronceda: *A Jarifa en una orgía*:

Y es la luz de aquel lucero  
Que engañó mi fantasía,  
Fuego fátuo, falso guía  
Que errante y ciego me *tray*;

alteración ortográfica que en manera alguna se puede dispensar. Menos graves son aquellas cometidas por Meléndez:

Al fin, de un *infelice*  
El cielo hubo piedad.—  
Entonce el pecho generoso herido...  
Orden, belleza, *variedad* extremada...

Martínez de la Rosa, dijo:

*Rastrando* van por las desiertas calles...

Y

Almo don de los cielos! tú *solmente*,

en el poema de *Zaragoza*, a pesar de haberle precedido en usar de esta síncope Jovellanos, cuando expresó en la epístola *A sus amigos de Sevilla*:

Pero el sensible corazón al casto  
Fuego de la amistad *solmente* abierto.

En el *Moro Expósito*, del duque de Rivas, encontramos:

En dos filas en pos, a lento paso,  
Cantando *hosana* con berrido ronco,  
Veinte monjes, (*con*) las albas descendidas,  
Gruesa la panza, (*con*) el cerviguillo gordo...

En el romance *A una dama que le pidió versos*, dice L. Moratin:

Y cuando mi patria logre  
La felicidad que espera,

Su nuevo Augusto hallará  
Marones que le celebran,

en lugar de *celebran*; solecismo que le hizo cometer la fuerza del asonante.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## EL MAL Y EL BIEN.

Á LA BUZ DE LA RAZON.

En mis meditaciones solitarias me he dirigido más de una vez esta pregunta: ¿qué es el mal? ¿cuál es su origen, su naturaleza y sus caracteres? ¿bajo de qué forma se manifiesta en el mundo y en la vida? ¿es una sustancia, un principio activo, una realidad viviente, ó no es más que una simple negación, una sombra, una simulación del sér? Su reinado, puesto que existe bajo una ú otra forma, ¿tendrá fin algún día, ó durará eternamente como condicion esencial de los séres criados y elemento necesario de la armonía universal? Basta fijar un momento la atención en estas diversas cuestiones, tan sencillas al parecer, para convencerse de que en su solución están igualmente interesadas la religión y la filosofía: porque, en efecto, la naturaleza del mal, las causas de su presencia en el mundo, la extensión y límites de su poder, la constancia y universalidad de sus efectos, todos los problemas, en suma, que suscita esa formidable palabra, se encuentran en el fondo de todos los sistemas religiosos y de todas las escuelas filosóficas, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días.

El problema del mal ha sido en todos tiempos la gran preocupación de los espíritus consagrados al estudio de las cuestiones morales, físicas y cosmológicas que están con él en íntima relación. Las religiones, sobre todo, han intentado resolverlo, á título de poseedoras de una luz especial, para penetrar en el mundo de lo desconocido: mas, ¿cómo lo han hecho? Unas, como las del Oriente y del antiguo Egipto, elevaron el mal á la categoría de dios; otras, como el Mazdeísmo, el Cristianismo y el Mahometismo, lo redujeron á las proporciones de un simple hecho, dependiente de la voluntad del Dios único y verdadero: en el politeísmo greco-romano, que divinizaba las pasiones y los vicios, no podían faltarle al mal su culto y sus altares. Por otro lado, los poetas, á quienes no puede negarse una parte principal en la construcción y desenvolvimiento de todos los sistemas religiosos, lograron mezclar los sueños de imaginación con las concepciones teológicas de sus primitivos fundadores y de sus intérpretes oficiales: de ahí esas creaciones fantásticas para explicar el origen del mal y representarlo gráficamente, tales como la caja de Pandora, la leyenda de Prometeo, la fábula de Psiquis, los dos toneles de Júpiter, el Ahriman de los magos, el Shiva de los Brahmanes y de los budhistas, el Tifon de los egipcios, y por no herir devotas susceptibilidades, me abstengo de incluir en la lista á la serpiente del Génesis, transformada más tarde en Satanás, príncipe de las tinieblas, enemigo de Dios y de los hombres, inventor de la muerte, raíz del mal, padre de la mentira, maestro del orgullo y fuente emponzoñada de donde brotaron todos los vicios, todos los crímenes, todas las iniquidades, flaquezas y miserias que son el azote y el baldón de nuestra especie: en este retrato que del ángel caído hacen los Padres de la Iglesia, se ven reunidos los principales rasgos que caracterizan el mal bajo todas las latitudes y en todos los momentos de la historia, sean por otra parte cuales fueren el símbolo y la forma que los representa.

Todos esos mitos creados por el génio de los reveladores y por la fantasía de los poetas, responden á cierta necesidad que siente el espíritu humano de reproducir por medio de imágenes sensibles todo lo que en su interior construye y elabora; mas como tales símbolos carecen de realidad objetiva, sólo viven al calor de la superstición popular, y se desvanecen cual ténues vapores ante el sol resplandeciente de la ciencia.

Al concepto del mal va unido otro radicalmente opuesto, el del bien, cuya acción se manifiesta en la naturaleza y en el hombre por efectos contrarios á los de su rival, siendo fuente de toda virtud, de toda bondad, de toda perfección. El reconocimiento de estos dos principios, el bien y el mal, coeternos, independientes, igualmente poderosos, compartiendo el gobierno del mundo, á cuya formación concurren, y no obstante enemigos irreconciliables y en estado permanente de guerra, es lo que constituye el dualismo, dogma fundamental de las viejas teogonías del Oriente y del Egipto, que después reprodujeron algunas sectas cristianas con el nombre de Maniqueísmo, el cual turbó durante siglos la paz de la Iglesia, provocando contra sus adeptos sangrientas persecuciones, como la de la emperatriz Teodora, que para aterrar á la herejía y mostrar su celo por la pureza de la fé, hizo morir en el suplicio á más de 100.000 de aquellos degradados: triste ejemplo de los horrores é iniquidades á que conduce la intolerancia sobreexcitada por el fanatismo, cuando se hace intervenir á la Religión en cuestiones que son de dominio de la razón y de la filosofía!

El espectáculo de una lucha permanente y sin fin entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la salud y la enfermedad, entre el placer y el dolor, entre la virtud y el vicio, entre la na-

turalidad que resiste y el hombre que trata de dominarla... debió sugerir naturalmente la primera idea del dualismo, que, al cabo, no es más que la expresión de un hecho general trasladado á la esfera teológica, ó si se quiere, la personificación de dos grandes abstracciones, convertidas en divinidades activas y eternamente hostiles que riñen entre sí y llevan á todas partes la perturbación y la guerra. Esas abstracciones deificadas son el bien y el mal, que la India adoró con los nombres de *Vichnou* y *Shiva*, la Persia con los de *Ormuzd* y *Ahriman*, y el Egipto con los de *Osiris* y *Tifon*: ambos crearon con su poder el mundo y lo gobiernan con igual autoridad, si bien marchando por opuestos rumbos y haciéndose cruda guerra que terminará en la plenitud de los tiempos con el triunfo definitivo del bien. Tal es, en resumen, la concepción teológica del dualismo oriental; y no quiero extenderme en detalles por no traspasar los límites que me he impuesto.

Los Hebreos y los Cristianos tienen también á Dios y á Satanás; pero el carácter y funciones de este último varían profundamente. Ya no se trata de la eterna lucha entre dos principios rivales é igualmente poderosos, que se disputan el imperio del mundo. Satanás, en la teología hebreo-cristiana, no es más que un ángel fúccioso, que allá en una época remotísima se atrevió á alzar el estandarte de la rebelión al frente de un numeroso ejército, proclamándose Dios, y que, vencido y hecho prisionero por el heroico Miguel, capitán de la angélica milicia, fué lanzado del cielo y confinado á la tierra, desierta todavía. Y aquí me ocurre exclamar con el Profeta: ¡Oh profundidad inexcrutable de los designios de Dios! ¿Qué mortal podrá explicarse en virtud de qué justicia hizo el cielo á la tierra semejante regalo, enviándonos al arcángel traidor para hacer á la pobre é inocente humanidad partícipe de su castigo, sin haberlo sido de su crimen? Pues qué, ¿no estaba ahí la luna, que es un astro muerto, para que el gran culpable cumpliera su condena sin daño de tercero? Y si era el fuego necesario para castigo de tamaña maldad, ¿no está el sol con su temperatura de 4.000 grados, muy superior sin duda á la del centro de la tierra, donde ni siquiera hubo la precaución de poner carceleros que impidieran al terrible poscripto su salida á la superficie para atormentar á los miserios humanos? Pero aquí se apaga la antorcha de la razón y hasta los ojos de la fé se cubren de telarañas.

Satanás, pues, no es como Shiva, como Ahriman, ó como Tifon, un poder autónomo, independiente, soberano, sino un agente subalterno, una fuerza al servicio de una voluntad superior, un instrumento en manos de Dios, su fiel ministro, su implacable verdugo. Si metido en el cuerpo de una serpiente seduce á Eva, persuadiéndola de que la ciencia del bien y del mal está encerrada en la pulpa de la más insípida de las frutas, es porque Dios se lo permite; si descarga tan fieros golpes sobre el paciente Job, haciendo á la naturaleza cómplice de su maldad y mostrándose superior á sus leyes, es por que Jehovah le ha autorizado previamente para ello: si se atreve á tentar al mismo Jesucristo, es por que su Eterno padre así lo quiere y ordena, para enseñarnos con tan grande ejemplo á dominar las sugestiones del espíritu del mal: si la castidad de los anacoretas es tantas veces asaltada por el diablo en figura de mujer, es porque Dios quiere acrisolar su virtud someténdola á tan rudas pruebas. Así es que el demonio obra siempre en comisión y como delegado de un poder superior cuyos mandatos ejecuta. Y poco importa que en el antiguo y nuevo Testamento se le llame príncipe de este mundo, dios del siglo, rey y señor de la tierra, porque, á pesar de tan pomposos títulos, nunca pasará de ser un poder subalterno y tan débil que basta un hisopo y un ejercicio para lanzarlo desde el cuerpo de un poseído á las cavernas del infierno.

No hay, pues, en el sistema religioso de los hebreos y de los cristianos, un verdadero dualismo, tal como se revela en las teogonías del antiguo Oriente y del Egipto, sino un poder único, soberano, omnipotente, servido por agentes de diversas clases, según la naturaleza de la misión que están llamados á cumplir: ángeles buenos para llevar el consuelo y la dicha al corazón de los elegidos, y ángeles malos para aterrar, corregir ó castigar á los réprobos; en una palabra, un Dios que manda, y ángeles y demonios que obedecen.

Peró si el mal no existe como sér sustancial, como poder activo que comparte con Dios el imperio del mundo, existe al menos como un hecho permanente y universal, á cuyas manifestaciones, infinitamente variadas, parece presidir una fatalidad inexorable; y bajo este punto de vista debe ser estudiado para fijar su verdadero concepto y apreciar su influencia en los destinos de la humanidad. Yo he hecho ese estudio, y voy á condensar en breves páginas el resultado de mis observaciones, no ciertamente con la vana pretensión de ilustrar á nadie, sino para tener á la vista en un cuadro reducido el fruto de largas meditaciones sobre la cuestión que quizá ha preocupado más hondamente en todos tiempos á los espíritus filosóficos y religiosos y que forma uno de los capítulos más importantes en la historia del pensamiento humano.

Considerado el mal en su mayor generalidad, es solamente una concepción abstracta, una creación del espíritu, un ente de razón; no es un sér sustantivo, sino una cualidad separada mental-

mente de su objeto y convertida en idea general. Pero esta idea metafísica, esta pura abstracción, ha sido preciso animarla con un soplo de vida y hacer de ella una realidad palpante, contraponiéndola á la noción del bien, que no está, por cierto, en mejores condiciones que su rival respecto á su valor ontológico. Vemos, en efecto, á cada instante acciones y cosas buenas ó malas; pero nadie ha visto todavía el bien y el mal absolutos. Uno y otro son los dos polos sobre que ha girado siempre todo el trabajo de la humana inteligencia, eficazmente ayudada y sostenida por la rica imaginación de teólogos y poetas.

El espíritu religioso de la antigüedad, en la infancia de la razón, hizo del bien y del mal, dos principios antagónicos, dos divinidades enemigas, dos géneos eternamente hostiles, que en perdurable lucha se disputan el gobierno del universo: la filosofía, más positiva y razonadora, sólo ve en ellos dos grandes ideas, de inmensa trascendencia puesto que todo lo abarcan, la naturaleza y el espíritu, y no va á buscar su origen ni á erigirle un trono en las alturas del cielo ni en las profundidades del abismo, sino dentro de una caja huesosa, llamada el cráneo humano, donde no obstante su pequeñez caben holgadamente el mundo y su autor, lo visible y lo invisible, lo real y lo ideal, todo, en suma, cuanto existe y existir puede en las regiones infinitas del tiempo y del espacio.

Veamos ahora qué nos dice la ciencia moderna acerca del bien y del mal, y cómo resuelve los problemas que con el uno y el otro se relacionan.

Llámase bien todo lo que es conforme á la naturaleza de los séres, tiende á su conservación, favorece su desarrollo y coopera al cumplimiento de sus fines: el mal es todo lo contrario, ó sea, en el órden físico, el sufrimiento y el dolor; en el órden moral el vicio y el crimen; en el órden intelectual la ignorancia y el error.

Dedúcese de estas definiciones, que en el bien y en el mal nada hay de absoluto, de necesario, y que todo en ellos es relativo y contingente. La constitución orgánica de cada sér, el medio y las condiciones en que vive y la especialidad de su fin, determinan sus relaciones con aquellos dos principios.

Dedúcese igualmente que es falsa la opinión de los que niegan la existencia del mal, no viendo en él otra cosa que la ausencia del bien, una pura negación, la nada. Así se lleva la confusión á las ideas y al lenguaje, porque si verdaderamente el mal no fuese más que la privación de un bien mayor, desaparecería entonces la contradicción entre ambos, el bien menor sería un mal con relación á otro bien mayor, y uno y otro, á pesar de su radical oposición, llegarían á ser en ocasiones recíprocamente convertibles: el mal y el bien, en semejante hipótesis, no serían más que un estado neutro, indefinible, absurdo. Pero la razón y el buen sentido protestan contra tales conclusiones: entre el bien y el mal hay y habrá eternamente una enemistad irreconciliable: en el abismo que los separa no caben términos medios. Por eso en el órden físico lo contrario del placer no es la impasibilidad, sino el sufrimiento; en el órden moral lo contrario del amor no es la indiferencia, sino el odio; en el órden intelectual, lo contrario de la verdad no es la ignorancia, sino el error.

El mal, pues, existe con el mismo título que el bien: son dos hermanos gemelos que viven independientes entre sí dentro de su respectiva esfera de acción; pero unidos por el lazo de una lógica inflexible. Verdad es que en la economía de las sociedades, es tan vário y complicado el juego de los intereses, que con harta frecuencia el mal de los unos es precisamente lo que constituye el bien de los otros: ¿qué sería, en efecto, de los médicos si no hubiera enfermos? Y los vampiros de la curia, ¿qué comerían si todos tuviéramos el buen sentido de arreglar amistosamente nuestras diferencias? Y sin las guerras y revoluciones, ¿cómo podrían los militares subir rápidamente en el camino de los ascensos y de la gloria? Y los fraudes piadosos, las falsas reliquias, los fingidos milagros, las devotas supercherías y los mil artificios puestos en juego para embaucar á los fieles y hacerles creer que el Paraíso se compra con dinero y sus puertas están abiertas de par en par á todo pecador, con tal que haga brillar á los ojos del celestial portero una bolsa bien repleta de oro, ¿no han sido siempre una riquísima mina hábilmente explotada por el clero en provecho de sus intereses?

Peró este aspecto de la cuestiones poco interesante cuando se trata de estudiar el mal en su naturaleza, en su origen y en sus funciones como órgano del mecanismo universal. Prosigamos, pues, en nuestra investigación.

El mal supone la vida y la sigue en todas las fases de su desarrollo: sin séres capaces de sentirlo, no existiría el mal sobre la tierra. Así es que para abolirlo y arrancarlo de raíz, bastaría suprimir de un golpe toda la creación animal; por tanto, el mal y la vida coexisten y se penetran, se condicionan y limitan: han nacido juntos, juntos viven y juntos morirán: tal es el destino humano.

En el mundo inorgánico suceden las cosas de otro modo: allí no hay más que fenómenos, producto de causas necesarias, de leyes fatales é ineludibles; y si alguna vez se convierten en grandes calamidades, como inundaciones, terremotos, epidemias, ú otras plagas igualmente funestas, sólo pueden calificarse de males con relación al hombre que experimenta sus desastrosos efectos,

no respecto del orden universal, del que no son sino simples manifestaciones.

No creo tan fácil precisar el origen del mal: al llegar á este punto, creo estar tocando el terrible escollo contra el que se han estrellado siempre, no solo la razon humana, sino las especulaciones teológicas de todos los grandes pensadores religiosos.

Dejando á un lado las respuestas que nos dan magos, brahmanes y budhistas, voy á examinar brevemente la doctrina de los teólogos cristianos sobre esta importantísima cuestion. La inmensa mayoría de ellos conviene en que la presencia del mal sobre la tierra, solo puede explicarse por el pecado original. Segun ellos, la caída de Adán no solo atrajo sobre él y sobre toda su raza las enfermedades y la muerte, el desorden de las pasiones, los vicios que nos deshonran y los crímenes que nos pierden, sino que extendió la maldición sobre todo el universo y hasta ocasionó, segun afirma un escritor devoto, la inclinacion del eje de la tierra sobre el plano de la eclíptica: aquella fatal desobediencia pobló los bosques de bestias feroces que amenazan nuestra vida, y el aire de mosquitos que nos chupan la sangre como vampiros: por ella se desencadenan los elementos y se forman las tempestades que devastan nuestras campiñas y esparcen por do quiera el hambre y la desolacion: por ella, en fin, la naturaleza toda, en constante rebelion contra los que nos llamamos orgullosamente sus reyes, asesta sin cesar sus tiros, no ya contra nuestro trono imaginario, sino contra nuestra frágil existencia.

Pero aceptando como cristiano el dogma del pecado original y su trasmision hereditaria por vía de generacion á toda la posteridad del primer hombre, séame permitido poner en duda que de esa fuente haya nacido el inmenso rio de males y desventuras que cubren á manera de inundacion toda la tierra.

Líbreme Dios de decir que castigar en los hijos el crimen de sus padres, es parecerse al médico, que para curar á un padre apoplético propina una sangría general á todos sus hijos: tal vez lo que es infuso y absurdo en la tierra sea justo y racional en el cielo; así como así, el sagrado texto nos dice, que «la sabiduría de los hombres es locura delante de Dios.» Además se trata de un misterio inaccesible á la pobre razon humana, y ya se sabe que los misterios no se discuten: son materia de fé y no de raciocinio. ¿Quién, sino á título de misterio, pudiera admitir el hecho de que para expiar la falta de un solo hombre haya sido necesario que una nacion entera se hiciese culpable del más horrendo de los crímenes, del crimen de deicidio perpetrado en la persona del hijo de Dios? Y sin embargo, sobre ese hecho incomprendible, refractario á la razon y que echa por tierra todas nuestras ideas sobre la justicia y el derecho, está fundado todo el edificio del Cristianismo, es decir, de la Religion que ha civilizado al mundo y engrandecido á la humanidad, dándole á Dios por padre y proclamando hermanos á todos sus miembros.

Admito, pues, la herencia de una mancha originaria en toda la familia del primer hombre prevaricador; mas no la opinion que funda en ese solo hecho la teoría del mal y el principio de su reinado en el hombre y en la naturaleza. No; el mal existia ya mucho antes, y no era por cierto su patria nuestro mezquino globo, sino la inmensidad de los cielos.

Ya dije anteriormente que un ejército de ángeles, capitaneados por el más hermoso y sin duda el más valiente de ellos, pero todos soberbios, ambiciosos, rebeldes y traidores, conspiró contra la autoridad del Altísimo, y se alzó en armas, y peleó desesperadamente, y fué, por último, vencido y confinado á la tierra, convertida desde entonces en presidio perpetuo de la angélica chusma, aunque sin calabozos, ni carceleros, ni grillos, ni cadenas: luego el mal nació en el cielo, y no en el Eden. ¿Por qué entonces calumniar á la pobre tierra haciéndola madre del monstruo y su execrable cuna y su infame y eterna mansion? Es lo mismo que si por que un asesino está en la cárcel, se le imputara el crimen á esta y no al reo, y se la ahorcára dejando en libertad al culpable. Porque eso mismo es cabalmente lo que sucede: el diablo, autor del mal se pasea por donde le place, tiene colocado á nuestra izquierda un agente provocador que nos seduzca y extravíe por malos senderos, inficiona el aire que respiramos y despues de haber hecho de nosotros durante esta vida su víctima y su juguete, nos lleva despues de ella, si la misericordia de Dios no viene en nuestro socorro, á ser eternamente fríos en las calderas del infierno, quedando él, no obstante, en libertad de subir á la superficie para continuar su horrible cacería. Si, pues, el mal precedió á la escena bíblica del Eden entre un culebrón parlante, una mujer curiosa y un hombre débil, claro es que no pudo tener su origen en un capricho rugivoro de nuestros primeros padres, ni en su culpable desobediencia: su principio, por tanto, como el del bien, que es su antítesis lógica y necesaria, hay que buscarlo, no en sueños cosmogónicos, ni en fantásticas hipótesis, sino en la naturaleza de las cosas y en las condiciones de la vida. No se empeñen, por tanto, los teólogos en sostener teorías que se ven á cada paso desmentidas por los descubrimientos de la ciencia moderna.

La geología y la paleontología en los restos fósiles que nos presentan de multitud de especies

animales, extinguidas las unas y todavía subsistentes las otras, nos ofrecen sin cesar evidentes pruebas de que las enfermedades y la muerte ejercian ya sus estragos cientos y tal vez millones de siglos antes de la aparicion del hombre sobre la tierra: asimismo nos demuestran, conservando las formas orgánicas, que existian ya con la misma anterioridad, bestias feroces provistas de armas apropiadas para el ataque y defensa, así como animales mansos é inofensivos destinados por un capricho de la naturaleza á ser la eterna presa del más fuerte: se ve, por último, que lejos de haberse rebelado contra nosotros la tierra y el cielo, se muestra mucho más benigno ahorrándonos el espectáculo de aquellas espantosas catástrofes, de aquellos tremendos cataclismos de que fué teatro nuestro globo antes de que el hombre hiciera su entrada en la escena de la vida, y que en breve tiempo aniquilaban creaciones enteras y trasformaban la superficie del planeta.

Pero si el mal físico es evidentemente extraño y anterior á la caída del primer hombre, el mal moral, ¿será por ventura una consecuencia de ella, un producto de esa degeneracion primitiva y hereditaria? No, seguramente. El mal moral, que consiste en la perversion de la voluntad y en el oscurecimiento de la inteligencia, existía ya en Adán y Eva, antes de su pecado. En efecto, Eva tuvo la culpable curiosidad de querer saber lo que á Dios no plugo revelarles; y hé aquí la perversion de la voluntad: era, además, su inteligencia tan obtusa que no sabia siquiera que las serpientes silban, pero no hablan: y por último, cayó en la estupidez de esperar que se hartaría de ciencia comiendo manzanas. Adán no se mostró más inteligente que su compañera, ni ménos dispuesto á preferir los consejos de una serpiente a las órdenes de su creador: indócil é ignorante como ella cedió al engaño, y triunfaron la seducción, la ingratitude, y la desobediencia sobre la razon y el deber; lo que prueba, no solo la preexistencia del mal en el corazón de los culpables, sino su predominio sobre el sentimiento y el amor del bien. Adán, pues, pecó porque fué creado pecador, y no es pecador el que no peca, como no es cazador el que no caza, ni zapatero el que no ha hecho en su vida siquiera un par de zapatos.

Con lo dicho, creo haber probado suficientemente, primero, que no fué el pecado original quien introdujo el mal en el mundo, sino las leyes que rigen la naturaleza sensible; y segundo, que nuestros primeros padres, presa desde el primer momento de una corrupcion innata, y de una ignorancia más que supina, facilitaron a la astuta serpiente su obra de seducción, y su caída no fué más que la revelacion de un hecho preexistente y la explosion de un mal que ya fermentaba en el fondo de sus almas. Así, que el mal es una ley biológica, una condicion de vida, un principio de armonía, y no hay que buscar su origen en hechos aislados y en intervenciones sobrenaturales, cuando bastan la naturaleza y el buen sentido para explicarnos su existencia y su mision en el mundo.

Convengo en que Adán pecó, y su falta hizo necesario un reparador; pero el mal no nació en el huerto del Eden: tenia establecido antes su trono en el corazón de los culpables.

Bien sé que no es esta la doctrina corriente entre teólogos y moralistas; mas como quiera que la cuestion del mal, en su acepcion más general y comprensiva, es positivamente del dominio de la filosofía la cual no admite más autoridad que la razon, ni otras armas que el raciocinio, ni más palenque que la discusion libre, me considero con perfecto derecho á exponer mis ideas acerca de un punto que no ha sido declarado artículo de fé, y es, por lo tanto, materia de opinion.

Conozco perfectamente todos los textos que pueden invocarse contra mis afirmaciones, y he meditado mucho sobre ellos; pero la cuestion, vuelvo á repetir, es pura y genuinamente filosófica, y dentro de este terreno lo mismo pueden equivocarse los Papas y los Concilios, que cualquier doctor particular.

¿Será Dios, por ventura el autor del mal y su causa mediata o inmediata? Así lo creerá seguramente quien solo se atenga al testimonio de la Biblia y á la autoridad de los Santos Padres. «Yo soy quien dá la vida y la muerte: yo soy el que hiere y el que cura,» dice Dios en el *Deuteronomio*. «Yo he formado la luz y creado las tinieblas; yo soy el que envía la paz y enciende la guerra,» dice por boca de Isaias. «Yo endureceré el corazón de Faraon, dice Dios á Moisés, y descargaré sobre el Egipto todo el peso de mi cólera.» Dios, para castigar el doble crimen de David, envía sobre el pueblo de Israel una peste que devora 70 000 hombres en pocos dias. Jehovah es quien suscita enemigos á Salomon, pone un espíritu de mentira en boca de los profetas, seduce, ciega y precipita en el error á las naciones y á su jefes; entrega los hombres á un sentido reprobado que les hace caer en el desorden y la iniquidad, endureciéndolos en su malicia y haciéndolos sordos al grito acusador de su conciencia.

Tal es el lenguaje de los profetas: su claridad excusa todo comentario. Los padres de la primitiva Iglesia griega y latina, al abordar el temeroso problema del mal y de su origen, muestran patentemente, en la divergencia de sus ideas, la oscuridad que lo envuelve y la dificultad de su resolusion, por más que estén todos de acuerdo en el hecho capital de una corrupcion originaria, tras-

mitida á toda su descendencia por el padre del género humano.

¿Será lícito ahora á un aprendiz de filósofo formular su humilde opinion acerca de un punto que es la base de todas las religiones de la antigüedad, el escollo de todas las escuelas filosóficas, y el enigma que aún no ha podido descifrar en su incesante trabajo todo el poder de la humana inteligencia?

En mi calidad de pensador independiente creo poder hacerlo, y he aquí mi fórmula expresada en breves palabras: «El mal es un elemento necesario en la constitucion del orden del universo.» El mundo, en efecto, está compuesto de principios contrarios que coexisten y se enlazan por vínculos tan fuertes que sería imposible suprimir uno de ellos sin que el otro desapareciese juntamente con él; y basta para convencerse de esto observar atentamente los hechos que se producen dentro y fuera de nosotros. Dentro, ¿qué es lo que vemos? El sí y el no, la afirmacion y la negacion, la tesis y la antítesis dominando todo el mundo de las ideas, y dentro de este dualismo intelectual la necesidad lógica de conocer uno de sus términos para explicarse el otro. ¿Quién, si no, sería capaz de comprender el mal, si no tuviera idea alguna del bien; ni la cobardía, si no supiese lo que es el valor; ni la iniquidad, si le faltara la nocion de la justicia? Así, la afirmacion y la negacion se suponen recíprocamente, y dada una de ellas, la otra se impone forzosamente al espíritu, que no puede eliminar ninguna, sin dejar las dos reducidas á cero.

Y fuera de nosotros, ¿qué es lo que observamos? La misma ley de contradiccion sometiendo á su imperio todos los fenómenos de la naturaleza: ella es la que opone las tinieblas á la luz, el frío al calor, el reposo al movimiento, la tempestad á la calma, la muerte á la vida, las enfermedades á la salud, la debilidad á la fuerza; y en todas estas combinaciones binarias, ¿quién no ve con claridad que no sería posible comprender cualquiera de sus términos sin tener una nocion precisa del opuesto?

Pero no solamente entra el mal como elemento necesario en la constitucion del orden que rige á la creacion entera: desempeña además otras funciones importantísimas. La misericordia de Dios, sin el pecado, no tendria razon de ser, y quien suprimiera el mal, despojaría al Sér infinitamente bueno de uno de sus más esenciales atributos; y la caridad, ¿qué vendría á ser sin la desgracia, la miseria y los infortunios que hacen posible su ejercicio?

Y no se diga que el mal es una nota disonante en el concierto universal, porque precisamente las disonancias son en música el secreto de la armonía y el principal recurso de que se sirven los grandes maestros para producir esos admirables efectos de sonoridad, esas felices combinaciones que tanto deleitan y embelesan á los aficionados al divino arte. En cambio, una larga sucesion de acordes consonantes no sería tolerada ni aun por el oído ménos inteligente. Y es que la armonía, así en los sonidos como en los colores, lo mismo en la esfera de la sensibilidad física que en la del sentimiento artístico, de igual modo en los fenómenos de la vida que en los de la naturaleza, requiere como condicion precisa la variedad y los contrastes, al paso que huye de la uniformidad y la monotonía, como de sus mortales enemigos. Un sol espléndido que nunca se presentara á nuestros ojos envuelto en su manto de nubes, acabaría por parecernos molesto é importuno, así como un cielo siempre encapotado nubla nuestra alma llenándola de aburrimiento y de tristeza.

Bella es la naturaleza vestida de gala y coronada de flores en un hermoso día de primavera, pero no es ménos magnífico el aspecto de la montaña, cuando envuelta en su sudario de nieve la contemplamos en una noche de invierno á la melancólica luz de la luna. Dulce es el canto de las aves saludando al nuevo día, el murmurar del manso arroyuelo y el suave rumor del céfiru jugueteando con las hojas de los árboles; pero el bramido del huracán, el fragor del trueno, el estallido del rayo, el volcan en erupcion vomitando torrentes de fuego y de ardiente lava, el mar embravecido azotado por la tempestad y levantando hasta el cielo sus encrespadas olas, son espectáculos de tal grandeza y magnitud que, revelándonos todo el poder de la naturaleza, llenan nuestra alma, á la vez que de un sublime horror á las fuertes emociones que engendra siempre todo lo que es grande, imponente y superior al humano esfuerzo. Así que las múltiples formas que el mal reviste en sus casi infinitas manifestaciones, son como los acordes disonantes que dan variedad y belleza á la eterna sinfonia del universo.

Un estudio completo sobre el mal no cabe en los estrechos límites de un artículo, y por eso me he ceñido á exponer algunos puntos de vista generales, y á llamar la atencion sobre el papel, no ya importante, sino absolutamente necesario, que aquél desempeña en la economía del mundo y su gobierno.

Voy, pues, á concluir mi tarea con algunas reflexiones acerca de la recíproca influencia que el bien y el mal ejercen en la produccion de sus respectivos actos, y cómo unos y otros se compensan y equilibran para hacer posible el orden maravilloso que reina en todas las esferas de la creacion.

«No hay mal que por bien no venga,» ha dicho la sabiduría popular en su sencillo lenguaje, y de seguro no hay sentencia que haya recibido de los

hechos una sanción más solemne y universal. ¿Quién ignora que las tempestades purifican la atmósfera, alejando ó disolviendo los miasmas deletéreos que llevan en sus invisibles alas, con el azote de las epidemias, el luto y el espanto, la muerte y la desolación? ¿Quién no sabe que las borrascas del Océano, esa inmensa tumba de tantas miriadas de seres que vivieron, impiden que sus aguas se corrompan é infesten la tierra? Los grandes cataclismos de que fué teatro nuestro globo antes de que apareciera la vida en su superficie, son los que le dieron su forma actual y prepararon una habitación digna y confortable al que debía ser su dueño y señor.

Respecto del hombre, aun es mayor la suma de bienes que le trae el mal, sea cual fuere la forma con que se le presenta: la pobreza le aguijonea, haciéndole activo é industrioso; el sufrimiento le fortalece; las enfermedades le corrigen; los reveses le hacen prudente y previsor; las aficciones lo purifican; la desgracia lo ennoblece; las persecuciones templan y vigorizan su alma, y la muerte misma es un beneficio, porque le libra de una carga que el peso de los años llega á hacer insostenible; y todavía son mayores los bienes de éste, al parecer funesto accidente con relacion al orden universal, porque renovando los individuos perpetúa las especies y asegura la eterna juventud de la naturaleza.

No es ménos cierto que el bien, por una especie de reaccion, suele extraviar al hombre y precipitarlo en el mal; la riqueza le ensorbece; el poder le endiosa; la prosperidad le engríe; la ciencia le hincha; la gloria le embriaga; el placer le enerva, y malgasta, por último, su salud y su vida, ó rindiendo culto á ídolos que él mismo se forja, ó entregado á una vergonzosa ociosidad, ó revolcándose en el inmenso cieno del vicio y del desorden.

Es, por tanto, indudable que el bien y el mal, inseparablemente unidos, se mezclan, se combinan, se modifican de diversas maneras, y en perdurable lucha por un imperio que á ninguno de ellos le es dado poseer exclusivamente, viven como los hijos de Edipo, condenados á pelear sin fin hasta caer juntos sobre el mismo campo de batalla.

Y hémos, por fin, llegados á la última etapa de este nada entretenido viaje, al último aspecto de la cuestion sobre el mal, el de su duracion, acerca del cual voy á decir algunas palabras.

En los sistemas dualistas del Oriente, que suponían el mundo creado y dirigido por dos principios contrarios, nada más lógico que reconocer la eternidad del mal, y, sin embargo, el Mazdeísmo, ó sea la religion de los magos, sólo le concedía 3.000 años de duracion, al cabo de los cuales Ahriman sería vencido y aniquilado por Ormuzd, quedando éste desde entonces único señor del mundo.

Pero lo que parecerá, sin duda, más extraño, es que la teología católica, que no ha cesado de condenar por la voz de sus Concilios, de sus Papas y de sus grandes doctores la impía doctrina del maniqueísmo, haya, no obstante, afirmado dogmáticamente la coeternidad del bien y del mal, si bien localizándolos separadamente en el cielo y en el infierno; como si admitir la co-existencia de dos seres igualmente eternos, Dios y Satanás, con jurisdiccion privativa dentro de su propio territorio, no fuera caer en un dualismo in consecuente, reconociendo de hecho lo mismo que se niega como teoría. El grande Orígenes combatió ya con su poderosa elocuencia esa concepcion del mal reinando soberanamente al lado del bien por todos los siglos de los siglos, y sostuvo que las puertas del cielo volverían á abrirse algun día para el ándel de las tinieblas y todos los suyos. Verdad es que la Iglesia ha condenado tal doctrina, y no porque los demonios y los condenados no puedan pagar en misas el precio de su rescate, sino porque *in inferno nulla redemptio*.

Yo, si he de decir mi pobrísima opinion, creo firmemente que el mal va perdiendo terreno de día en día, gracias al progreso de las luces y de la educacion pública, al conocimiento cada vez más claro de la naturaleza y de sus leyes, y á la marcha ascendente de la humanidad hácia un estado más conforme á sus providenciales destinos. Nunca llegaremos, de seguro, á la perfeccion absoluta, porque tal estado es incompatible con la limitacion de nuestro ser; pero sí podemos hacer de él nuestra constante aspiracion y el ideal de nuestra vida, lo cual irá acercándonos gradualmente á ese fin superior que sólo nos es dado entrever con los ojos del pensamiento más allá de los horizontes de la realidad.

En resolucion: el bien y el mal son dos ideas, dos términos correlativos é inseparables: la existencia del uno supone necesariamente la del otro, y su vida como su muerte, están unidas por el lazo de una fatalidad lógica é inflexible. Lo que sucede es que la extension de sus respectivos dominios cambia y se modifica continuamente en virtud de una ley á que ambos obedecen, la ley de la perfeccion humana. En efecto, cada progreso realizado arranca un pedazo al territorio del mal para agregárselo al del bien, y este doble movimiento, atestiguado por toda la historia, viene ejecutándose, aunque de una manera lenta y sucesiva, desde la aurora de la civilizacion hasta nuestros días, bajo la influencia de aquella ley providencial y bienhechora.

El mal, pues, dada la presente constitucion del

mundo, es necesario como elemento de orden y de armonía, y junto con el bien, su mortal enemigo, subsistirá eternamente; disputándose ambos en una lucha sin fin el imperio de las cosas y de los hombres. Pero si el mal es indestructible como condicion de los seres creados, su poder, no obstante, viene decreciendo de día en día al compás de la cultura general, y á cada progreso realizado en el dominio de la ciencia, de la moral, del arte y de la industria, responde una mejora positiva, ó lo que es igual, un grado de descenso en la escala del mal; lo que si no conduce en definitiva á la total desaparicion de este por oponerse á ello las leyes de la naturaleza y de la lógica, nos hace concebir la esperanza de verle algun día reducido á las proporciones justamente reclamadas por las necesidades del orden á cuyo mantenimiento concurren. Una vida exenta de sufrimientos, una voluntad emancipada de la servidumbre de las pasiones, y una inteligencia poseedora de la verdad y al abrigo de todo error, nunca pasarán de ser un hermoso sueño, el cuadro fantástico de una vida ideal y ultra-mundana; pero sí podemos, á fuerza de trabajo y de perseverancia, ir disminuyendo indefinidamente la suma de los males y aumentando la de los bienes; y este poder es precisamente el que hace toda la grandeza de nuestro destino y nos señala el primer puesto en la creacion.

Guardémonos empero de ir á buscar armas para combatir el mal á las vagas regiones de la utopia ó al país encantado de los sueños; pues solo en el terreno firme de la realidad y de la razon es donde se encuentran las únicas capaces de quebrantar las fuerzas del monstruo y abatir su dominacion. Hasta posible es hacer del mal una fuerza que, lejos de ser un obstáculo al bien, sirva solo para aquilatarlo y avalorarlo: ¿no es por ventura eso lo que hacen las almas superiores? Pues una virtud que es hoy patrimonio de unos cuantos elegidos, puede extenderse á un número indefinidamente mayor con solo elevar á la conveniente altura el nivel moral; y que esto no solo es posible sino que se realizará algun día, podrá dudarlo únicamente quien niegue que el hombre es un ser perfectible y progresivo, despojándole así de dos de sus más esenciales atributos. Por lo demás, y para concluir, el poder que intentara hoy abolir el mal en absoluto, produciría tal vez una perturbacion inmensa, rompiendo uno de los platillos de la balanza en que se pesan los destinos del universo.

FRANCISCO GARCÍA DE CASTRO.

#### REVISTA AMERICANA.

Los que pertenecemos á la raza latina, y sobre todo los españoles, estamos asistiendo á un espectáculo verdaderamente consolador que fortalece la fé de los que jamás dudaron de la eficacia de la libertad, y de los que la tuvieron en la virtud de la democracia.

Ese espectáculo es el período de organizacion, de reposo, de trabajo, de prosperidad y verdadera grandeza nacional en que han entrado varias de las más importantes Repúblicas de la América del Sur.

Chile, el Perú y Bolivia están todavía en armas.

No han zanjado aun las diferencias que, en hora fatal, las llevó al campo de batalla.

Es verdad; pero este desgraciado episodio no destruye lo que decimos ni amengua esta gran verdad: que la América presenta un espectáculo consolador; que se levanta, se organiza, se educa en el trabajo y en la paz, adelante, progresa, conquista y manifiesta en una serie de acontecimientos sucesivos, que ha sonado para ella una hora de organizacion política y social, por la que todavía suspiran no pocos de los Estados europeos.

Como testimonio de lo que decimos, ahí están la República Argentina, Venezuela, Méjico, Colombia, y el mismo Chile, que no por hallarse hoy empeñado en una guerra, que será su eterno remordimiento, ha dejado de ser una República organizada, próspera, y en las mejores condiciones para llamar sobre ella la atencion.

Desearíamos decir otro tanto de la República oriental del Uruguay, la verdadera sultana que baña sus piés en las aguas del majestuoso Plata, pero la imparcialidad de nuestros juicios no nos lo permite.

Por desgracia, hasta hace muy pocos meses, esa República no había adquirido todavía ni la calma, ni la reflexion, ni la sensatez de sus vecinos, entregándose á ese choque sangriento de pasiones bastardas de partidos raquíticos que luchaban, no en beneficio de la libertad y las instituciones, sino en provecho de cualquier personalidad ambiciosa, producida por un *motin de cuartel* ó por una de esas asonadas criminales en que la audacia de unos pocos avasalla la voluntad indecisa de los más.

Y sin embargo, aún allí, en la República Oriental del Uruguay, acaba de asomar una esperanza, que, si se convierte en realidad, podrá en muy poco tiempo darle carta de ciudadanía, para que ella también entre á ocupar su puesto de honor al lado de Venezuela, Méjico, la República Argentina, Chile y Colombia.

Hablaremos del acontecimiento que ha hecho asomar esa esperanza.

Un jóven militar, el general Máximo Santos,

acaba de ser nombrado presidente constitucional. Sus antecedentes, no eran de los que pudieran inspirar confianza al país.

Como ministro de la Guerra del ex-dictador Latorre, un verdadero asesino, se le acusaba de haber sido su cómplice en algunos atentados de esos que sublevar la sangre de los más insensibles, y se temía que, educado en aquella escuela del absolutismo, una vez investido de la primera magistratura pudiese querer continuar en su gobierno los atentados de su antecesor.

Sin embargo, vino su programa ante el Parlamento, y aún cuando todos saben lo desacreditados que se hallan los programas políticos de los gobernantes, esta primera palabra del presidente oriental, fué recibida con aplauso.

Pero para juzgar de su sinceridad, se esperaba la composicion de su Ministerio.

Rodeado de algunos elementos poco simpáticos también, se temía—más que eso, era creencia general,—que los llamaría para organizarlo, y de aquí la impaciencia con que se deseaba conocer la eleccion de Santos.

Penetrado, sin duda, de la responsabilidad que sobre él pesaba, y no queriendo proceder bajo las inspiraciones del momento, se tomó varios días para escojer sus consejeros.

Los diarios que acaban de llegar nos traen los nombres, y aún cuando éstos nos sean desconocidos, en su mayor parte, uno de ellos basta para dar significacion, importancia, tono, prestigio y respetabilidad al Ministerio del presidente Santos.

Ese ministro es el doctor D. Manuel Herrera y Obes, á quien le ha confiado la cartera de Relaciones Exteriores.

Por su talento, por su práctica, por sus grandes condiciones de hombre de Estado, por la respetabilidad que su nombre goza en toda Europa—donde se le conoce hace cuarenta años—el doctor Herrera y Obes es el Metternich, el Thiers, el Bismark, el Cavour, el Beust, el Gortschakoff de la República Oriental.

En una edad avanzada ya, por más que, como el salvador de la Francia, conserva toda la potencia de sus facultades—pudiendo ser el Mentor de cualquier Gabinete en que tenga voz y voto, en el de Santos lo será todo; pues sus compatriotas, sabiendo lo que vale, le tributarán el respeto y la consideracion que se merece, secundando sus miras y tendencias, que fueron siempre las de un patriota, la de uno de esos ciudadanos que todo lo posponen á los grandes intereses de la patria.

Con la eleccion de un hombre tan respetable y eminente, pues, el presidente Santos ha iniciado su marcha, arrancando aplausos aún á los que habían considerado su eleccion como una fatalidad, y que han recibido el nombramiento del doctor Herrera y Obes como una esperanza, en medio de tantas dudas y temores.

La lealtad y la prudencia nos imponen ahora el deber de esperar...

Si de la República uruguaya volvemos la vista á cualquiera de las repúblicas que nombramos al empezar, el espectáculo que ellas presentan nos da derecho á regocijarnos por nuestra raza y por nuestra tradicion; porque al fin esos pueblos llevan en sus venas sangre española, y nacieron á la vida bajo los auspicios de una inspiracion española.

Nuestro director, el Sr. Asquerino, se ocupará hoy de los Estados Unidos de Venezuela en un artículo especial, porque los acontecimientos que allí acaban de producirse tienen derecho á que se les consagre, como tantas veces se lo hemos consagrado nosotros, acompañando á ese privilegiado país en las transformaciones asombrosas que ha operado en él un hombre, una voluntad, un prestigio: ¡GUZMAN BLANCO!

Hacer conocer esas transformaciones es lo que se necesita en Europa para que los millares de hombres que en ella viven arrastrándose en la miseria, comprendan las ventajas que pueden reportar en ir á países completamente vírgenes de un suelo que todo lo produce, y donde hay siempre inmensa facilidad para trabajar.

Sin invertir la tarea que desempeñará hoy nuestro director, hay un punto, empero, sobre el cual, tratándose de Venezuela y de su gobernante, creemos deber decir dos palabras.

Venezuela y Colombia sostienen un antiguo litigio sobre límites, litigios que no pocas veces acaban en los campos de batalla cuando la terquedad y el amor propio se empeñan en ahogar la voz de la razon, y desatender los consejos de la justicia y la equidad.

En el Mensaje que el presidente de los Estados Unidos de Venezuela acaba de presentar al Congreso en el momento de su instalacion, documento notable bajo todos conceptos, hablando de la citada cuestion de límites con Colombia, leemos estas palabras:

«La antigua y laboriosa cuestion de límites ha sido arreglada, conviniendo ambas partes en someterla al arbitramento de S. M. el rey de España.

El soberano español es, sin duda, el árbitro de derecho más competente en la materia, porque en España están todos los archivos, y porque siendo S. M. el Rey Don Alfonso XII el representante de la madre patria, ha de inspirar lo seguramente la justicia que le pedimos, sin ningun otro sentimiento de interés ó de transitoria actualidad.»

Hay tanta altura, tanta dignidad, tanto decoro en estas palabras, que, como españoles, orgullosos de escucharlas, no podemos prescindir de llamar

sobre ellas la atención de nuestros hombres públicos, y sobre todo la de aquellos á quienes el monarca confie el estudio de la cuestión cuando llegue el momento de arbitrarla.

Una parte interesada en un litigio cualquiera, cuando de él se ocupa, habla siempre del derecho que le asiste, de la justicia que tiene. Guzman Blanco huye gallardamente de esa vulgaridad, y como quien tiene la conciencia tranquila, *todo lo espera de la rectitud del árbitro.*

Es un rasgo distintivo de un hombre de Estado notable, de uno de esos estadistas de talla superior.

Por otra parte, el presidente venezolano tiene razón sobrada en confiar en el derecho que á su patria asiste en esta cuestión.

La conocemos perfectamente. La hemos estudiado á fondo, y llamados á fallar en ella, no vacilaremos un momento en dar la razón á Venezuela.

¿Hay en la prensa de España quien lo contrario crea ó piense?

Estamos á sus órdenes para discutir la cuestión, tranquila, extensa y concienzudamente, no sólo para apoyar la afirmación que acabamos de sentar, sino para facilitar la tarea del árbitro, presentándole en toda su claridad, los antecedentes, los datos y los detalles de una cuestión que no se presta ni á las argucias ni á los *imbroglios* que, en ocasiones, hacen aparecer la razón y la justicia allí donde *no existieron jamás.*

Nos ocuparemos ahora de otra de las Repúblicas Americanas que con tanta justicia llama la atención del mundo, por la manera como en ella se han afianzado las instituciones, los progresos sorprendentes que realiza, el bienestar que goza, el desarrollo de su comercio, el aumento considerable de su población, y las grandes conquistas de todo género que á cada instante realiza en nombre de las exigencias de la civilización, y de los principios eternos de la libertad.

El lector ha comprendido que nos referimos á la República Argentina.

Al hablar de este país, verdaderamente extraordinario, llama ante todo la atención del hombre pensador, el principio de asimilación que forma la esencia, por así decirlo, del carácter nacional, de los actos oficiales, y del espíritu de todos los argentinos.

Para ellos no existen *extranjeros.*

Aman la patria, son celosos de su autonomía y de su independencia como el que más puede serlo; pero á cada hombre que á sus playas llega, de cualquier parte del mundo que proceda, le consideran, le tratan y le reciben y agasajan como á un hermano, como á un compatriota; con el que comparte complacidos la labor fecunda en que se encuentra empeñado, de organizar el país, haciéndolo prosperar por todos los medios posibles.

Como resultado práctico de este noble sentimiento de fraternidad, los extranjeros forman parte del Ayuntamiento, de los directorios de los Bancos nacionales y ferro-carriles, y aún tienen asiento en el seno de los Parlamentos, una vez que—para este caso especial—han obtenido su carta de ciudadanía.

Acaso en los mismos Estados-Unidos, cuya literalidad tanto se pondera, ¿se dispensan tales consideraciones á los extranjeros?

Con este desprendimiento, verdaderamente voluntario de la soberanía individual, los argentinos han conseguido llevar á su país una cantidad considerable de hombres de ciencia y de saber, europeos, que se hallan colocados en los observatorios, cátedras de las Universidades, establecimientos de educación superior, escuelas normales y militares, departamento topográfico y de Ingenieros, y en una palabra, allí donde comprenden que pueden serles útiles los hombres de ciencia, de estudio y saber, que les llevan nuestra práctica y el fruto de una experiencia adquirida en esta vieja Europa después de muchos siglos de preparación, de ensayos y de trabajo.

En el ejército, donde antes se destacaban los más audaces, ó los que quizás se mostraban más implacables en el fuego de la batalla, figuran en la actualidad jefes como Olazcoaga, Villegas, Nelson, Levalle, Campos, Racedo, Bosch, Obligado, Mansilla, García, Donovan, y centenares más, hombres de estudio, de educación y saber que han hecho del pequeño ejército permanente de la República Argentina un ejército que, en disciplina, en moralidad, en equipo y en condiciones militares, no tiene nota que envidiar al mejor y más disciplinado de nuestros ejércitos europeos.

Lo mismo sucede con su escuadra, en la actualidad relativamente fuerte para un país que no tiene por qué ser *potencia marítima*; pero aumentada á la altura en que hoy se encuentra, durante las horas de duda en que se temía que la cuestión de límites con la República Chilena no habría tenido otra solución que la de las armas.

Sus jefes—hermanos Cordero, Lasserre, Solier, Ramirez, Blanco, Obligado, Urtubey y otros, y una brillante oficialidad, parte de la que se ha formado en las escuadras europeas, como el joven Urquiza, se perfecciona hoy aquí,—son todos marinos hechos, que al presentarse con los buques que montan en distintos puertos de este continente, han sido felicitados por los de las primeras escuadras del mundo.

Todos estos resultados, prácticos y políticos, este perfeccionamiento, los debe la República Argentina á lo que antes decimos: á la verdadera

humildad con que aprende lo que la Europa puede enseñarle, al entusiasmo como acoge á todo hombre que le lleve un contingente cualquiera que para su existencia importe un progreso, un adelanto y una conquista.

Las noticias que de aquel país nos llegan diariamente,—pues hay mes en que del puerto de Buenos-Aires zarpan más de cien vapores, que conducen allí valiosos cargamentos y millares de emigrantes,—ya no se limitan á decirnos que *la paz está afianzada*, hecho que es hoy allí de un carácter estable; porque esa paz tiene por apoyos, el inmenso poder moral de un gobierno de opinión y el concurso potente de un pueblo que se lo presta con toda la fé que inspira la conciencia del deber cumplido.

¡No! Esas noticias nos dan cuenta constante de los progresos y adelantos que el país realiza sin tréguo ni descanso: del aumento diario de su población, de la prosperidad de las ochenta colonias que hay diseminadas en sus fértiles campos; del desarrollo de su industria, que le permite ser ya una *nación exportadora* de trigos, maíz, azúcar, vinos, *maní*, arroz, oro, plata y cobre: del crecimiento asombroso de los ganados, de los millares de extranjeros que se dedican á las faenas rurales haciendo con ellas rápidas fortunas; de la prolongación y actividad con que se trabaja en las líneas férreas, y en fin, esas noticias—esperadas ya con interés en Europa,—nos dan cuenta del febril movimiento que reina en una nación que ha entrado de lleno en la época de su organización, marchando á pasos agigantados á la cima de la grandeza.

A los hábitos políticos de los Gobiernos y del pueblo, se han sucedido hábitos de trabajo, de sed de mejoras, de hambre de progreso.

Es aquella una situación completamente nueva en la *vida argentina*, y podremos agregar, en presencia del pasado y de la historia, de la *vida americana.*

Hablando sobre estas transformaciones trascendentales, y sobre la importancia á que han quedado reducidos los pocos que todavía pretenden *politiquear*, en medio de una situación de verdadera labor, fecunda para los grandes intereses de la nación, dice en el *Siglo* uno de los más notables periodistas de nuestra época, D. Federico de la Barra, estas palabras:

«No quedan en la arena sino uno ó dos diarios de oposición que se consumen.

No pueden ocuparse de lo que se *llamaba política*, que no era por cierto la ciencia del Gobierno, sino la aspiración del círculo.

Tienen que andar á la caza de *noticiones de efecto* para hacerse leer.

Noticias de *sensación* para poderse mantener y servir á fuerza de inventiva el apetito del consumidor.

Todo lo demás pertenece á la prensa razonadora é ilustrativa, cualquiera que sea su afición ó su interés.

Este movimiento obedece á causas sociales y políticas que han hecho al fin una situación despejada y estable.

Así, pues, las evoluciones del espíritu tienen que producirse é influenciarse al calor de un sentimiento público y de acontecimientos sucesivos que marcan rumbos fijos.

Este es el semblante de una época que se impone con sus tendencias y propósitos universales.

Las declamaciones y los himnos no tendrían sentido.

El sofisma más ó menos colorido sería una irrisión delante de las demostraciones consoladoras y tangibles.

Así, pues, la economía se ha sucedido á todas las fantasías y á todos los arranques de la pasión.

Todas las inteligencias del país han venido con avidez á este terreno fecundo y cultivado con calor.

El augurio cinerario y terrorífico se ha recojido por causa del buen gusto y de la sensatez.

Queda como perdurable patrimonio de algun maestro *ciruela* gastado y perdido en el mar de sus profecías.

Esto se explica bien.

El país ha podido ver y tocar los beneficios complementarios de su organización.

Ha comprendido que las incertidumbres de su porvenir denunciaban un peligro en permanencia.

Ha podido cerrar por fin el templo de Jano.

Ha podido contar seguro su tiempo y el porvenir de sus generaciones.

La organización le ha dado paz, seguridad, libertades prácticas, gobierno.

Le ha dado riqueza, valorización de la propiedad, crédito exterior, cordialidad con todo el mundo.

Ha visto resolverse todos los problemas fundamentales sin perjuicios y sin alarmas futuras.

Las cosas increíbles é inesperadas están hechas, anticipándose quizá siglos y penurias.

Hánse hecho las convicciones sobre la base de la confianza; y forzosamente abiértose los horizontes del cálculo y las aspiraciones más anchas del progreso.

La prensa no sabe á qué atender; y nunca es más laboriosa y más pensadora.

Se agolpan las materias fecundísimas del bien público bajo su aspecto moral y material.

La educación, las industrias, la colonización, las vías férreas, la navegación, los puertos, el estudio de la legislación agraria y aduanera, los progresos de la higiene y del ornato, las instituciones financieras, éstos más ó menos son los temas de la prensa razonadora y sesuda.

¿Es este un accidente?

¿Es una evolución transitoria provocada por el vértigo de las quimeras?

¡No, señor!

Es el tipo y la índole de una época de inmensas reparaciones.

Es el sentimiento del país que se ha manifestado al fin en toda su expansión.

Es la conciencia de la seguridad y de la fé en las conquistas realizadas; ideal vago y consolador que se manifiesta al fin como una suprema realidad.

El país comprende con aplomo que ha salvado los abismos de la incertidumbre en un día, y sigue los impulsos de su destino, dejando rezagados á los cantores y á los rabiosos.»

Estos párrafos de un ilustre escritor, que observa con ánimo sereno y desapasionado, sintetiza perfectamente la situación moral de la República Argentina, que goza hoy en Europa de tan extraordinario crédito: crédito conquistado no sólo con el juicio de sus gobernantes, con la actitud de su pueblo, la solidez de la paz que todos disfrutan, sino con la fé inquebrantable y la regularidad matemática con que cumple los compromisos que tiene con los tenedores de los bonos de sus empréstitos.

De aquí que la República Argentina se haya colocado en condiciones de poder hacer nuevos empréstitos por las sumas que quiera, con la seguridad de obtener el mismo resultado del último que lanzó al mercado de París, que *en dos días fué cubierto catorce veces!!!*

Una nación que se halla en tales condiciones, es una nación que marcha, que progresa y que se engrandece en nombre de la libertad y del trabajo.

P. DE NAVARRETE.

## BIBLIOGRAFÍA.

MOZART ENSAYANDO SU REQUIEM,  
por don Tristan Medina.

El nombre del distinguido colaborador de LA AMÉRICA impreso al frente de la obra de que vamos á tratar, es sobrado conocido para que sea preciso llamar la atención del público sobre su trabajo. Tiene sus lectores como prenda segura de que han de hallar en el número, harto escaso de sus páginas, grato solaz y esparcimiento, una historia interesantísima que dé ideas á su cerebro y un lenguaje fluido y armonioso, rico en imágenes, que dé encanto á su espíritu.

Y, en efecto, las esperanzas que el nombre de D. Tristan Medina, hace concebir, no quedan defraudadas ni un solo momento. Desde las primeras líneas del prólogo, aquel estilo pintoresco seduce el ánimo y lo mantiene como encadenado entre collares de piedras preciosas hasta el final. La última página deja una triste impresión á los lectores: ¿por qué es tan breve aquel librito? ¿Por qué la magia que de él se desprende termina, y el encanto tiene fin? Solo la promesa de que no es esta la última vez que va el autor á contarnos sus sensaciones de *dilettanti*, modifica en parte esta impresión.

¿Qué es lo que ha impulsado al Sr. Medina á escribir esta obra? El mismo lo dice en el precioso prólogo que la ha puesto. Para apreciar bien el mérito, la belleza de todo poema sinfónico, para someterse á su influjo, hay diversas maneras de preparación; y en este caso, el Sr. Medina hace «un cuento, una historia, un drama completo á veces, un librito ideal, cuyo protagonista es siempre el mismo autor de la obra, su alma; al cual invento ajusta, no el acento ni el compás marcado, ni el ritmo de la música en audición, sino su misteriosa característica. Y al mismo tiempo hace así revivir, en su sér trasfigurado, al autor, á Beethoven, á Haydn, á Mozart, por ejemplo; sacando de esta operación mágica de la imaginación y del sentimiento, un milagro de objetividad consumada, complemento de la vida musical, una especie de magnetismo de recurrencia, un secreto de evocación y de identificación de su alma con el alma del génio, Mozart, Haydn ó Beethoven. Así, pues, tiene su cuento para ver á *Mozart ensayando su Requiem*; y otro que titula *la Sinfonía de Beethoven*; y otro que es *El Carnaval de Paganini*; y otro que es *La Santa y el Satan de Haydn*; y otro... y otro...»

Cediendo á ese mandato, á esa voz imperativa que los profanos llaman inspiración y que no es en el artista más que la necesidad de dar alguna salida al sentimiento que su corazón desborda, el Sr. Medina se ha puesto á escribir uno de estos cuentos inimitables, melancólicos ficciones que él forja en su fantasía para formarse idea de uno de sus favoritos, y al recogerse en el santuario del arte para rendir culto á la música y adorar á Dios en las obras que inspira, como se le adora en los séres que crea, ha escogido para presentárnosle tal como él le comprende y le concibe, ese poema maravilloso, que se llama el *Requiem* de Mozart.

¡Mozart!... ¡Qué compañero más sublime!... Su *Requiem*... ¡qué obra tan prodigiosa!

¿Quién no sabe la historia de Mozart, ese niño famoso que á los nueve años tocó en Viena, delante de la corte, causando admiración en sus oyentes y sufriendo á tan corta edad el encanto de la maravillosa hermosura de la que fué más tarde María Antonieta de Francia? ¿Quién no recuerda á su solo nombre la inmensa porción de sus trabajos por los que corre como el aliento de Dios, como un eco de los cantos del Paraíso, que el génio oía en sus éxtasis divinos?

Y en esta vida llena de gloria y armonía, en este cielo lleno de luz, ¿quién ignora el hecho inexplicable, única nube que un momento veló la faz del sol, dando origen á la composición de su famoso *Requiem*? Un desconocido vestido de ne-

gro, triste, melancólico, se presentó un día en casa de Mozart y le encargó esa producción que le fué prometida por el autor del *Don Juan*, desapareciendo como por encanto sin que nadie le conociera, sin que nadie supiese de él. Pasados los cuarenta días que el maestro le puso como plazo, volvió el desconocido, siempre misterioso, siempre lúgubre, siempre triste, y por la vez primera en su vida, el eminente músico tuvo que sonrojarse: había faltado á su compromiso, no podía entregar á aquel hombre la obra que éste le había encomendado, porque esa obra dormía aún en las células de su cerebro, faltando el hilo misterioso que había de reunir sus ideas en maravilloso enlace. Pidió otro plazo, que le fué concedido, y despues volvió á encontrarse solo. El inmutable desconocido, sin decir una palabra, bajó la escalera, atravesó el zaguán, y saltó á su coche, tirado por cuatro caballos negros, que desapareció sin estrépito.—dice el señor Medina, refiriendo este hecho, anterior al momento en que empieza su preciosa relación.—«no como coche rodando por un empedrado, sino como nube que lo figuraba por los aires silenciosos.—*Sicut navis.*»

Mozart se puso en seguida á trabajar, pero preocupado, bajo la presión de pensamientos extraños que como pájaros de muerte cruzaban el horizonte de su gloria, siniestros mensajeros de desgracia. Su ruego, dice el Sr. Medina, no dejaba de resonar en los oídos de Mozart, tanto que más de una vez, creyendo tenerle á su lado se volvía para decirle con voz sumisa:—«¡Que os parece, caballero!»

¿Quién era aquel hombre, que nadie pudo conocer? Los aficionados á lo maravilloso se han figurado un sér fantástico y sombrío, que con su presencia vino á dar la señal de la partida al eminente maestro; los que han querido explicarse naturalmente aquel doloroso acontecimiento, sin negar la influencia que tal preocupación pudo ejercer en el ánimo de Mozart, suponen que era un padre que acababa de perder á una hija adorada y quería que compusieran para su funeral un *Requiem* sublime...

Cuando el Sr. Medina empieza su encantadora narración, Mozart está próximo á morir. La noticia, que cunde en un momento por la ciudad, hiera á todos sus habitantes. Trescientos obreros que están contruyendo un templo interrumpen sus trabajos. Dentro de la casa, los amigos cuya amistad no pasa más allá de la tumba, se retiran seguidos de los médicos que, según sus palabras, nada tienen que hacer allí. El enfermo queda abandonado á la muerte por la ciencia que se declara impotente para combatir la enfermedad; sólo su esposa Constanza, su verdadero amigo Crisolara, su discípula predilecta Emma, y su discípulo y amigo Emmanuele, quedan en ella para recoger sus últimas palabras y guardar como depósito bendito sus últimos pensamientos.

Mozart que dormía, se despierta; cerca de él, á la cabecera del lecho, vela su esposa querida; la pide papel de música, y con rapidez vertiginosa, como presintiendo que se acorta el plazo que la vida le concede, corrige, enmienda, adiciona su célebre *Requiem*. Cuando acaba su tarea, deja escapar la pluma y se pone á hablar con su Constanza, que no le cree en tan grave peligro, que quiere morir antes que él, para no ser nunca su viuda y que, sin embargo, no puede contener sus lágrimas y llora. Amadeo la consuela:

—«Te prohibo que saludes con lágrimas mi nueva aurora»—la dice. Y para hacerla comprender que no siente morir, aunque morir sea abandonar su arte, la recuerda en hermosas frases todo lo que él, á los treinta y seis años ha hecho por la música, su amor, su culto de toda la vida.

—«¿Qué valía mi arte, ni qué decía cuando salí de mi cuna para oírle? Hablaba menos á mi corazón que los incansables estruendos de mi nodriza, que su respiración á compás cuando ella era quien dormía y yo velaba... Y yo le infundí el ritmo, el secreto, el poder de evocación de todos los sueños y el *quid divinum* de todas las fecundidades; el de la virginidad que engendra los heroísmos y el culto de lo bello y los presentimientos celestiales; el *quid* de la maternidad que engendra las virginidades santas; y el *quid* del dolor que convierte en maternidad divina la esterilidad de las cosas más insensibles y nulas. La música rayaba en decrepitud. Ponia en movimiento estatuas, efigies y retablos; mas para comprenderlas el hombre había de volverse estatua también ó tosca efigie. La música oraba, sí, y orando adormecía las serpientes que rodean el corazón amenazando ahogarle. Pero yo he convertido en joven á la anciana, yo la hice nacer de nuevo. El templo traspasa por mí sus sonoridades polifónicas. Puse doble sístole y diástole en las aurículas del santuario, y sus palpaciones ahora van á golpear y conmover los muros del circo y el prestigioso mundo del teatro, y las tinieblas de las mazmorras y todos los horizontes y todas las esquividades, en fin, de nuestra vida. En donde quiera que penetre la luz del sol, mi arte compenetra. Donde Palestrina prepara un sollozo, yo hago correr la lágrima. Donde Bach esconde una chispa del sagrado fuego, yo columpio las siete lámparas de las divinas visitaciones... Yo me propuse decir que el arte no había exhalado su último suspiro con Handel, ni con Haydn, para que otro muy pronto, Beethoven, el mesiánico Beethoven, repita embelesado como un eco mío:—«Tampoco

»murió con Mozart el arte profético de las celestiales bienaventuranzas!...

Aborto en la contemplación de sus creaciones, que sin duda en aquellos momentos sublimes pasaban en agrupado tropel por su cerebro, exclama:

—«¿Cuántas de mis obras llevan por sello la magia de la primera palabra balbuceada por el infante, que pronunciada mil veces nunca parece repetición! ¿Cuántas esconden el otro encanto de novedad que encierra el sí del primer amor que repetido mil veces, que oído en sueños ó al borde del sepulcro, suena como la primera vez y resuscita la hora más augusta del pasado!... Yo he conseguido que mi arte triunfe de los otros. Ya no es el dominante la estatuaria de Fidias y Cleomenes, porque era harto exclusiva, grosera y material. Ya no lo es tampoco la pintura exigiendo ingenio educado en su espectador, virtudes especiales, determinadas aptitudes en las almas llamadas á apreciar las promesas de sus auroras y de sus ponientes. Ahora mi arte será el universal; la música, la generosa música, tan bien comprendida por el criminal como por el alma más inocente y pura; que dará inocencia á los que no la tienen; que adormecerá ódios, sin eso inextinguible; que resucitará dulces horas muertas para las almas naufragas; y que abrirá con divinos soplos misericordiosos limbos para estrechar en una atmósfera de suspiros que cantan, de notas ó besos que bendicen cual moribundos, millares de millares de corazones... Rafael dió un alma divina á la pintura, y desde entonces nos es más fácil hablar con Dios y la Eterna Maternidad de Dante de un lienzo vitalizado por el pincel de Alberto Durer. Pero yo he dado forma á lo intangible, yo he marcado una cadencia menos cansada que la de las horas á la insobornable velocidad del tiempo. Yo he dado cuerpo al verbo musical. Por mí la armonía que volaba por las esferas, baja y extiende mano ó alas que pasa sobre los corazones agitados para mesurar sus latidos. La música no enseñará, pero presentará enseñanzas nuevas... Yo abriré por horas hacia el mundo libre de las esperanzas y el santuario de los recuerdos eficaces que hacen llorar, el calabozo de los criminales, los corazones empedernidos por falta de redención.»

Después de los momentos consagrados á Constanza, la esposa fiel, vienen los momentos consagrados á Emmanuele, el discípulo predilecto, que envidia, ingrato, la gloria de su maestro, pero que disimula bajo el manto de una falsa amistad el desprecio que su impotencia le produce. Todo se le debe á Mozart que le rescató de manos de unos saltimbanquis que á los diez años le explotaban; que le ha iniciado en los secretos de su arte; que le aconseja sin cesar y le estimula para que asombrase al mundo con sus obras; y que ya próximo á la tumba, le deja 7.000 florines y gran número de composiciones originales para que las ordene y las publique luego como si fueran suyas propias. Y después de rogarle que no le olvide, y que vele por su Constanza, y que trabaje y luche con Beethoven y la vengza, el génio moribundo, libre ya de los cuidados de la tierra, quiere entregarse por completo á su arte para encerrarse en su divino santuario y morir allí arrullado por sus cantos incomparables en torrentes inmensos de armonía.

Todo está dispuesto. El maestro quiere, antes de morir, oír su *Requiem*, el *Requiem* famoso que desde que le fué encargado creyó él se cantaría en sus funerales. Quiere oírle en vida; ya le ha corregido del todo. En la sala inmediata esperan los cantantes hechos venir con este objeto, y que recibían sus *particellas* conforme iba transcribiendo al papel las inspiraciones de la mente la mano inquieta del maestro.

—«¿Qué es esto? le pregunta Emmanuele, señalando los papeles de música que siembran el lecho. —«Esto? le responde Mozart. Es la última parte de mi *Requiem*. Ese es el *Requiem de la resurrección cristiana*. Mi flor de vida para eterna vida. Un rayo de luna indeficiente en la noche cerrada del cementerio. Mi episodio de Francisca en mi poema de sombras y torbellinos musicales.»

Pálidos y tristes, con la ansiedad en el semblante y las páginas inmortalas en la mano, entran unos tras otros los cantantes: primero Constanza vestida de blanco, cediendo así á un capricho de su esposo; luego Emma, la última discípula de Mozart á quien amaba como á un Dios; el último llega el misterioso desconocido que había encargado el *Requiem*. El también quería unir su voz á aquel concierto celestial. Todos ellos rodean el lecho. Mozart cierra los ojos para oír mejor; el canto empieza.

No se oye un ruido en toda la casa. Parece que el movimiento de la vida se suspende. «Aquella música—dice el Sr. Medina—abría sepulcros y cielos, desataba ligaduras enojosas, rizaba el plumaje de muchas alas, despertaba ecos en altas concavidades, marcaba curvas de vuelos gigantescos que abarcaban miriadas de soles, disipaba nubes para dar más espacio á perfumes visibles en columnillas de azul celeste; y descubría maravillas sin nombre y sin palabra que ningún sentido humano percibió jamás desde nuestro valle de sombras.»

La escena es grandiosa y está narrada de un modo inimitable. El alma delicada del Sr. Medina ha derramado todos sus tesoros en esta parte de su relato. Su esquisito sentimiento se revela en cada frase, en cada palabra. Y el corazón late

apresurado y los ojos se nublan al leer estas breves páginas que narran con tanto arte y con tanta poesía los últimos momentos de Mozart.

—«¡Seguid! ¡más! más!—murmura el moribundo cuando los cantantes se detienen porque al verle inmóvil le llaman temeroso de que muera.— Y no volvais á preguntarme nada. Sabed que os oigo. Vá bien así, todo vá muy bien. ¡Qué de velas blancas, qué blancas, veo hincharse como pechos maternos sobre los pechos de ondas azules, al aliento de vuestra música! ¡Dilatáis de un modo los horizontes! Yo creía que esas puertas se rompían para que pudiésemos pasar más allá!»

Vuelve á reanudarse el canto; aun no está satisfecho Mozart, aun oye las palabras que acompañan á su música, y esto le incomoda. Reconoce aquellas notas por suyas, y no quiere eso; quiere oír las como si fueran melodía celestial cantada á coro por espíritus angélicos. Pero á poco de empezado el nuevo canto llega el maestro al estado de arrobamiento á que aspiraba. «Una ráfaga de luz diurna atravesando de nuevo el espacio venció las primeras penumbras rebeldes de la tarde como si se hubiese trastornado el curso de los días y de las horas. El torrente de las horas luminosas, contenido por repentino dique, por una mano gigantesca que bendecía desde más allá del horizonte, rebotó hacia atrás espumante de prismática luz. Mozart se agita y pregunta por fin de quién es aquella música.

—Tuya, amor mío,—le responde Constanza. —Pues bien, dejad mi *Requiem* y cantad aquello otro, lo que á pesar vuestro os están dictando los ángeles.»

Y los cantantes le miran y entonan un versículo cuya música era también obra de Mozart.

De pronto, una nota falsa hace descender al compositor ilustre «del Empíreo á que se elevaba sobre las zarzas de la realidad enemiga; su alma no aprecia el dolor de la disolución á que ya está sujeto su organismo, y se engaña sobre la causa de su dolor. Insulta á Emmanuele á quien dice:—¡no serás nunca más que un cero!—pero su cólera se disipa pronto y vuelve á pedir que sigan cantando. Y los que la oyen le obedecen todos, menos Constanza que llora á los piés de una efigie que representa á Cristo en el huerto. Los ojos de Mozart se abren por última vez, pero sin brillo. Constanza dá un grito y rueda desvanecida; Emma se deja caer desmayada también en un sillón. El caballero desconocido besa en la frente al maestro, le cruza los brazos sobre el pecho colocando en sus manos flores de un ramillete que había en el velador, le cierra los ojos y desaparece sin que ninguno note su salida, y sin que nadie vuelva á verle desde entonces.—Así refiere el Sr. Medina la muerte del gran Mozart.

Tal como queda la materia deleznable desde el momento en que la gran alma le abandona, la pequeña sociedad, en cuyo seno hemos visto á Mozart en la obra del Sr. Medina, se disuelve y desorganiza. El génio superior voló al cielo, de donde treinta años antes había bajado para dejar á los hombres copia de los cantos que en el Paraíso constituyen las alabanzas de los elegidos al Señor; quedaron en la tierra la esposa, que no pudo resistir la miseria en que la rapacidad de Emmanuele la sumió, y el discípulo, ingrato hacia el maestro, envidioso de su memoria, y en cuya mente mezuquina no pudieron grabarse los beneficios de toda la vida y quedó impresa en caracteres indelebiles la ofensa de un momento de delirio.

—Tú no serás más que un cero,—le había dicho su bienhechor poco antes de morir, y cuando Constanza, obedeciendo á una indicación del Emperador, que no quiere que la viuda de Mozart se muera de hambre, va á palacio á pedir la pensión que le concede Emmanuele le arranca la solicitud para añadir un cero al guarismo que expresa la petición, y el monarca, que ofrece 7.000 florines, y á quien piden 70.000, se incomoda y la pensión no se otorga.

Aquella mujer, que había jurado guardar siempre como un culto la memoria del gran Mozart, se siente débil, hace traición á su recuerdo y se casa. Aquel hombre á quien el maestro deja como fiel protector de su esposa, burla su confianza, la roba indignamente, la abandona y llega hasta á despreciar la música y crearla inferior á otras artes, lo que Mozart no le hubiera perdonado nunca, porque era, más que ofensa, un sacrilegio.

En esta, que podemos llamar segunda parte, aún llena con el recuerdo del maestro como la primera está llena con su figura, aparece un nuevo personaje que conserva íntegro y puro el recuerdo del astro desaparecido para alumbrar otros horizontes: Lorenzo Daponte, fiel á su antiguo amigo, y que contesta invariablemente á los que preguntan por su salud:

—«*Sempre inquieto sulla mia sorte!* Los últimos resplandores de Mozart iluminan las sombras que su muerte dejó tras sí; el ramo marchito y arrojado al suelo deja siempre en el búcaro el perfume con que embalsamó la estancia. Por eso, aunque el génio no existe ya, parece que todavía palpita su espíritu en las páginas que dedica el Sr. Medina á resumir los sucesos posteriores á la muerte del gran maestro.

Tal es la obra del ilustrado colaborador de LA AMÉRICA.

Tantos encantos ha sentido el lector en la maravillosa narración de las últimas horas de Mozart; de tal manera ha hecho el Sr. Medina que nos asimilemos á él, tan simpática nos ha hecho

su figura, que el lector no puede menos de deplorar la ingratitud que sigue a su pérdida. El lector querría otra cosa; querría que la obra hubiese terminado con la muerte de Mozart para no saber el olvido de Constanza, la traición de Emmanuele. Pero así pasan las cosas en el mundo. Por puntante que nos parezca la realidad, es siempre dura y nunca va al compás de nuestros deseos.

Haríamos interminable este artículo si quisiéramos dar una idea al lector de la sencillez del diálogo, del interés que despierta la narración, de las emociones que la lectura de la obra hace sentir. Ya, por lo que hemos copiado, puede adivinarse lo primoroso de la forma, lo castizo y poético de la frase, siempre apropiada a la situación en que se supone a los personajes.

El carácter de Emmanuele está descrito de mano maestra; vive, y como el de Constanza es copia exacta de la realidad. Mozart era muy grande para que ambos pudiesen abarcarlo en su grandeza. La figura de Emma es graciosa y delicada; no es real, como lo son las de los seres que la rodean, pero es bella; parece la encarnación de la música de Mozart que, cuando éste muere, huye al cielo en pos de su maestro. Lorenzo Dalponte sólo aparece en las últimas páginas del libro, pero deja allí impresa su fisonomía con rasgos inalterables. El caballero desconocido que tanto influyó en la vida del genio es conforme a la tradición: una atmósfera de misterio le envuelve; nada se sabe de él. ¿Quién fué aquel hombre?

Debemos concluir, y concluimos felicitando de todo corazón al Sr. Medina, y esperando que en breve nos cumpla su promesa de darnos a conocer las impresiones que le hace experimentar el *Carnaval de Paganini*, primera de las obras que nos ofrece.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

### UN ALMUERZO A SARA BERNARDT.

La que es hoy soberana de la escena francesa, la que ha recogido la herencia de la inmortal Rachel, la que como ella hace de su público un esclavo sumiso, con cuya sensibilidad juega sin piedad, oprimiéndole con el dolor ó deleitándole con la alegría; la que viene cruzando los dos mundos bajo el pálio de la gloria, envuelta en el delicioso perfume de las flores que a su paso le arrojan por doquier, Sara Bernardt, en fin, no podía, no, haber atravesado gallarda por Madrid, sin que otra artista de noble estirpe y de brillante genio le tributase también el homenaje de su simpatía y estimación.

Hablo de la princesa Ratazzi, hoy señora de Rutte.

¿Quién no la conoce en Europa?

¿Quién no la ha visto en todos los esplendores de su grandeza, reina sin trono, pero teniendo siempre en torno suyo una verdadera corte de sábios, de monarcas, de artistas, poetas, literatos, oradores, diplomáticos, hombres eminentes en todo, que atraídos por sus encantos naturales, la rodeaban y seguían con singular placer?

¿Quién no ha gozado con su conversacion, grave unas veces, festiva otras, amena siempre?

En cuanto hace y dice, habla y escribe, se revela la artista de nacimiento, de vocación, de inclinaciones naturales, especie de ave de alas purpúreas que se remonta a los espacios de eterna luz, como si al cernirse allá en sus ondulaciones caprichosas, el espíritu buscase con afán nuevas auroras en que darle nueva vida.

Si la distinguida escritora se extasia y entusiasma en presencia del pintor que arranca los colores al cielo para descomponerlos en la paleta con esa delicadeza exquisita que ha incrustado Dios en el alma de los *inspirados*: si goza y se extremece al oír al poeta cuyos versos parecen ecos de ángeles, que brotan como música celestial para adormecernos con la cadencia de una voluptuosidad arrobadora; si la señora Ratazzi goza también al escuchar uno de esos oradores, que con el fuego sagrado de la elocuencia arrebatan hasta el delirio, ¿cómo no había de entusiasmarse y gozar y deleitarse en presencia de una artista de las condiciones de Sara Bernardt?

Lo mismo que para mí, no era una afortunada viajera que veía por vez primera. Era una antigua amiga, a la que encontraba de nuevo y a la que, hallándose *at home*, quiso obsequiar, como doble y galante homenaje tributado a la amiga y a la artista.

Por eso la invité a la hermosa fiesta de que deseo hablar en estas líneas.

Era el sábado último.

Ese día la señora de Rutte estrenaba su nueva morada. Es uno de los *Hotels* más elegantes de Madrid, sito a espaldas del ocupado por los duques de Bailén.

La profusión de flores que la adornaban, desde la majestuosa escalera hasta la última de las habitaciones, habían convertido la régia morada en pintoresco jardín, a que formaban marco los espejos, los dorados, los cuadros y tapicerías, presentando el conjunto un aspecto alegre y risueño.

Una espaciosa galería, bañada ese día por los rayos de un sol verdaderamente tropical, dá acceso a los salones, adornados con lujo y sencillez al mismo tiempo.

No hay ni muebles pesados, ni *entásment*; hay ese desorden simpático que revelan las gentes de buen tono.

Estábamos invitados para las doce y media.

Entré minutos antes, y encontré ya en el salón a varios diputados, artistas y escritores.

A poco andar entró el nuevo embajador francés, señor Andrieux.

Poco despues desfilaban Castelar, el príncipe de los oradores españoles; Moret, otro de los atletas de la palabra, que mantienen en alto la tradición de la tribuna española; Echeagaray, el soberano de los compositores dramáticos, creador de una escuela nueva que, realizada por la belleza del verso,

ha rodeado su nombre de la auróla que le circunda: Manuel del Palacio, el poeta de variadas facultades, que lo mismo arranca a la lira idilios que enternecen y hacen llorar, que epigramas que recuerdan las travesuras de Quevedo y las *picardías* de Larra y Beaumarchais; los hermanos Madrazo, que en sus grandiosos cuadros han dejado chispas del genio de Murillo, y otros, y otros ilustres en la política, el Parlamento, la prensa y la literatura.

Pocas veces Sara Bernardt se habría encontrado en más agradable compañía.

Era la una cuando hizo su aparición en el gran salón...

¿Cómo?

¿De qué manera?

¿Luciendo, acaso, uno de esos trajes deslumbradores, de larga y exagerada cola, a que sus compatriotas llaman, en un lenguaje, que no es por cierto el de los *cuarenta inmortales* que hacían la desesperación de Pirron, *une toilette épattante*, y ostentando algunas de las riquísimas joyas que forman parte de los trofeos, por ella conquistados, en tantas y tan memorables campañas?

Al aparecer en aquellos suntuosos salones—en los que su delicado instinto de mujer y una vanidad que podía justificar la conciencia de su propio mérito—¿le hacían comprender que era esperada con natural curiosidad, por ventura, se presentó Sara con toda la majestad de *Doña Sol*, con la desenvoltura orgullosa de la princesa George?

La verdad: dados sus antecedentes, su pasión por la *toilette* y ciertas excentricidades a que tiene derecho una mujer de teatro, que el hábito, la costumbre y las inclinaciones conaturalizan con las *situaciones de efecto*, yo llegué a creer de buena fé, y conmigo algunos de los obsequiados de la princesa Ratazzi, que *de esa manera* se habría presentado Sara Bernardt, haciendo en sus salones una *entrada*, que si no revestía la arrogancia de los antiguos triunfadores romanos que subían a ser coronados con las pompas del Capitolio, tendría todo el aparato de una entrada, de la que es soberana en el arte.

Vana ilusión!

La que ha idealizado el tipo de Margarita Gauthier, poniendo de relieve las bellezas de la creación de Dumas, siempre simpático a la sensibilidad: la que vive entre el ruido de los aplausos y el perfume de las flores, penetró en esos salones con toda la sencillez, con toda la humildad, con todo el abandono de una antigua amiga de la casa que venía a tomar parte en una *reunion de íntimos*, que de tiempo atrás le eran familiares y conocidos.

No lucía ni esa *toilette épattante*, ni cola, ni encajes, ni joyas, ninguno de los trajes que más de una vez ha exhibido para satisfacer la curiosidad del público femenino de las infinitas ciudades que viene recorriendo, como una soberana que visita sus dominios.

Un vestido corto, *bleu marin*; un pequeño paletot de terciopelo del mismo color, un ramo de rosas blancas, prendido del lado opuesto al corazón, y una sola de estas en la cabeza, donde los rubios cabellos se lucen casi en desorden: —he ahí la *toilette* de la famosa artista francesa...

Nada más sencillo, ni menos pretencioso.

Al verla entrar, todos los que estaban sentados se pusieron de pié, formando despues una especie de semi-círculo al rededor del salón.

La señora de Rutte la tomó de la mano, y la fué presentando, uno a uno, a los distinguidos caballeros que se hallaban bajo su techo.

Yo me aparté, para hacer menos pesada la tarea a la distinguida dama, que parecía satisfecha del obsequio que a su amiga ofrecía, presentándola a varios de los hombres más importantes de la política, de la tribuna y de las letras españolas; falange gloriosa en que no me era dado *figurar a mí*, el más humilde de los convidados, aunque quizás el más viejo de los conocidos que allí tenía Sara.

Hay mujeres de teatro con las que sucede lo que con los grandes paisajes de la naturaleza: hay que contemplarlas de lejos, a la distancia, para gozar de los efectos del conjunto y de las delicadezas de los detalles.

Con Sara Bernardt sucede lo contrario.

Si en el teatro arrebatada con el gusto, la mirada y el ademán; con esa manera de cruzar la escena, ondulando el talle cual si fuera una palmera, levemente agitada por juguetona brisa: con las modulaciones ó inflexiones de una voz que imita los rugidos del león en sus explosiones de cólera y arranca lágrimas en sus arrebatos de ternura: si en las tablas nos entusiasma y fascina, en sociedad, en el salón, en la que podrá llamar la intimidad social, es una mujer que encanta y cautiva.

¿Qué naturalidad!

¿Qué modales!

Si ha vivido en el torbellino del *demi-monde*, en las grandes tempestades de una vida vertiginosa en que los placeres y el deleite se apuran hasta helar el alma, cuyos girones se refrescan en el espumante *champagne* de voluptuosa existencia, no conserva ni una huella, ni un movimiento, ni un gesto de *ese modo de ser*. Es una dama, una señora del gran mundo, hasta en los más pequeños detalles de su conversacion y de sus acciones.

Hablando de una persona, a la que me está vedado nombrar, dijo Arteaga Alemparte, el Girardin de los periodistas chilenos: «*Lleva su ruidosa celebridad con una sencillez encantadora.*»

Así la lleva Sara: ni vanidad al hallarse en la cima de la que se destaca, ni orgullo de tantos aplausos y ovaciones recibidas, ni pueril ostentación de superioridad cuando se la tributa un elogio, ó hace un cumplimiento.

Nada de cuanto la rodea, vé ó escucha, parece sorprenderla.

Siempre está a *son aise*.

Habla de su arte y de literatura como dos cosas que le pertenecen; quizás con el cariño de la hija que bendice *esas dos madres*, a la que lo debe todo, fama, gloria, reputación, celebridad, fortuna.

Su fisonomía está materialmente empapada en luz; flotan en ella los destellos del genio, y en su frente, un tanto despejada, parece se ven brotar ideas, pensamientos, estrellas que dan a su espíritu eterna claridad.

Con sus ojos, que son grandes y rasgados; pero que no

son ni negros, ni pardos, ni azules, y de una expresión que domina, hace ciertas *picardías* a que no pueden ser ajenas, ni la coquetería, ni el deseo de *producir efecto* en aquel que con ella conversa.

Fatigada de recibir elogios y cumplimientos de las más grandes celebridades de la tierra, puede que la fastidie que haya quienes se los hagan todavía; pero, ni revela esa fatiga, ni da a conocer ese fastidio.

Al contrario, escucha siempre con atención, y jamás la falta una sonrisa delicada para significar su gratitud.

En todo, en todo, mujer de mundo y de exquisita educación.

Con todos habló, y para todos tuvo una palabra galante, sin desempeñar en los salones de la Princesa,—ella que tantos papeles representa,—el de un *bas-bleu* haciendo creer a Castelar que conocía sus discursos, a Echeagaray sus dramas y a Manuel del Palacio sus versos.

Eran las dos de la tarde.

Los estómagos estaban ya sufriendo los estremecimientos de la impaciencia.

Cinco minutos despues se abrieron de par en par las puertas del salón de la derecha, y de lábios de un criado se oyó la anhelada frase: *madame est servie*.

La señora de Rutte nos tenía preparada otra agradable sorpresa: había colocado la mesa en una *Serre*, ó espaciosa galería de cristales, que termina el ala del edificio por esa parte.

El aspecto no podía ser más pintoresco: en todas partes flores con profusión, respirándose una atmósfera verdaderamente embriagadora.

Sara se sentó a la derecha de la Princesa, y a su izquierda el marido de aquella, un joven griego de arrogante figura.

Las dos horas de mesa se deslizaron insensiblemente, al eco de conversaciones en que la eminente artista tomaba la principal parte, siempre que se lo permitía el elocuente señor Moret, que tenía a su lado.

A los postres se presentó la señora María Buschental, recibida con un cordial aplauso, revelando las simpatías que goza entre todas las personas allí presentes.

Esas simpatías son merecidas.

El festivo carácter y su bondad ingénita, hacen de la señora de Buschental una de esas personas que se imponen al que tiene la dicha de tratarla.

A los postres se pidió a Castelar que hablase, y éste lo hizo como lo sabe hacer él.

Algunos otros le hubieran seguido en el uso de la palabra, pero despues de las suyas se levantaron los convidados para tomar el café en los salones, quizás para que no quedase en sus oídos otro eco que el de su música celestial...

Me iba a retirar ya, cuando la princesa me preguntó:

—¿Y ha reanudado usted su amistad con su antigua amiga?

—No, señora: no he querido interrumpirla para recordársela.

—Venga, venga usted...

Y me condujo donde estaba Sara.

Hablamos un poco de París, recordamos las dos veces que habíamos comido juntos en compañía de algunos literatos y periodistas; me prometió ir dentro de un año al río de la Plata, diciéndome que conocía a varias familias de Buenos-Aires y Chile, y que tenía *impaciencia por conocer la América del Sur*.

No quise ser importuno, y me despedí para admirarla horas despues en *Frou-Frou*, donde la gran artista alcanza la cima de la perfección, entusiasmado hasta el delirio.

A las cinco me alejaba de la suntuosa morada de los señores de Rutte, llevando la grata impresión de las horas deliciosas pasadas en ella, gozando a la vez de su exquisita delicadeza, de tan valiosa compañía, y de haber visto de cerca, una vez más, a la mujer extraordinaria que hoy llena el mundo con su glorioso nombre.

HÉCTOR F. VARELA.

### BEATO ANGÉLICO Y MIGUEL ANGEL.

ADVERTENCIA.

El número anterior de LA AMÉRICA trae una falta muy notable en la *continuación* del estudio sobre *Beato Angélico y Miguel Angel*, cual es la supresión de la primera parte del número V, compuesta de los párrafos siguientes:

V

Una particularidad de frate Giovanni Angélico como artista incomparable, fué que pintó en una época en que los grandes maestros no acertaban a producir efectos, sino con la expresión violenta de las pasiones humanas. Pero esto carecía de encantos para su alma, apasionada únicamente de la paz ideal, ocupada en delinear las emociones contenidas y sujetas a compás como una melodía del sentimiento religioso y de la filosofía de Kempis. El aspiraba sólo a representar lo invariable y seguro, la belleza en lo que tiene de serena majestad, y lo inmóvil del arrobamiento. Su fervor cordial, aquella sed de piedad no encontraban aliciente más que en la fé sencilla y en la humildad de los creyentes que poblaban los claustros, ó en la belleza presentida de los ángeles y de las otras flores del paraíso futuro. Muchas de sus cabezas cautivan por lo lindas y agraciadas en la irregularidad misma del dibujo; las dulces fisonomías de sus santos son todavía, y lo serán siempre, modelos sin rivales para aquellos artistas que busquen las imágenes y prototipos de las falanges invisibles. ¿Y quién osa negar cuando ha sentido lo que se siente en presencia de estas revelaciones pictóricas, que el pincel le fué dado al Beato Angélico por una mano celeste, por un arcángel del círculo radioso de Gabriel? Uno de sus contemporáneos escribió en los libros de su convento que frate Giovanni mismo no era de este mundo; que nunca vivió sino de las cosas de lo alto.

El monasterio, seguro en sus mejores épocas de que piés mundanos no llegaban a profanar sus dinteles, conserva

hoy todavía como un hábito de pureza, como una atmósfera de cordialidad inefable dentro del oscuro recinto. Hoy, el de San Márcos es un santuario de reposos desconocidos, algo lleno de misterios de paz, como el pozo de la Samaritana, y de las conversaciones melancólicas en que se repite aquel penetrante: — ¡Si tú supieras! ¡si tú supieras!...— uno de los mejores templos, en fin, para los peregrinos que cansados de otras impresiones de viajes, sorprenden, reconocen con alegría dentro de aquellas paredes de prisión, en la pequeñez y miseria de aquellas celdas sin muebles, sin ornato, oscuras, frías, casi sepulcrales, la evidencia, la gran evidencia de la fé, y con ésta la evidencia del génio de fray Angélico y de su laboriosidad bendita.

## INFLUJO

DE LA CULTURA INTELLECTUAL EN LA LIBERTAD HUMANA.

Como el agua en una tierra seca y porosa, así se infiltran las ideas en el alma tierna del niño. El lenguaje, el hábito, el ejemplo, todo contribuye á fundir el alma, blanda aún, en un molde preparado de antemano. De ese modo se heredan las ideas y con ellas las costumbres. Las mismas causas que nos han hecho aquí cristianos, libres y humanitarios, nos habrían hecho fetichistas y esclavos en el Congo, y antropófagos en la Nueva Zelanda.

La respetable matrona colombiana que mira el suicidio como el mayor de los crímenes, nacida y educada en la India, se arrojaría sin vacilar en la pira en que ardesen los restos mortales de su esposo. El cristiano fervoroso que peregrina á besar reverente el santo sepulcro, si se hubiese hallado entre la turba judía que reputaba blasfemo al hijo del Hombre, habría sido probablemente de los que gritaban: «Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos!» Y vosotros, nobles defensores de la libertad del pensamiento, ¿estáis bien seguros de que no habríais votado en el Consejo de los Quinientos por la muerte de Sócrates?

Tal es el poder del medio moral, de la atmósfera de ideas en que vivimos, y nos es forzoso respirar.

Lo que hay de común en las almas son las ideas heredadas. Lo que distingue el «hombre-individuo» del «hombre-humanidad», es lo que él ha añadido á esas ideas, la manera como las ha modificado, ó el grado en que las ha asimilado y hecho fecundas por su propio trabajo mental. El que no ha hecho algo de eso, el que no ha dado su fruto, no tiene nada propio, nada que intelectualmente lo distinga de los demás hombres. Es un mero producto del medio moral en que vive, un árbol desviado de su dirección natural por la presión, y convertido en planta rastrera. Nunca se ha preguntado por qué cree ó deja de creer en tal ó cual cosa, por qué ejecuta ó deja de ejecutar tal ó cual acto. Cree pensar, pero es la sociedad quien dirige sus acciones. Llamarlo libre sería abusar de las palabras.

Libre es el que se ha asimilado siquiera la dosis de pan intelectual que necesita para guiar su conducta. Libre es el que con verdad puede decir: *yo pienso*. No se entra en la comunión sagrada de los hombres libres sin haber recibido el bautismo doloroso de la duda.

Las ideas que no nos hemos asimilado suficientemente, parásitas del alma, aun supuestas verdaderas, son infecundas, huevos en un nido solitario que no calienta ningún plumón. Encendidas en ella la llama del pensamiento, y á su calor la vereis germinar y crecer y dar frutos, buenos ó malos, no importa. El error también es útil: tiene su destino en la economía mental, como lo tienen los volcanes en la economía terrestre. Pues que mil sendas conducen al error y una sola á la verdad, es fuerza haberse extraviado mil veces para acertar con el verdadero camino.

La naturaleza es un maestro excelente, pero rudo: sólo despues de haber dejado parte de nuestra carne en los abrojos del sendero extraviado, venimos á caer en la cuenta de que hemos errado el camino. Pero aunque no fuese así, «más vale, dice el profesor Tyndall, el furor del torrente que el estancamiento del pantano; porque en el uno hay vida siquiera, y por consiguiente esperanza, mientras que en el otro no hay nada.»

Pero no es la herencia obligada de ideas lo único que se opone al libre curso del pensamiento. La fatalidad tiene aquí un auxiliar poderoso en la sanción pública, garra formidable, siempre abierta y pronta siempre á clavarse en aquellos que se atreven á pensar por sí ó á vivir á su modo. Y cuánta sea la eficacia de esta fuerza, casi tan ciega como las del mundo de la materia, dígalos la uniformidad que se nota casi por donde quiera en las sociedades modernas. ¿Se cree por ventura que todas las inteligencias libremente desarrolladas producirían unas mismas ideas, á la manera en que todos los peros dan peras?

«Todo público es ortodoxo y anatematiza á los disidentes.» La independencia del pensamiento no es menos odiosa á los demagogos que á los despóticas. En el piélagos de los intereses y de las pasiones humanas no sobrenadan sino los que no llevan el pesadísimo lastre de un carácter independiente y de una inteligencia libre. ¡Ay de aquel que se atreva á poner en duda alguno de los artículos de fé de su partido político, por ejemplo! Por eso se halla ordinariamente sin sacerdote el templo de la imparcialidad. Por eso hallan rara vez los partidos entre sus miembros quien les preste el impagable servicio de decirles la ver-

dad cuando es amarga. Por eso guardan para sí tantos pensadores el fruto de sus meditaciones, privando á la sociedad de un caudal inmenso de ideas, si verdaderas, útiles por eso; si erróneas, útiles también, porque está en la naturaleza del error hacer resaltar la verdad.

Si tuviésemos presente que somos falibles y que pueden ser erróneas nuestras opiniones, no coronaríamos de espinas á los que las ponen en duda y las discuten; seríamos indulgentes con los que en busca de más luz penetran osadamente en lo desconocido; no olvidaríamos que no se mejora sin innovar, ni se innova sin atacar más ó menos lo existente. Colon no habría descubierto un mundo si se hubiese atendido á las ideas de los hombres ilustrados de su tiempo. Bacon no habría dado una nueva y excelente dirección al espíritu humano si no hubiese empezado por darle rienda suelta al suyo para buscar libremente lo verdadero. Si amásemos de veras la verdad, respetaríamos á su madre, que es la duda, deidad severa que martiriza al hombre para engrandecerlo, que, con acibar, lo unge rey.

Pasajeros en una débil nave, separados del abismo por una tabla apenas, estamos prontos, sin embargo, á taparles los ojos á los que, dudando de la infalibilidad del piloto, quisieran interrogar las estrellas para inquirir si hay algún rumbo mejor hácia el puerto deseado. La humanidad es grande, pero no es humilde ni agradecida. Ella se ha figurado siempre que las escasas gotas de verdad que hay en el torrente turbio de la vida son todo el océano de la verdad, y por eso ha pagado, cuando no con la cruz ó la cicuta, al ménos con la esponja empapada en hiel y vinagre, á los hijos de la luz que se han atrevido á quitar alguna tiniebla de la oscuridad de su noche.

La independencia del pensamiento, condicion esencial de la verdadera libertad en el individuo, lo es también del progreso en la sociedad. La riqueza mental se aumenta con el cambio de ideas, como la afectiva con el cambio de sentimientos, como la material con el cambio de productos. Pero nada podría cambiarse donde todos pensasen de la misma manera; y es preciso reconocer que si existe alguna actividad en el comercio de las ideas, es porque ha habido y hay hombres, bien pocos por cierto, que no respetan los diques caprichosos ó absurdos que las ideas dominantes ponen al hervir vividor del alma.

Pártase del principio de que ya no hay nada que hacer en la esfera del pensamiento, de que lo que existe es lo mejor, y pasarán siglos y siglos sin adquirir una partícula más de verdad ni de felicidad, como sucede en los pueblos de Oriente, donde las palabras bondad, justicia, derecho, significan únicamente conformidad á la costumbre. Por eso se ha petrificado en ellos la raza en términos de no poder modificarse sino para retrogradar ó perecer. Por eso son hoy esclavos de bárbaros los hijos de Ismael, cuyos antepasados fundaron en ménos de un siglo un imperio casi tan grande como el imperio romano.

El poder de la costumbre no es tan absoluto en los pueblos cristianos; pero el mal existe en ellos también. Ya Tocqueville había observado cuán restringida está la opinión pública por la libertad de pensar en los Estados Unidos; y voces tan autorizadas como las de Stuart Mill, Matthew Arnold y Kingdon Clifford han llamado recientemente la atención de los pensadores hácia los perniciosos efectos de este género de tiranía, que va cobrando mayor fuerza á medida que va haciéndose más y más efectivo el principio del gobierno de las mayorías.

Pero no basta tener ideas propias; es preciso también proceder de acuerdo con ellas. Creernos autorizados para examinarlo todo, es simplemente nuestro derecho; examinar siquiera aquellas ideas cardinales que son como los polos de la inteligencia, es nuestro deber; respetar en la práctica el resultado del exámen, proceder conforme á lo que se cree verdadero, cueste lo que costare, ese es el ideal. No basta templar el alma para la verdad; es menester templar también el carácter para la libertad.

Lo único que podemos oponer con ventaja á todas las tiranías es la educación. Educar á un hombre es enseñarlo á servirse de su propio juicio, á darse cuenta de la razón de sus creencias y de los motivos de sus acciones. Tal es la labor que es preciso emprender, si en materia de libertad no nos contentamos con el nombre, sino que buscamos la cosa. Es preciso enseñar de modo que el pan intelectual se convierta, como lo ha dicho un escritor ilustre, no en grasa, sino en músculo mental.

J. I. ESCOBAR.

## LA EXPOSICION DE BUENOS-AIRES.

### DISCURSO INAUGURAL.

Al cerrar nuestro periódico recibimos los diarios de Buenos-Aires con los detalles de la apertura de la gran Exposición Continental, de que tanto nos hemos venido ocupando.

Ha sido, al decir de los mismos diarios extranjeros que allí se publican, un espectáculo digno de una capital europea, asistiendo al acto de la inauguración más de 30.000 personas.

Sin espacio para más en este número, nos li-

mitamos á publicar, íntegro el discurso del joven presidente general Roca.

Es la palabra severa y hermosa á la vez de un gobernante digno, que siente el natural orgullo de presidir los destinos de una nación que presenta tan espléndido testimonio de su libertad, de su progreso, de su amor al trabajo y de las grandes conquistas que, bajo sus auspicios, viene realizando.

Hé aquí el discurso inaugural:

«Señores:

Esta fiesta es uno de tantos signos de la época de paz y prosperidad por que atraviesa la República Argentina.

Apenas libre de sus peligros y trabajos interiores, eleva su espíritu, se encuentra dueña de sus destinos, y el sentimiento de fraternidad americana que animó los corazones de los primeros iniciadores de nuestra emancipación, quienes no concebían la libertad ni la independencia sino para todo el continente, renace en el seno de una sociedad industrial con otros fines y otros propósitos, en estas mismas orillas del Plata.

Esta justa del trabajo, la segunda que tengo la honra de inaugurar en el corto tiempo que llevo de Gobierno, debidas ambas á la iniciativa individual, aparte de la importancia que tiene bajo el punto de vista material, por el número de objetos, la variedad de industrias, los distintos productos del suelo y de la labor del hombre, de los diversos países que concurren á ella, tiene también una alta significación moral que abre nuevas vías y descubre nuevos horizontes al progreso de esta parte del continente. Es el primer impulso dado hácia la comunidad de las naciones sud americanas que por el vasto teatro en que se desarrollan y por sus innumerables riquezas, están llamadas á llevar algún día en su diestra y sobre sus hombros, la antorcha de la libertad y la responsabilidad de la civilización y de la cultura humanas, cuando otros pueblos y otras razas hayan hecho su jornada, como el Oriente, la Grecia, Roma, Europa y hoy la América del Norte, siguiendo la ley fatal de la historia.

La idea de una Confederación Continental, sueño generoso, aspiración persistente en todos los grandes pensadores del nuevo mundo, no ha fracasado tantas veces por haber sido una quimera, sino porque se buscaba la asociación de los destinos políticos de los pueblos, con prescindencia de sus destinos materiales.

No bastan los vínculos de raza, ni la comunidad de instituciones, ni hablar la misma lengua, ni venir del mismo origen, para perpetuar la alianza íntima y sincera de las naciones.—Se necesita la comunidad de intereses, la intimidad de las relaciones mercantiles, la emulación de las industrias y el cambio continuo de los productos para acercar á los pueblos y nivelar sus fronteras.

Lo que presintió el espíritu gigantesco de Bolívar, lo que proyectaba Monteagudo la víspera de su muerte, lo que se proponían el Congreso de Panamá en 1826 y el Congreso de Lima en 1848, todas las tentativas de federación Americana fracasadas, se realizan hoy, al fin, aunque imperfectamente todavía, en las márgenes del Plata, punto de partida de la más grande evolución de la Historia Sud-Americana.

La unión continental se realizará, no bajo los auspicios de las victorias marciales, sino bajo los auspicios de la paz y las conquistas del trabajo, y es en sus sabrosos frutos donde hemos de encontrar nuestro bienestar recíproco.

Si hubiéramos convocado un Congreso para dar forma á esa tendencia unificadora que tan brillantes intérpretes han tenido, no habríamos visto aquí ni á la mitad de los representantes del continente.

Desconfianzas, celos, rivalidades hubieran enervado á los unos y alejado á los otros.

Pero en esta Asamblea están representadas todas las naciones americanas, á no ser aquellas que se encuentran agoviadas por las desdichas y las calamidades de la guerra, ó que, á causa de las grandes distancias, no han podido vencer en breve tiempo las dificultades de la comunicación y del transporte.

Aquí están Méjico, Venezuela, el Brasil, Chile, la República Oriental y el Paraguay, que han acudido presurosas á esta cita de amistad y de paz, á pesar de no haber sido ella iniciada y preparada sino por una sociedad de industriales, compuesta de hombres de diversas nacionalidades que han hecho su patria de la patria argentina, atraídos y fundidos en la masa común de su población por ese poder irresistible de nivelación de la democracia en los países jóvenes y llenos de promesas, fuerza que tanto realza la especie humana, haciendo iguales á todos ante las costumbres, ante la ley, ante el derecho y ante Dios.

Señores:

Acceptando el honroso cargo que he recibido de la Asociación promotora de esta fiesta, y que acaba de ser nuevamente expresado por su presidente honorario, y agradeciendo en nombre de la República Argentina á todas las naciones amigas que han concurrido con sus dones y productos, declaro abierta nuestra primera Exposición Continental.»

Buenos-Aires, Marzo 15 de 1882.

Nuestro activo y constante colaborador don Héctor F. Varela, acaba de ser nombrado cónsul general de la República Argentina en España.

Aún cuando la circunstancia de formar parte de nuestra redacción, por decirlo así, nos imponga una natural reserva al hablar del honor que le confiere su patria, podemos, sin embargo, hablar de un hecho que enaltece mucho al Sr. Varela, á la vez que hará conocer al Gobierno que le ha elegido lo acertado de su proceder.

Nos referimos á la acogida que por parte de nuestra prensa y de nuestra sociedad, ha merecido el nombramiento del Sr. Varela. Al dar cuenta de él los principales diarios de Madrid, y varios de provincias que empiezan á llegar ya, sin distinción de colores políticos, hablan del gran tribuno

americano en términos, no sólo afectuosos sino entusiastas, estando unánimes en declarar. «que nadie está en mejores condiciones que Varela para desempeñar el puesto, dadas las generales simpatías que ha sabido captarse en España, las vastas y valiosas relaciones que aquí tiene, y las consideraciones que constantemente recibe, no sólo del jefe del Estado y hombres más eminentes, sino de la alta sociedad madrileña, donde el señor Varela se ha venido abriendo paso por sí solo, y sin más recomendación que la de sus cualidades personales.»

A las infinitas felicitaciones que el Sr. Varela viene recibiendo la Redacción de LA AMÉRICA une las suyas.

### LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

Al poco rato se presentaron allí cuatro sujetos, que tomaron asiento cerca de la puerta, y los cuales, despues de saludar al posadero, fijándose en el emisario del señor de Reina, le preguntaron:

—¿De dónde se viene?

—Del Aharal.

—¿Y cómo se llama usted?

Navarro vaciló en contestar; pero recordando sus instrucciones, y teniendo en cuenta que no había inconveniente ninguno en responder con el nombre que le habían designado, al fin repuso:

—Yo me llamo *Ballesteros de Alcalá*.

Los referidos sujetos eran el alcalde de Martín de la Jara, un regidor de aquel Ayuntamiento, el secretario y un pariente del posadero, y permanecieron allí hablando amigablemente de generalidades.

Ya despues de anochecido, presentose en el corro un hombre alto, delgado, falto de color, pintado de viruelas, con pantalón y chaleco listados, sombrero calañés negro, pero embozado en su capa, bajo de la cual se le veía un retaco.

El recién llegado, despues de saludar á los concurrentes, preguntó:

—¿Me darán ustedes razon de uno que se llama *Ballesteros de Alcalá*?

—¿Qué se ofrece? dijo Navarro.

—¿Es usted?

—Para servirlo.

—Pues hágame el favor, con permiso de estos señores, de oír una palabra.

Navarro siguió al desconocido; pero cuando habria caminado como unos veinte pasos, observó que comenzaba á llover, por cuyo motivo le manifestó que volvía á la posada para tomar su capote.

El pintado de viruelas permaneció aguardando á Navarro, que en seguida reunióse con él, y siguiendo su marcha, encontraron á los pocos pasos á otro hombre, envuelto en una capa y armado tambien de su retaco.

Así fueron encontrando sucesivamente hasta tres embozados, los cuales estaban dentro del pueblo y en la misma calle donde se halla la posada.

Navarro y su conductor se dirigian hácia la salida del pueblo, donde está la fuente del Arroyo, siempre seguidos de los tres embozados.

Al llegar á dicha fuente, el pintado de viruelas se detuvo, imitóle Navarro, y pocos momentos despues se les reunieron los tres desconocidos.

Entonces el que habia ido á buscarle á la posada, preguntó á Navarro:

—¿Qué dinero traes?

—Traigo unos mil duros aproximadamente.

—¿Nada más? preguntó uno de los tres en tono de mal humor y disgusto.

—Nada más, y gracias que mi pobre amo haya podido reunir esta cantidad en tan poco tiempo.

—Nosotros no somos ningunos pordioseros.

—Tampoco mi amo es ningun arcon de onzas.

—¿Qué buenos criados tiene tu amo! ¿Y el otro tunante? ¿Por qué no ha venido?

—Porque... francamente, estaba escamado y temia que hicieran ustedes con él alguna barbaridad, por lo que ustedes decían en la carta, aunque el pobre es completamente inocente, lo mismo que mi amo; pues ni uno ni otro son capaces de dar parte á la autoridad y perjudicarse todos.

—Bueno, bueno; dejáos de disputas inútiles; terció el pintado de viruelas.

Y encarándose con Navarro, añadió:

—Venga ese dinero!

El aperador se desprendió de la cintura el bolso que le habia dado el señor de Reina, y se lo entregó á su interpe-lante.

—¿Y verá pronto á mi señorito? preguntó despues Navarro.

—¡Allá veremos!

—Pero considere usted que yo debo llevar alguna contestación á mi amo.

—Muy poco dinero has traído para conseguir lo que deseas.

—Si usted supiera el trabajo que ha costado el reunir ese dinero... En fin... Pobre familia.

—No te metas en camisa de once varas, que ya se dispondrá lo que convenga.

—Ya conocerá usted que me preguntarán, y yo debo decir algo razonable, porque yo no soy ningun niño, dijo Navarro aludiendo á su edad provecta.

—Pues bien; lo que es ahora no podemos darle á usted contestación ninguna.

—¿Y cómo quiere usted que yo me vaya sin poder decir más, sino que le he entregado á usted el dinero?

—Diga usted lo que quiera.

—Eso no está bien; es menester que los hombres formales cumplan sus encargos como Dios manda.

—Tiene usted mucha razon, pero ¿qué quiere usted que yo le haga? En este momento, no habiendo traído más que

esos mil duros escasos, yo no puedo darle contestación ninguna hasta que no se hable con quien se debe hablar, y se convenga en lo que se deba hacer.

—Pues bueno, yo esperaré la respuesta, porque sin ella no voy, aunque tenga que aguardarlos á ustedes hasta el día del juicio final.

—Haga usted lo que le parezca mejor, y en ese caso, puede usted volverse á la posada y esperar allí... hasta que se canse, y si no voy yo á buscarle, se marcha usted á su pueblo, por el mismo camino que ha traído.

—Es que yo quisiera que usted volviese...

—No todo lo que se quiere, se puede hacer;—interrumpió el pintado de viruelas.

—Quisiera que usted volviese para que me diera noticias de mi señorito,—replicó Navarro, completando su interrumpida frase.

—Vaya usted con Dios y haga lo que se le ha mandado.

Y el bandido se alejó con sus compañeros, mientras que Navarro volvióse á la posada.

### CAPÍTULO XL.

#### ASTUCIA CONTRA ASTUCIA.

Cada día que pasaba, el secuestrado hallábase más y más impaciente, no sólo por el natural deseo de verse libre, sino tambien por el temor de que los secuestradores cumplieren sus aterradoras amenazas, por la indignación que le habian producido los insultos de los criminales, por la emoción indescribible que le causaba el descubrimiento del sitio en que lo tenían, por el doloroso recuerdo de la situación de su acongojada familia, y finalmente, por la curiosidad inexplicable de saber quién fuese aquella mujer, que de una manera tan inesperada se le habia presentado para prevenirle el riesgo que corría, si lo encontraban con la venda quitada.

Aumentaba el enojo del cautivo el conocer que despues de la cita en Fuente-Piedra, lo trataban con más dureza y con mayores precauciones.

Tampoco se olvidaba el cautivo de la peligrosa escena ocurrida con el Tio Martin, cuando éste le preguntó si llevaba mucho tiempo de estar dormido, despues de haberse presentado el mendigo en la puerta del caserío.

En efecto, las increpaciones, las reticencias, y aun el presentimiento del malvado viejo eran motivos más que suficientes para tener inquieto, alarmado y lleno de temores y recelos al hombre más valeroso.

Desde el principio se quedaba el Tio Martin en el desvan todas las noches para guardar al prisionero, y tambien habia subido algunas veces la tia Maria para llevarle la comida; pero desde la aventura de Fuente-Piedra, que habia coincidido con la del mendigo, todas las noches se quedaban el viejo y otro bandido para custodiarle.

El secuestrado, pues, conocia bien claramente que se redoblaba con él la vigilancia; pero se perdía en un mar de conjeturas para adivinar la verdadera causa de aquella creciente desconfianza y de las nuevas precauciones, no acertando si éstas tenían por origen el caso de Fuente-Piedra, ó el suceso del pobre mendigo.

De todas maneras, es lo cierto que á la sazón se le vigilaba con más cuidado que antes, dándole además peor trato.

Su comida consistía en cocido con carne de cabra, y la cena limitábase á un poco de ensalada cruda, que muchas veces tenia que comer con los dedos, por no servirle cubierto.

Tal vez, pensaba el cautivo, el Tio Martin habria comunicado sus recelos á los malhechores, ó bien alguno de estos, como así era la verdad, temia ser conocido por el prisionero.

No se engañaba éste en sus sospechas, supuesto que una mañana subió Carrascoso al desvan con el Tio Martin, á entrando en conversación con el secuestrado, le preguntó y quema-ropa:

—¿Cuáles son los más tunantes de tu pueblo?

—Hay muchos; pero el más malo de todos es un tal Carrascoso, respondió el joven Reina con grande astucia y con una prudencia muy superior á sus años.

—¿Y los conoces tú personalmente? interrogó el mismo Carrascoso?

—No, señor; pero conocí á su padre, que lo tuvo el mio en sus labores, y me decía que su hijo era muy malito.

—¿Y qué hacia?

—Era ladronzuelo y lo echaron á presidio. Por lo demás, los tunantes de mi pueblo no se dedican más que á robar bestias, y no tienen el corazón que usted y sus compañeros para hacer hombreadas.

Carrascoso rióse muy de véras de aquella respuesta y se alejó con el Tio Martin, muy satisfecho de que el prisionero no le conocia, á pesar de ser ambos del mismo pueblo. Sin embargo, engañábase Carrascoso de medio á medio, supuesto que el joven cautivo le conocia perfectamente; pero habiéndole adivinado la intencion, tuvo la prudencia bastante para disimular y no decir que lo habia visto jamás, comprendiendo que lo más discreto era hablar mal de él, y desorientarle de este modo, evitando al mismo tiempo las funestas consecuencias que la confesión contraria pudiera acarrearle.

Así la astucia del bandido fué muy hábilmente contrarrestada por la astucia del joven cautivo.

No bien se hubieron bajado del desvan Carrascoso y el Tio Martin, llegaron á la huerta el pintado de viruelas y los otros tres bandidos, y todos juntos se retiraron á la habitación subterránea que ya el lector conoce, y que algunas veces solia servir de cuadra.

Allí los recién llegados dieron cuenta á sus demás compañeros de lo acaecido en Martín de la Jara.

Salamanca y Carrascoso parecieron bastante contrariados por aquella noticia; pero el Tio Martin y sus hijos se pusieron furiosos, viendo defraudadas las lisonjeras y lucrativas esperanzas que habian concebido con motivo de aquel secuestro.

—¡Eso es una picardía! exclamó fuera de sí el feroz viejo. ¡Bien os lo decía yo la otra noche! Se pidieron diez y seis mil duros, se rebajó la mitad bien á pesar mio, y ahora salimos con que nos envían mil duros mal contados. Pues nada, lo dicho dicho. Si los ricos quieren burlarse de nosotros

con sus camándulas, es menester que nosotros comamos por la sangre y por el espanto.

—Dice usted bien, Tio Martin, respondieron á una voz todos los bandidos, ménos Salamanca y Carrascoso, que cambiaron entre sí una significativa mirada.

—Pues vamos á ver lo que se hace, dijo el pintado de viruelas.

—¿Qué hemos de hacer sino escribir otra carta, diciendo que eso no es lo tratado? replicó Salamanca.

—¡Esas son pamplinas! exclamó el Tio Martin con muy mal gesto.

—Pues que me den á mí esas pamplinas por cada carta que yo escriba, repuso Carrascoso. Es verdad que eso no es lo que se ha pedido; pero el que manda mil duros tan luego como recibe una carta, bien puede mandar lo que resta, aunque se necesite volver á escribirle otras dos ó tres veces.

Esta manera desapasionada, fria y racional de ver la cuestion, no dejó de impresionar fuertemente á los bandidos, mas el iracundo viejo insistió:

—Sí; pero eso seria bueno, si ese mozuelo estuviera oculto bajo de tierra, como han estado aquí todos con tantas y más campanillas que ese trasto. Vosotros no cavilais que así pasan días y más días, y que en un instante se descuelgan por aquí los tricornios y hacen un reconocimiento, tropiezan con el pájaro y me dan la gran desazon del siglo. ¡Caramba! ¡Vosotros sois muy valientes con la carne ajena! Vengan cartas y vayan cartas, y si sucede un estrupecio que el Tio Martin se haga tuestos, y astillas, y polvo. ¿No es eso caballeros? ¡Vaya una ganga!

Los bandidos al oír aquella singular perorata del viejo, quedáronse al pronto suspensos y áun convencidos de la exactitud de sus razones; pero al fin, recordaron la gracia grotesca de sus palabras y ademanes, prorrumpieron todos en una ruidosa carcajada.

—Pues bueno, Tio Martin, no se enfade usted y ya por cuatro días más, no hemos de echarlo todo á barato, dijo Carrascoso.

—Es que en una hora sucede lo que no pasa en cien años.

—Entonces ¿á qué consintió usted que le trajéramos aquí?

—Porque yo creí que este negocio se acabaria pronto, y como además me hablabas de diez y seis mil duros y esos tales no parecen... creo yo que se puede perdonar el bollo por el cosecarron, porque es demasiado el riesgo y muy poca la ganancia.

—¿Y quiere usted que lo soltemos?

—No; pero le podemos cortar la cabeza y cumplir lo prometido, repuso el Tio Martin, fumando su cigarro con la mayor frescura.

Los secuestradores se miraron unos á otros, admirando la fria crueldad de aquel desalmado viejo.

—Caballeros, terció el llamado Salamanca; mi dictámen es que por ahora el prisionero escriba otra carta, y si su padre no corresponde... veremos lo que se hace. Por lo demás, el Tio Martin dice muy bien, y tiene mucha razon en temer que se descubra el cautivo fácilmente, en atencion al sitio en que se encuentra.

—No me parece mal la propuesta, dijo Carrascoso.

—De todas maneras, insistió el Tio Martin, es menester deshacernos pronto de ese hombre, porque hablando en plata, yo ando escamado, porque hace tres ó cuatro días que veo pasar por aquí gente extraña, y de noche he columbrado tambien sombras de importancia; en fin, que tengo la espina de que nos andan espiando.

Los bandidos conocian demasiado bien la perspicacia y experiencia del Tio Martin, para no conceder á sus indicaciones y sospechas toda la sospecha que se merecian.

Así, pues, sus últimas palabras impresionaron vivamente á los secuestradores, que, algun tanto inquietos y alarmados, convinieron con el Tio Martin en la necesidad de acabar cuanto antes aquel negocio y quitar de allí al prisionero.

El viejo, muy satisfecho de que al fin todos reconociesen la validez de sus razones, añadió:

—Me alegro mucho de que á la postre hayais caído de vuestro borrico y conozcais que es menester vivir alerta, porque repito, que yo creo que andan espiando esta casa. En fin, mañana tempranito pienso ir á Casariche y á otros sitios que yo me sé para husmear lo que se pueda, y ya os diré por la noche lo que haya averiguado.

Los secuestradores aprobaron la resolucion del taimado viejo, y todos se retiraron á descansar, harto pensativos y preocupados por aquellas noticias.

Peró el Tio Martin, lejos de entregarse al sueño, salió á vigilar todos aquellos contornos, porque, en efecto, la noche anterior habia visto tres desconocidos pasar varias veces por las inmediaciones de la huerta.

### CAPÍTULO XLI.

#### DE LO QUE HIZO EL GOBERNADOR DE CÓRDOBA Y DE LO QUE SUPO EL TIO MARTIN EN CASARICHE.

Las sospechas del Tio Martin eran muy fundadas, como despues lo comprobaron los sucesos.

La huerta era ya por aquellos días objeto de la vigilancia de mis agentes.

En efecto, el pobre mendigo, segun ya el lector habrá columbrado, era uno de los *cantadores de lugares*, que por órden mia salieron á recorrer los puntos sospechosos, y además los caseríos y cortijos próximos á las vías férreas de la provincia y de sus inmediaciones, teniendo muy en cuenta la indicación que me hizo la persona, á que en otro lugar me he referido, y que habia estado secuestrada y oculta en un sitio desde el cual se oía el tránsito de los trenes.

El mendigo, es decir, mi agente encargado de recorrer todos los cortijos y caseríos, situados en las inmediaciones de la línea férrea de Córdoba á Málaga, una vez terminada su misión, fué á darme cuenta minuciosa de todo cuanto le habia ocurrido en sus correrías.

Segun ya he indicado, yo exigía de mis agentes la relación fidelísima de todo cuanto observasen, sin omitir ni una palabra, ni un gesto, porque la experiencia me habia demos-

trado, que de la circunstancia más insignificante, yo acertaba á deducir consecuencias y hechos de suma importancia, por cuyo motivo les prevenía que nada omitiesen en sus relatos, si bien prohibiéndoles que al hecho desnudo y positivo añadiesen jamás interpretaciones, juicios ni comentarios de ninguna especie.

El supuesto mendigo, pues, me refirió las diversas y extrañas aventuras que le habían acontecido en su viaje de pordiosero, y excesado parece decir que llamó muy particularmente mi atención la escena ocurrida en la huerta del Tío Martín.

—¿Y cómo recibió á usted esa gente, cuando se le acercó á pedir la limosna? le pregunté, muy preocupado por la impresión que me produjo el súbito enojo del viejo y de los que le acompañaban.

—Me recibieron con muy buena cara, y en seguida se levantó una vieja, diciendo con muy buenos modos que me aguardase, y volvió muy luego con un gran pedazo de pan. Yo lo tomé y después de besarlo, le dije lo que ya usted sabe, de dónde venía y á dónde iba.

—¿Estuvo usted en la Alameda?

—No, señor; pero yo lo dije así para cumplir la consigna de cantar los nombres de los pueblos próximos, y yo pasé por allí; recordando lo que usted me dijo, respecto á que recorriese todas las cercanías de Casariche, en cuyo pueblo tenía usted noticias que había alguna gente mala.

—Pero el hecho es, que el viejo y sus compañeros se enojaron después que usted dijo «vengo de la Alameda y voy para Casariche.» ¿No es esto?

—Sí, señor; y de tal manera se enfurecieron, que me echaron de allí con mil pares de demonios, y si no me largo enseguida, de seguro que me calientan las costillas.

Aquella cólera tan injustificada me llamó en extremo la atención, y entonces le pregunté:

—¿Y no averigüó usted de quién era esa huerta?

—Sí, señor, porque mientras llegaba el tren me fuí á Casariche, y allí pregunté, y me dijeron que el dueño de la huerta era el viejo, que lo llamaban el Tío Martín, que tiene una parvada de hijos y que algunos de ellos gozan de mala fama en el pueblo.

—¿Y dista mucho la huerta de la vía férrea.

—La casa estará como á un tiro de pistola.

En resolución, diré que con estas noticias, que á muchos hubieran podido parecer en aquella ocasión insuficientes ó vagas, juzgué necesario vigilar aquel caserío y averiguar á fondo la vida y costumbres de sus moradores, es decir, del viejo y de sus hijos.

Al efecto, dispuse que el mismo agente, acompañado de otros dos, y vestidos todos como cazadores, volviessen sin dilación á Casariche con el objeto indicado, y ellos eran las *sombras chinascas* de que el Tío Martín hablaba á sus compañeros.

Ahora bien, el suspicaz viejo, según había manifestado la noche anterior, fué al día siguiente muy temprano á Casariche para humear lo que le conviniese, con tanto mayor motivo cuanto que antes de recojerse había observado también algunos bultos en los alrededores de la huerta.

Al llegar al pueblo advirtió que tres desconocidos venían siguiéndole, ó que por lo ménos, venían detrás de él. Dirigióse á la iglesia, allí estuvo muy devotamente oyendo misa y pasando las cuentas de su rosario, según su hipócrita costumbre.

Al salir, encontróse frente á frente con los mismos tres desconocidos, y ya entonces se convenció hasta la evidencia de que era espiado, aunque con gran disimulo. Visitó á varios amigos, los cuales aumentaron su alarma, porque le dijeron que varias personas desconocidas habían preguntado por él, informándose de su vida y costumbres, así como también de la conducta de sus hijos.

Bastaban estas noticias para poner fuera de sí al suspicaz y malvado viejo; pero habiendo entrado en la taberna, supo allí cosas que le sorprendieron en extremo, llegando hasta el punto de aterrarse.

En efecto, ya de público se decía entre la gente de la vida airada, que don Agapito Delgado, natural y vecino de la Alameda, que había caído en manos de unos secuestradores, había sido asesinado por ellos, después de haber recibido el precio de su rescate.

También susurrábase que la Guardia civil andaba en continuo movimiento, y que unos cazadores de Córdoba habían dicho que en su provincia no dejaban vivir á los malhechores.

Fácil es figurarse la inquietud y sobresalto que tales habillas produjeron en el ánimo del Tío Martín, intranquilidad y turbación que subieron de punto, cuando, al salir de la taberna, advirtió á los pocos pasos que los tres desconocidos, bien que de lejos, no le perdían de vista.

Entonces, no sin intención, dirigióse á casa de varias personas de las más acomodadas y bien quistas del pueblo, tanto para demostrar que se trataba con los hombres más de bien y respetados, cuanto con la mira de sustraerse al tenaz espionaje de los desconocidos, cuya insistente persecución, después de las noticias que acababa de recibir, tomaban ya en su fantasía proporciones colosales y espantadoras.

En tal situación, únicamente le preocupaba el propósito de regresar á la huerta sin que sus espías se apercibiesen, á fin de prevenir á sus compañeros y tomar todas las medidas que su perspicacia le sugiriese para evitar el gravísimo riesgo de ser apresado, sin adoptar antes las debidas precauciones.

Impulsado por esta idea, y viendo al salir de cada casa no dejaba de ser espiado, encaminóse á la vivienda de uno de sus más íntimos amigos, que habitaba en un extremo del pueblo, y allí resolvió aguardar la noche, con la esperanza de que sus perseguidores le diesen alguna tregua, ó de burlar sus pesquisas, para volver á la huerta á favor de la oscuridad y aunque fuese dando un gran rodeo.

## CAPÍTULO XLII.

## UN BANDIDO ARISTÓCRATA.

Mientras el Tío Martín había hecho su excursión á Casariche, los bandidos seguían en la duda de la resolución

más acertada que les convendría adoptar con respecto al secuestrado.

Salamanca y Carrascoso persistían en la conveniencia de escribir otra carta al señor de Reina, exigiéndole el resto de la cantidad que últimamente le habían reclamado.

Pero los hijos del Tío Martín y los demás bandidos, arrestrados por las razones del viejo, y porque también aquellos se habían apercibido de que, en efecto, espiaban la huerta, preferían la violenta y cruel resolución de dar muerte cuanto antes al secuestrado.

En tal disidencia y disputa pasó gran parte del día, esperando el regreso del Tío Martín, para en vista de las noticias que trajese, adoptar una resolución definitiva.

La tardanza del viejo alarmó á todos, dando lugar á los más extraños comentarios y á las más diversas conjeturas.

Al fin Salamanca y Carrascoso se resolvieron á que el cautivo escribiese la carta, diciendo á sus compañeros que en esto no había engaño, y que cuando viniese el Tío Martín, se haría lo que fuese más útil y oportuno, sin perjuicio de que ya la carta estuviese escrita.

No poca resistencia encontraron Salamanca y Carrascoso para que sus compañeros aceptasen aquel propósito, tan contrario á su opinión y á sus deseos.

Entonces Salamanca, que ejercía sobre ellos grande influencia moral, de acuerdo con Carrascoso, trató de convencerlos, diciendo:

—Caballeros, es una tontería que entre buenos amigos haya reyertas y desazones por una cuestión de tan poca importancia como ésta. Nosotros queremos que ese hombre escriba otra carta, que por lo ménos puede producir otros mil duros. ¿Qué perjuicio encontráis en ello? Vosotros queis que le cortemos la cabeza en seguida. ¿Qué ventajas vamos á conseguir con un acto semejante? ¡Esta es la cuestión!

Los bandidos, al oír aquel razonamiento, quedaron perplejos, y todos permanecieron pensativos y silenciosos hasta que por último, Francisco Baena, esto es, uno de los hijos del Tío Martín, replicó:

—Hombre, las ventajas de matarlo pueden ser muy grandes, porque si vienen y registran la casa y encuentran ahí al cautivo, todos podemos ir al patíbulo, y esto no le acomoda ni á mi padre, ni á ninguno de nosotros.

—¿Y qué inconveniente hay en que escriba la carta y que después se haga lo que sea menester, con arreglo á las noticias que traiga tu padre?

—En eso tiene usted razón, porque lo uno, verdaderamente que no quita lo otro.

—Pues entonces ¿á qué disputamos? dijo Salamanca con aire risueño y muy satisfecho de su triunfo. De todas maneras, estais conformes en que no lo matemos hasta que venga el Tío Martín.

—Sí, señor; pero si viene trayendo malas noticias...

—Entonces no hay cuestión; pero entre tanto, que el cautivo escriba la carta, esprimiremos el limon todo lo que se pueda, y después veremos lo que se hace. Mi deseo es daros gusto á todos, y que además saquemos el mayor producto posible. Y ahora, continuó Salamanca riéndose, me ha ocurrido una idea que podemos explotar para que el mocito ese le apriete bien las clavijas á su padre. ¡Estoy seguro de que aprobaréis mi plan!

Y Salamanca prorumpió en una sonora carcaja como aplaudiendo consigo mismo su peregrina idea.

—Vamos á ver, diga usted lo que ha pensado, respondió Francisco.

—Sí, sí, que lo diga, añadieron los demás bandidos.

—¡Es una diablura, que nos puede ser muy útil á todos! Además, caballeros, mientras viene el Tío Martín nos divertiremos un rato, porque con eso de las *sombras chinascas*, como él dice, verdaderamente que teneis todos una cara de pasmarotes, que me daría mucho que reír, si no abrigase el temor de que tal vez tengamos mucho que llorar.

Aquel aire tan indiferente en medio de los recelados peligros, aquella risa tan franca en circunstancias tan críticas y aquel inalterable buen humor, á pesar de las recientes disputas que habían agriado los ánimos de todos, ménos el de Salamanca, produjeron un efecto mágico en los bandidos, que se sentían subyugados por el soberano prestigio de aquel hombre singular, escéptico, vicioso, corrompido, por extremo astuto, y cuyo buen porte y esmerada educación le daban una superioridad incontestable sobre aquellos hombres rudos, violentos y groseros, aunque no insensibles al valor, á la gracia y al ingenio.

—Pues, muchachos, continuó Salamanca; lo que he pensado es, que ese mocito escriba la carta que Carrascoso y yo queremos, y que al mismo tiempo vosotros le deis la gran desazon, lo amenaceis de muerte y le hagais creer que le ha llegado la última hora, y con esto conseguiremos que el hombre le apriete á su padre de verdad para que suelte el *loben*, y todos nos quedaremos contentos, con la reserva de enterrarlo vivo en una zanja, ó de llevárnoslo por esos andurriales, fuera de aquí, si así conviniera, en vista de las noticias que traiga nuestro buen viejo, que por cierto ya tarda. Si es menester reventarlo, se hace, y si no es necesario, no se hace; pero de todas maneras la carta puede producir su resultado y en ello nada perdemos. Este es mi plan. ¿Qué os parece?

—¡Excelente! exclamaron á una voz los bandidos.

Salamanca entonces, cambiando una mirada imperceptible de inteligencia con Carrascoso, añadió:

—Vamos á representar el segundo acto de la comedia que comenzamos la otra noche, porque así como así, no tenemos otra cosa mejor en que emplear el tiempo.

—Tiene usted razón, dijo Francisco.

—Pues bien; yo seguiré mi papel de protector, mientras que vosotros procuraréis representar muy bien el papel de estar muy enfadados por las retrecheras de su padre, diciéndole que lo vais á matar hoy mismo, y que ya no queréis dinero ninguno, sino su sangre, porque ya estais hartos de cartas, recados y mentiras, y porque además desconfiais de que mañana ó el otro, cante de plano y sea la causa de nuestra perdición.

Todos los bandidos celebraron gustosos la ocurrencia, manifestándose muy dispuestos á llevar á cabo el propósito del llamado señor Salamanca, y muy ajenos de penetrar en

las verdaderas intenciones del autor de aquella farsa. Los bandidos, pues, subieron atropelladamente al desván, comenzando por dirigir los más groseros insultos y las más terribles amenazas al secuestrado, que en aquel momento se hallaba muy distante de recibir tan enojosa visita.

Con muy malos modos, y arrojándole los cañones de los retacos al cuerpo, le obligaron á que se levantara del jergon en que yacía, diciéndole Salamanca que se dispusiese á escribir otra carta á su padre.

—No queremos que escribal gritaron los bandidos.

—Pues entonces, ¿á qué hemos venido aquí? preguntó Salamanca, interponiéndose entre los bandidos y el prisionero.

—Hemos venido para matarlo, porque ya no queremos más cartas ni más enredos, dijo el pintado de viruelas, montando su retaco.

—No dispares! gritó Salamanca, fingiendo que el bandido se disponía á tirarle al secuestrado.

—Aquí se hará lo que nosotros queramos, porque aquí no manda nadie más que las bocas de los retacos, replicó José.

—Aquí no se hace más que lo que yo mande, gritó con voz de trueno Salamanca.

—Ahora lo veremos, exclamó Francisco, sacando una enorme faca. Un tiro vale dinero, y este mocoso no merece que se gaste en él, sino una puñalada.

—¿Qué vas á hacer? gritó de nuevo Salamanca. ¡Trae esa faca!

—No quiero.

—¡Detente!

Y Salamanca trabó una lucha con Francisco para que no descargase el golpe sobre el secuestrado.

Figúrese el lector, si puede, la sorpresa, la turbación, la congoja, el aturdimiento y ansiedad del infeliz cautivo, que se imaginó haber llegado al último instante de su vida.

El joven Reina conocía que el desván estaba invadido por el tropel furioso de los malhechores, y por las palabras del llamado Salamanca, dedujo que éste era en aquel caso su único protector, su amparo y defensa; pero muy luego comenzó á temer que su autoridad fuese insuficiente para salvarlo de aquel gravísimo riesgo, pues que muy bien se le alcanzaba por las voces, amenazas, insultos, empellones y movimientos de los bandidos, que éstos se hallaban resueltos á rebelarse contra el único que allí trataba de protegerle.

Al fin, restablecida al parecer la calma en aquella cuadrilla de furiosos, rechazados por Salamanca hasta la puerta, éste, colocándose á espaldas del secuestrado, le mandó que se quitase la venda y escribiese como lo había hecho otras veces, sin volver la cara, invitándole á que por sí mismo, es decir, sin que nadie le dictase, le diese á su padre una pintura exacta fiel y conmovedora de la peligrosa situación en que se hallaba, á fin de contener las iras de los bandidos, por extremo irritados á causa de la dilación en el envío de la cantidad exigida.

El pobre cautivo, pues, se puso á escribir la carta, con mano trémula, refiriéndole á su padre, en los términos más expresivos, el peligro que corría, el trato que le daban y la urgencia de acceder á la pretensión de los secuestradores, si no quería que le diesen inevitable y horrorosa muerte.

Concluida la carta, leyóla en alta voz Salamanca, el cual después aplaudió su contenido, así como también Carrascoso. Pero no sucedió lo mismo con los demás compañeros, los cuales, todos á una voz, comenzaron á decir, que siendo tan rico el padre del secuestrado y después de tantas cartas idas y venidas, sólo les había mandado una miseria, que ahora sucedería lo mismo, que ya no se fiaban de aquellas pinturas y lamentos que se hacían en la carta que acababan de oír; que por conseguir una talega más, era una torpeza comprometerse; y que lo mejor sería rematar al cautivo, á fin de que todos viviesen tranquilos y seguros de que aquello no había de descubrirse.

—Desengáñase usted, señor Salamanca, con los secuestrados no hay que tener consideración ninguna, porque nos pueden hacer subir al patíbulo, dijo Francisco.

—¡Hombre muerto, no habla! exclamó su hermano José.

—Considere usted además lo que hemos recibido, añadió el pintado de viruelas, y que aunque esta carta se envíe, no podemos esperar, por lo que ya se ha visto, que nos manden hasta los ocho mil duros que se han pedido...

—¿Qué sabes tú lo que sucederá? interrumpió Salamanca.

—Lo que puede suceder es, que se descubra todo y que sin haber cobrado más que una pobreza, nos lleven al patíbulo, como dice Francisco.

—¿Y qué vá á ser de nosotros y de nuestros hijos, si esto se descubre, y no les queda bastante para vivir? añadió José.

—Nosotros no robamos, lo que únicamente hacemos es rebajar caudales para darles de comer á nuestras familias, dijo el pintado de viruelas; pero el que se resista á nuestras leyes, que sufra la pena.

—¡Que se rompa la carta, y que muera el cautivo! exclamaron todos, ménos Carrascoso.

Entonces, el llamado Salamanca, dando gritos desafinados y furor perfectamente fingido, comenzó á reconvenir y á increpar á sus compañeros, que le replicaron con grande enojo y falta de respeto, montando unos y otros los retacos y amenazándose recíprocamente, de manera que se produjo extraordinaria confusión y tumulto; pero al fin, Salamanca logró detenerlos y comenzaron á bajar por la escalera en tropel, y profiriendo mil injurias y dieterios contra el que fingía oponerse á la realización de su bárbaro intento.

El prisionero, comprendiendo que sólo se había quedado en el desván el señor Salamanca, se aventuró á decirle:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¿Con qué pagaré yo á usted el servicio que acaba de prestarme?

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará).

